3 1761 08831748 2

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/cartasdelnortela00curr

OBRAS COMPLETAS DE CURROS ENRÍQUEZ

III

15
C9766c

Obras completas de Curros Enríquez.

III

Cartas del Norte

La Condesita

Poesías escogidas

Con interesantes notas del recopilador.

233723
25.6.29

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

1910

ES PROPIEDAD

MADRID.—Imp. de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

CARTAS DEL NORTE

CRÓNICAS DE LA CAMPAÑA CARLISTA, PUBLICADAS EN «EL IMPARCIAL»
Y ESCRITAS EN EL TEATRO DE LA GUERRA
POR SU AUTOR
SIENDO CORRESPONSAL DEL EXPRESADO DIARIO MADRILEÑO

CARTAS DEL NORTE

Santander, 19 de diciembre de 1875.

Sr. Director de *El Imparcial.*

Como he tenido el gusto de participarle por telegrama, anoche á las seis llegó á ésta sin novedad el señor general Moriones, el cual se ha hospedado con sus tres ayudantes en el Hotel de los Americanos, situado casi enfrente del muelle.

Entre los señores que forman parte de su Estado Mayor, he visto al brigadier Mariné, á los coroneles Díaz Labiano y Alonso, al teniente coronel de Estado Mayor Seriña, compañeros míos de vapor, y al brigadier de Marina Sr. Suances.

Noticiosas de la llegada del general, han salido á saludarle durante la travesía algunas Comisiones provinciales y municipales, quienes, al ofrecerle sus respetos, tuvieron ocasión de escuchar de sus labios las más sentidas frases de gratitud y patriotismo.

Nada diré á usted de las impresiones que he

podido recoger en este viaje, porque, aparte del poco interés que ofrecen por su carácter puramente privado, juzgo inútiles, y más aún irreverentes para los lectores de *El Imparcial*, cuantas digresiones de esta índole tiendan á distraerles de la contemplación del drama de la guerra, circunstancia tan solemne y digna de respeto cuanto más cercano se halla el día en que la madre patria, por un esfuerzo supremo de su quebrantado espíritu, conquistará con la sangre de sus mejores y leales hijos la paz y la libertad que desde hace cuatro años nos disputa la ingratitud de nuestros hermanos del Norte.

Cercano dije, y en verdad, señor director, que por mucho que lo esté nunca será tanto como lo desea el ánimo valiente y hoy como siempre sereno del ejército.

Es preciso mezclarse en sus filas, buscarle en los cuarteles ó en las plazas, escucharle, en fin, en sus momentos de expansión, en que, por decirlo así, asoma á los labios del soldado su propio corazón, para conocer toda la impaciencia, todo el entusiasmo de que se halla poseído para emprender las operaciones que han de poner término á esta guerra mil veces infame, que desde la traición de Trastamara á la de San Carlos de la Rápita, parece contener en sí cuanto hay de más alevoso en la larga serie de nuestras luchas civiles.

Poco tendré que esforzarme si con la sola narración de los hechos que he podido observar últimamente quisiera demostrar á usted el estado moral de nuestras tropas y el júbilo, el regocijo con que se disponen á partir á las montañas; pero ante el entusiasmo que rebosa en cantares inspirados en el más puro sentimiento de la patria; cuando ese júbilo se hace ostensible en todas partes y á todo el mundo, y estalla en sinceras aclamaciones dirigidas á aquellos caudillos

cuyo solo nombre es una garantía de victoria, pálido, si no ridículo, sería cuanto yo dijese.

Por esta razón renuncio á ocuparme por ahora de un asunto para el cual no me siento con fuerzas. Día llegará, y llegará muy pronto, en que para dar una idea del esfuerzo, del valor y el heroísmo de este ejército, que con tanto desinterés se prepara á luchar, tenga que agotar yo las pocas de que dispongo. Y dichoso si entonces puedo con mi pluma preparar al héroe obscuro, á ese ser innominado á quien sólo se atrevió á llamar *hijo de alguien* la galana musa de D. Antonio de Alarcón, la corona de gloria que merece todo soldado que sabe morir por la libertad.

Mientras no llegue ese día, conténtese usted, amigo mío, con las escasas noticias que del movimiento de tropas pueda comunicarle. Por ahora sólo tengo que decirle que mañana partiremos para San Sebastián, si el mar continúa como hoy, y que es posible que antes de ocho días hayamos ya tomado posiciones.

Lo desagradable de la noche de ayer no permitió á la guarnición de esta plaza asistir á la serenata con que á primera hora se había acordado obsequiar al general, quien ha recibido hoy, con motivo de su cumpleaños, á numerosos personajes y amigos que han ido á felicitarle.

La animación que su presencia despertó en esta ciudad es extraordinaria. Conocidos los antecedentes militares, la bravura y el carácter del general, natural es que se le considere *à priori* libertador de San Sebastián, ciudad hermana de Santander, tanto por sus relaciones de comercio como por su amor á las instituciones liberales.

Reina en la costa un temporal excelente. Si manaña continúa nos daremos á la mar.

Santander, 25 de diciembre de 1875.

Sr. Director de *El Imparcial.*

Terminado el embarque de toda clase de provisiones necesarias para un mes de campaña, según le anuncié días atrás, hoy partiré para San Sebastián á bordo del vapor *Princesa,* acompañando al Estado Mayor del general Moriones.

Con nosotros deben salir todos los jefes y oficiales del primer batallón del tercer regimiento de infantería de Marina, quienes celebraron ayer la Pascua de Navidad con un espléndido banquete, dispuesto en el Hotel de los Americanos, al cual tuve el honor de ser invitado, lo mismo que el Sr. Jiménez, corresponsal de *La Crónica,* de Barcelona.

Entre los brindis que con este motivo se pronunciaron, debo recordar el del brigadier de dicho Cuerpo, Sr. Suances, el del teniente coronel Sr. Lara, el del comandante D. Luis Tejeiro y el del capitán D. José Baeza, quienes consagraron en sentidos y elocuentes discursos frases no menos sentidas y elocuentes en honor de la prensa liberal española, cuyos primeros órganos fueron saludados entre espontáneos y nutridos aplausos.

Hoy debe también salir de este puerto el vapor de hélice, mercante, *Albertito,* que conduce treinta caballos pertenecientes á los jefes y oficiales de Estado Mayor, y una batería de montaña del nuevo sistema.

A pesar de lo que dije á usted en carta anterior, todavía no se sabe con certeza, una vez en San Sebastián el Cuartel General, cuándo y por

dónde deben emprenderse las operaciones. Sin embargo, personas que deben estar bien informadas aseguran que, dados los trabajos de organización y los profundos estudios que relativamente al plan de ataque llevó últimamente á cabo Moriones, quien ni un solo momento abandonó su casa-habitación desde su llegada á Santander, aquéllas no tardarán en comenzarse.

La ansiedad por que este instante llegue, cada vez más se acentúa; y si, como todos creen, á la febril impaciencia de la lucha responde el éxito del combate, yo no vacilaría en anunciar á usted con anticipación una gran victoria en el corazón del carlismo guipuzcoano.

Pasajes, 30 de diciembre de 1875.

Sr. Director de *El Imparcial.*

Hará próximamente una hora que bajo las inmensas parábolas que describen los proyectiles arrojados desde los fuertes de Ametzagaña y San Marcos, nuestro el primero y enemigo el segundo, llegué á este pueblo por la carretera un tanto peligrosa de San Sebastián, caballero sobre una especie de *Clavileño* ruin y extenuado, verdadera degradación de la legendaria raza hípica que produjo Hipógrifos y Pegasos, en cuyo triste ejemplar bien pudiéramos ver una protesta viviente contra las guerras de los hombres los pocos que creemos posible el martirio de un caballo durante el bloqueo de una plaza.

El trayecto que tuve que recorrer para llegar hasta aquí no llega á cuatro kilómetros; y, sin

embargo, ¡cuánta maravilla topográfica, cuántos preciosos accidentes y hermosas perspectivas he podido contemplar en el camino!

Por todas partes huertas, jardines, árboles y flores, esmaltando las faldas de estas montañas é inclinándose como para llorar misteriosos pesares sobre las silenciosas aguas de la ría.

Por todas partes pintadas alquerías, bellas casas de campo, moradas señoriales, blancas ermitas de sencilla y galana arquitectura, diseminadas todas y alejándose unas de otras como dispersa bandada de palomas que han de juntarse un día para arrullar á coro á nuestra patria, cuando suene la hora de la paz y de la unión de sus hijos.

Pero dominándolo todo, contrastando con todo, vertiendo tintas sombrías sobre este delicioso paisaje que debió constituir en otro tiempo un verdadero paraíso, los fuertes de San Marcos y de Ametzagaña, el Quinto-Pico y el Hernández, siempre coronados de humo como volcanes en erupción perpetua; siempre arrojando proyectiles que rara vez estallan sin que marquen en su línea de proyección algún rastro de sangre ó de ruina.

No, no se comprende un país tan pintoresco, una naturaleza tan feraz, tan sonriente, tan plácida, con unos moradores tan infames y crueles como los que aquí sostienen esta guerra. ¡Infames y crueles! Este es el nombre de los que ayer, á favor de las sombras, bajaron, como bajan los lobos de la sierra, al camino de Rentería para asesinar á un sargento que venía custodiando á un hospital de sangre, á dos soldados heridos en nuestras trincheras, y á los cuales remataron miserablemente. Ese, sí, ese es el nombre de los que ayer también, según en este momento me dicen, hallándose en uno de los desfiladeros de Choritoquieta un pobre mendigo, ciego, baldado, que,

conducido en una tabla con ruedas por un nietecito suyo, iba á buscar allí, en aquellas posiciones, al hijo ingrato que cediendo á sugestiones inicuas le había abandonado; porque reclamaba á su hijo con la valentía del ciego Belisario; porque increpaba duramente á sus fanatizadores, le deshicieron el cráneo con las culatas de sus fusiles, y arrojaron su cadáver monte abajo, dejando á aquella criatura abandonada, sin padre y sin abuelo, absorta, viendo desaparecer como un harapo la venerable sombra del que con su mendrugo le sustentaba, y temerosa —¡infeliz!— sintiendo rodar sobre su cabecita las bombas de los fuertes que cruzan de montaña á montaña.

Ese es el nombre también de los que, espiando esta tarde al general Quadros, que practicaba un reconocimiento por la línea de Hernani, cerca ya del lugar en que me hallo, le dirigieron dos granadas que casi á sus pies reventaron, sin que ninguna de ellas hiciera blanco afortunadamente. Un momento hubo en que temí por él, en presencia de las maniobras que merced á mi lente observaba en el fuerte, desde una descubierta; pero muy pronto me tranquilicé porque, más tranquilo que yo, vi al general continuar, con los cinco jinetes de su escolta, el camino emprendido de regreso á San Sebastián, haciendo algunas paradas para visitar los fortines de la línea.

El general Catalán salió esta mañana, como ayer, en dirección á Irún, y probablemente mañana y todos estos días continuarán ambos sus excursiones mientras las operaciones comienzan.

Por ahora escasean noticias, tanto, que por recoger algunas hice esta salida, no del todo infecunda, pues he tenido ocasión de ver lo más cerca posible el poderoso fuerte de San Marcos, que los carlistas están revistiendo, á lo que pude distinguir, de un contrafoso.

Mañana tendrá lugar en la iglesia de Santa Ma-

ría un *Tedéum*, no sé con qué objeto, al cual debe asistir todo el Estado Mayor y gran parte de la guarnición de esta plaza.

Si me es posible, iré mañana á Rentería ó á Hernani, cuyas venerables ruinas quiero tener el honor de saludar.

Hernani, 1.º de enero de 1876.

Sr. Director de *El Imparcial*.

Por fin he realizado el vivo deseo que tenía de visitar la invicta población cuyo nombre escribirá la Historia con páginas de oro, cuando con una sola palabra quiera presentar á nuestros hijos, al par que un emblema del heroísmo de que son capaces aquellos que defienden la sagrada causa de la patria, una muestra elocuentísima, á los que pretenden lo contrario, de que en nuestra generación y en nuestro tiempo hay algo que no es vicio ni abyección, algo que no es miseria y pequeñez.

Dicen algunos que las revoluciones lo esterilizan todo; pero los que eso dicen no ven surgir, como de la sombra, gloriosas é inmortales Numancia y Sagunto en nuestra Historia antigua, Zaragoza y Hernani en nuestra Historia moderna. ¡Salud, heroica Hernani! Tú también tienes mártires de la libertad. Tus calles, tus paseos, fueron también regados con la sangre de tus hijos, cubiertos con los escombros que hacinó el incendio, humedecidos con el llanto de los que sin techo bajo que guarecerse buscaron en vano de una en otra parte al anciano padre ó al hijo que-

rido, sorprendidos por la bala asesina en la hora del sueño y sepultados bajo las ruiuas de tus escudados edificios y tus hermosos templos.

Tanta desolación, tanta sangre no puede ser estéril. Por eso, aunque muy caro, has adquirido el derecho á la veneración de todos y el privilegio de la inmortalidad, á pocos pueblos concedido.

Muéveme á hablar así, señor director, no el que esté hoy de moda hablar de Hernani, ni el deseo, que no siento, de exagerar sus proezas, no; pero faltaría á un deber sagrado, faltaría al cariño que me inspiran todos y cada uno de los lectores de *El Imparcial*, si hoy que me encuentro entre estas ruinas, para mí más venerables que las que cantó el poeta sevillano, no las consagrase el humilde tributo de mi admiración y respeto, tributo que por cierto es tanto más espontáneo y tanto más sincero cuanto más distantes se hallan de este país mi cuna y mis intereses.

Harto conocida es la historia de Hernani, y harto viene estos días fatigando las columnas de la prensa, para que trate yo ahora ni remotamente de detenerme á escribirla. ¿Qué podría decir yo de Hernani, en quien vieron nuestros padres la villa invicta y en la que hoy vemos todos la ciudad heroica? Nada, como no fuese expresar el deber en que todos estamos de envidiar la fortuna de los que en ella nacieron.

Aparte de esto, aunque quisiera decir algo, fuérame imposible en este momento. Todo lo grande abruma, y yo, en presencia de tanta sublimidad, de tanto horror, de tanta huella de sangre, de tanto sufrimiento, no puedo hablar... y enmudezco.

Y la verdad es que nunca me sentí tan tristemente conmovido.

Una hora llevo recorriendo estas calles, visitando estas que fueron viviendas de 3.500 almas,

y de cuyos recintos quedan sólo restos de vacilantes muros, jaspeados por el humo del incendio, y todavía no he conseguido serenar mi espíritu, dolorosamente impresionado. Quisiera escribir mucho, pero—quisiera también engañarme—tengo miedo. ¡Miedo! ¿Y quién no lo siente aquí si no es un héroe? Yo no soy de esa madera.

Hallándome á ocho kilómetros de San Sebastián, de cuyo punto salí á pie esta mañana para venirme aquí, he pasado al alcance de los fuegos de Artolamendi, Antonenea, Santiago-Mendi, Burunza y Besaun, y he sido hostilizado desde cuatro trincheras, también enemigas, construídas en otros tantos caseríos situados á 90 metros á derecha é izquierda de la carretera, cerca de los lugares de Estubay y Villaurreta; he penetrado luego en la iglesia de San Juan y La Concepción, fortificada, desde donde escuché las descargas que contestan á las baterías que hostilizan á Hernani; estuve en casa del diputado foral señor Sánchez Salvador, la cual se halla casi destrozada por completo, habiendo inocentemente presentado en ella blanco á una trinchera que me envió dos proyectiles. Visité también, acompañado del alférez de carabineros D. Francisco Usunáriz, la del general Barrenechea, que hoy se encuentra en Madrid, y la que habita el gobernador de esta plaza, Sr. Crespo, que es el mismo que sostuvo el asedio y bombardeo de Tolosa; vi el Casino, sobre el cual han sido arrojadas 32 granadas; supe que desde el 23 de junio al 31 de diciembre del año próximo pasado cayeron sobre Hernani 7.625 bombas y granadas, que produjeron más de 80 víctimas y cerca de 50 incendios; subí con harto trabajo los pocos escalones que quedan de la elegante casa del digno presbítero Sr. Goicoechea, en cuyas habitaciones tropezaron mis ojos con tristísimas señales de las tres últimas batallas que allí se dieron;

entré en el hospital, habilitado hace seis meses y hoy á cargo del médico militar D. Antonio Rodríguez; estuve en el convento de monjas capuchinas, cuyos cánticos escuché como dulces arrullos de tórtola en noche de tormenta, y por último me encuentro en una venta descansando de esta larga excursión y esperando á dos compañeros en la prensa, en cuya compañía debo regresar á San Sebastián antes de que obscurezca, porque después hay grave peligro.

Juzgue usted, pues, en presencia de lo expuesto, en qué disposición de ánimo debo hallarme para ocuparme como quisiera de este pueblo, de cada uno de cuyos habitantes necesitaría escribir un tomo.

Así, pues, amigo mío, permítame que termine aquí esta carta, que sólo pudiera prolongar con descripciones y noticias demasiado tristes para escritas y leídas. Si el dolor, como dijo Cimmerman, es la enfermedad constante de la humanidad, hacer intermitente ese mal será siempre meritorio. Yo, por mi parte, renuncio de buen grado al placer de *conmover* á los lectores.

Como prueba de lo mucho que vale la serenidad en los trances más apurados de la vida, así como de lo conveniente que es ocultar, ó por lo menos no demostrar de una manera ostensible, los diversos estados del ánimo, debo citar á las hijas de Hernani, que á pesar de hallarse en este momento en la boca del lobo, como suele decirse, pues nada menos que dos trincheras y un fuerte la están haciendo fuego, sin duda por no desanimar con su retraimiento á los heroicos defensores de la plaza, salen á pasear por las calles luciendo sus mejores galas y sonriendo cariñosamente á soldados y paisanos.

Podrá haber luto en sus corazones, y sin duda lo hay y muy grande, pero ellas saben disimularlo, porque comprenden que sobre sus dolores

están los de la patria y ésta necesita hijos valientes y entusiastas.

Hoy debió salir, como ayer, á reconocer varios fuertes el general Moriones.

San Sebastián, 2 de enero de 1876.

Sr. Director de *El Imparcial.*

Anoche regresé felizmente de mi expedición á Hernani, acompañado de los Sres. Peris Mencheta y Jiménez Escrich.

En la carretera que conduce á la heroica villa tuve ocasión de conocer al comandante militar de la plaza, Sr. Crespo, y al jefe de la fuerza de voluntarios que la defienden, D. Ruperto Erice.

Cuando emprendimos el viaje ya declinaba la tarde, y una espesa niebla envolvía las montañas, por cuyas hondas vertientes atraviesa la carretera, á trozos atrincherada y ocupada por avanzadas y destacamentos de nuestras tropas.

Preocupado y conmovido por tantas y tan diversas impresiones como acababa de recibir, á medida que me alejaba de Hernani sentía renacer en mí el deseo de visitarla de nuevo, y más de una vez volví los ojos para recoger sus últimas perspectivas, que ya se desvanecían entre la sombra y los ásperos accidentes del camino.

Atravesando estas montañas, recorriendo estas gargantas, cuyas cimas, erizadas de aspilleras, trincheras y fuertes, amenazan constantemente la vida del transeunte, no se comprende, no se explica cómo habrán de desplegarse nuestros soldados para efectuar en ellas las operaciones

que han de volverles la ocupación del terreno enemigo. Imposible parece aquí, una vez fuera de la carretera, toda evolución para la cual sean necesarias grandes masas. En todo el trayecto que ayer he recorrido, no hay seguramente un palmo de tierra llana desde la que pueda hacerse con verdadero lucimiento un solo ataque al enemigo. Por todas partes abismos, hondonadas, declives espantosos, barrancos y vertientes. Tal es, en absoluto, el teatro de la guerra destinado á estas tropas; ¿cómo habrá de operar aquí la artillería? ¿Por dónde subirán nuestras baterías á contestar la lluvia de fuego que por todas partes arrojan impunemente las del enemigo? Preguntas son éstas que no pueden contestarse mientras no sean públicos los designios del general Moriones; pues la infantería misma, á mi modo de ver, tendrá que realizar verdaderas proezas, si con el auxilio de las demás armas logra ocupar una posición y sostenerse en ella un solo instante. Aquí, entre estas rocas de imponderable elevación, entre estos ventisqueros y estos múltiples y casi inaccesibles picos, desaparecerán á nuestros ojos las compañías y los batallones, como un puñado de aristas en un océano, sin que á veinte pasos de distancia puedan observarse sus maniobras ni prestárseles refuerzos, caso que los necesiten.

Si, á pesar de todo esto, se consigue terminar aquí la guerra, fuerza será confesar que cada soldado muerto habrá sido un héroe y cada general un soldado.

Media legua próximamente llevaríamos andada los tres viajeros de regreso á San Sebastián, cuando fuimos advertidos por un teniente de cazadores de las Navas del peligro que corríamos de caer en poder de los carlistas si no acelerábamos el paso. Este providencial aviso tan oportuno, como que acababan de abandonar la línea

las parejas de miqueletes que la recorren de día, hallándonos, por consiguiente, á merced de cualesquiera de los golpes de audacia con que suelen hacer presa más de una vez nuestros enemigos, fué por nosotros tan puntualmente seguido que, apretando el paso todo lo que nos permitieron nuestras fuerzas, en poco más de media hora logramos ponernos á cubierto de sus iras.

Y heme aquí, señor director, en la capital de Guipúzcoa, escuchando el silbido de las balas que cruzan en diversas direcciones este tranquilo cielo, por donde hace ya meses que no se ven la aves, que acáso se ocultan temerosas de la muerte.

Como esos pajarillos, quiso esta mañana guarecerse, al escuchar la señal de fuego dada por la campana de la Mota, una pobre niña de diez y seis años, hermosa como todas las de este país, y al intentar refugiarse en el quicio de una puerta cayó mortalmente herida en la cabeza y en el vientre por un proyectil arrojado desde Arratsain. Esta es la única desgracia que hay que lamentar hoy en esta ciudad.

San Sebastián, 5 de enero de 1876.

Sr. Director de *El Imparcial.*

Esta mañana tuve noticia de que las baterías enemigas que hostilizan á Hernani habían roto el fuego sobre esta plaza, interrumpiendo así la inusitada tranquilidad que desde algunos días venían disfrutando sus moradores. Iba á disponerme para hacer mi segunda excursión á aque-

lla heroica villa, cuando recibí una carta del Sr. Usunáriz, ayudante del comandante militar de Hernani, en que me dice que ayer á las cuatro de la tarde colocó el enemigo un cañón en la batería llamada Basaun, y con él disparó, desde las nueve y cuarto hasta las doce de la noche, treinta granadas, que si bien habían causado desperfectos en algunas de las pocas casas que no se hallan del todo derruídas, no ocasionaron desgracias personales. Esta oportuna confidencia me hizo desistir de mi propósito, aplazando mi partida para mejor ocasión. A las nueve de esta mañana la batería de Basaun seguía muda.

Hoy, á las once y media, se ha pregonado á tambor batiente por las calles y plazas de esta población un bando del alcalde de la misma, advirtiendo á estos habitantes que apelen á todo género de precauciones para ponerse á cubierto de las baterías enemigas, cuyos disparos no pueden, desde las doce de la noche última, ser notados por el vigía del Castillo de la Mota, encargado de hacer en la campana la señal de fuego.

Esta medida, que habla muy alto en pro del celo de estas autoridades, es el resultado de las muchas bajas que desde nuestras fortificaciones causamos á los corifeos de la causa carlista, cuyos fuertes de Arratsain y San Marcos han tenido que ser revestidos de grandes parapetos ó paredones que, al propio tiempo que les resguardan en parte de nuestros tiros, nos impiden ver el fogonazo de sus disparos. Esto no obstante, sabemos que el fuerte Arratsain se halla imposibilitado desde anoche de hacer puntería sobre la parte nueva de esta ciudad, en cuya extensa área se ha ensayado la artillería carlista.

Una de las primeras disposiciones emanadas del Cuartel General es la que ayer se comunicó á todos los jefes de brigada, prohibiendo se agreguen á los batallones más cantineras ni vivande-

ros que los que les están señalados y tengan para ello competente autorización.

El término medio de las granadas que nos arrojan diariamente los fuertes carlistas no exceden de treinta.

Hay esperanzas de salvar á la joven herida hace tres días por una granada.

San Sebastián, 7 de enero de 1876.

Sr. Director de *El Imparcial.*

Después de Hernani, Irún. Esta es la segunda población cuya defensa durante el último sitio fué, como todos sabemos, una verdadera epopeya. Debía, pues, visitarla, y con este objeto salí ayer tarde de San Sebastián. Pero no contaba para realizar mi proyecto con que el sol, que tocaba ya en su meridiano, me abandonaría antes de terminar mi viaje, dejándome á merced de las sombras, que es lo mismo que decir á disposición de los carlistas.

Esta consideración, que era la consecuencia lógica de una serie de reflexiones hijas del natural temor á una mala hora, tan mala que no pudiera haberla peor un paquete de *El Imparcial*, si, como el desventurado Smidt, tuviese yo la desgracia de caer prisionero, me hizo cambiar de parecer, y en la imposibilidad de dirigirme á Irún fuíme á Pasajes, y desde allí, por veredas desusadas y tortuosas, cayéndome aquí, tropezando allá, comencé á internarme en el monte Jaizquibel, en cuya vasta extensión, desde el fuerte denominado Lor-Jou, hasta el cabo de

Higuer, cerca de la isla de los Faisanes, donde se pierden sus últimas ramificaciones, tenemos los fuertes del Convento, Arramendi, Darieta, Urcabe, Arcale, Enrique, Guadalupe, Parque, Mendívil y San Marcial, y doce torreones convenientemente aspillerados y puestos á cubierto de cualquier intentona enemiga.

De estos fuertes, si bien he visitado la mayor parte, sólo pude detenerme en los de Arramendi y Urcabe, situado el primero á 130 metros sobre el nivel de pleamar, y á 200 el segundo sobre el río Oyarzun, en los primeros riscos de Jaizquibel. Como sucede en casi toda esta zona, accidentan estos sitios cañadas y pendientes de rápido declive, viéndose cubiertos sus bordes de espesos y achaparrados bosques de manzanos que la estación despojó de fruto y de ramaje.

Departiendo amigablemente con los soldados y escuchando á cada cual una distinta apología de las prendas que adornan al general Moriones, quien más que por su nombre es conocido aquí por el *abuelo,* apodo paternal tan expresivo, aunque con más propiedad usado que el de *nuestra pequeña madre,* adoptado por las mujeres francesas al hablar de Mirabeau, me sorprendió la noche, y ya muy entrada ésta, regresé á San Sebastián con la luz de la luna, un poco fatigado por lo áspero del camino que acababa de recorrer, pero felicitándome porque, más dichoso que el célebre Mr. Arban, tuve la suerte de bajar sano y salvo de mi última ascensión á estas montañas.

Cuando penetraba en la ciudad por una puerta, lo verificaban por otra el general Morales de los Ríos y el coronel de caballería Sr. Echaluce, á quienes se estaba esperando. Esta noticia, que comuniqué á ustedes por telégrafo anoche mismo, debo ampliarla manifestándoles que ambos señores se harán cargo de sus respectivos man-

dos y pasarán revista dentro de breves días á sus tropas, lo cual hará también el Sr. Mariné. Dos días ha que estamos incomunicados con Irún, pues, según parece, anteayer han hecho los carlistas algunos disparos sobre el coche correo, y el encargado de este servicio se niega á seguir prestándolo mientras no se disponga que acompañe al coche una escolta de caballería.

Entre los notables episodios que se cuentan á propósito del bombardeo de esta plaza, hay uno que, por lo que tiene de reciente, de verídico y original, voy á referir á ustedes.

Hallábanse ayer en una habitación de la calle Mayor, situada en la parte vieja de la ciudad, dos esposos jóvenes dispuestos á salir á paseo con objeto de distraer á una niña, hija suya, aquejada desde hace días de una profunda tristeza. Pero de pronto se le antoja al marido no salir, pretextando no sé qué cosa, y resuelto á quedarse en casa abre un libro, se aproxima al balcón que da á la calle, y dirigiéndose á su mujer y á su hija, dijo:

— Id vosotras y no tardéis mucho.

La esposa toma de la mano á la niña y obedece. Trasponen el umbral de la puerta de la sala, atraviesan el pasillo, van ya á bajar las escaleras. Mas en este momento se le ocurre á la esposa volverse y llamar á su marido.

—¡Qué fastidio!—contesta éste dejando la sala y caminando á su encuentro —. Vamos, ¿qué ocurre?

— Hombre, que des un beso á tu hija, ya que no quieres acompañarla.

Y cuando el padre se inclinaba para besar la frente de aquel ángel, una granada del fuerte Arratsain caía sobre la butaca en que hacía un momento estaba sentado aquél, destrozando, al reventar, todos los muebles y tabiques de la sala.

La Providencia, que redimió al género humano por un espantoso sacrificio, más misericordiosa ayer, redimía á una familia por un beso.

San Sebastián, 15 de enero de 1876.

Sr. Director de *El Imparcial.*

La escasez de noticias que merezcan ser comunicadas me ha hecho suspender hace días mis correspondencias. Al reanudar hoy mis tareas me propongo dar á conocer á usted un tipo ya bosquejado en una preciosa comedia de Bretón, y hacer un breve resumen de los acontecimientos más importantes que en esta ciudad han ocurrido, siquiera no sea más que por satisfacer la natural curiosidad de los lectores interesados en conocer una por una las escenas del acto final de la guerra.

En este drama, que tiene por teatro las montañas de Guipúzcoa y de Navarra, y por espectadores todas las naciones cultas, hay, como en los que crea el ingenio humano y para que las leyes del Arte sean las mismas que rigen en la naturaleza, elementos contrarios, pasiones diversas representadas en personajes sublimes ó ridículos, serios ó jocosos, encargados de realizar la variedad en la unidad y de hacer que el interés, una vez iniciado, se sostenga y viva de efecto en efecto, hasta que la obra termine ó el público se canse.

Uno de los elementos, uno de los personajes que más poderosamente contribuyen á dar un

interés sombrío á esta guerra vista de cerca, es sin disputa el que todo el mundo conoce por el *espía carlista* ó carlista rezagado, especie de derviche, cuyos labios no se mueven más que para hacer pavorosos augurios y necias profecías ó para adular, lleno de miedo, al ejército liberal; cuyos movimientos acecha de día para noticiarlos de noche por medio de una luz á sus amigos, los habitantes de Arratsain.

Este tipo, que como en San Sebastián existe en todas las plazas sitiadas, donde no faltan nunca partidarios de los sitiadores, es eminentemente carlista; pero, cobarde como ninguno y perverso como todos, sabe cubrir, bajo un hipócrita velo, sus opiniones, y acostumbrado á vivir del espionaje y de las delaciones como la hiena de la carne podrida, lo mismo tiene al corriente á sus correligionarios del estado de nuestras tropas, que disminuye á nuestros ojos, siempre con relación á noticias de *origen carlista*, el número de las enemigas.

Así se comprende que no salgan una vez nuestros generales á recorrer las líneas sin que sean saludados por algunos proyectiles enviados, previo aviso, precisamente al punto más resguardado ó menos visitado de sus fuegos. De ahí también el que todos crean que los carlistas tienen aquí menos fuerzas de las que fundadamente se les supone, pues es un hecho que su número crece de día en día.

¿Quién es este personaje?; ¿dónde vive? Nadie lo sabe. Nadie le trata, nadie le conoce; quizá no tiene amigos, como el Abasvero de la tradición, pero él existe y de su existencia testifican á todas horas las desgracias ocasionadas por los proyectiles facciosos.

No hay que preguntar de dónde viene la noticia alarmante, el rumor de imaginarios obstáculos para terminar la guerra; no hay que pregun-

tar dónde tiene origen tal ó cual absurda confidencia, tal ó cual estadística á todas luces falsa. Es el *espía carlista* el que tiene la madeja de todos estos hilos.

He querido describir á ustedes esa miserable creación, porque si en ella hay algo de original, mucho hay también de infame, razón más que suficiente para que sea entregada á la vergüenza pública.

Por lo demás, poco y viejo tengo que decirles con relación á la guerra.

Hace unos días se ha dispuesto que la línea de fuertes y puntos avanzados sobre el enemigo se divida en dos: una que se llamará de la derecha, y otra de la izquierda. La primera comprende todas las posiciones que se extienden entre el fuerte Hernández hasta Hernani inclusive, y la segunda desde Irún hasta Loyola.

Aquélla estará á cargo del general Quadros con el mando de las fuerzas que la guarnecen, y ésta á cargo del general Catalán. El comandante general de la derecha tiene á sus órdenes á los brigadieres Suances y Navascués, y el de la izquierda á los de igual graduación, Sres. Sierra y Otal. Nada se sabe aún oficialmente de la organización definitiva de este ejército. Sin embargo, *El Diario Español* ha publicado parte de esta organización, y esto me autoriza para dar á conocer la que, previas ligeras modificaciones, se cree prevalecerá. Hela aquí:

Ejército de la izquierda.

Primer cuerpo.—Comandante en jefe: el teniente general D. Domingo Moriones y Murillo, marqués de Oroquieta.

Primera división. — Comandante general: el

Excmo. Sr. Mariscal de campo D. Fernando Quadros.

Primera brigada.—Jefe: brigadier D. Juan Ignacio Otal.

Cuerpos.—El regimiento de infantería de Cantabria; batallón de reserva núm. 11.

Segunda brigada. — Jefe: brigadier D. Carlos Suances.

Cuerpos. — Tercer regimiento de infantería de Marina; batallón de cazadores de Puerto Rico.

Artillería. — Cuarta batería de la segunda brigada del primer regimiento de montaña, capitán Michel.

Jefe de Estado Mayor: comandante graduado capitán Sr. Delamez.

Segunda división. — Comandante general: mariscal de campo D. Adolfo Morales de los Ríos.

Primera brigada. — Jefe: brigadier D. Ramón Careaga.

Cuerpos. — Regimiento de infantería de Luchana; batallón de reserva núm. 18.

Segunda brigada. — Jefe: brigadier D. Miguel Navascués.

Cuerpos. — Regimiento de infantería del Rey; primer batallón del regimiento de infantería de Africa.

Artillería.—Primera batería de la segunda brigada del primer regimiento de montaña, capitán López Coca.

Tercera división. — Comandante general: el mariscal de campo D. Melitón Catalán.

Primera brigada.—Jefe: brigadier D. Aureliano Alvarez.

Cuerpos.—Regimiento de infantería de Galicia; batallón de cazadores de las Navas.

Segunda brigada.—Jefe: brigadier D. Antonio Rodríguez Sierra.

Cuerpos. — Regimiento de infantería de Sevilla; batallón de reserva núm. 2.

Artillería.—Segunda batería de la segunda brigada del primer regimiento de montaña, capitán Gobantes.

Brigada afecta al Cuartel General.—Jefe: brigadier D. Francisco Mariné.

Cuerpos. — Batallón de cazadores de Estella, reserva núm. 33 y miqueletes de Guipúzcoa.

Quedan también afectos al Cuartel General la compañía de minadores del primer batallón del segundo regimiento de ingenieros, las compañías primera y cuarta de minadores del segundo batallón del segundo regimiento de ingenieres, la cuarta batería del segundo regimiento montado, la segunda del sexto montado, el escuadrón de caballería cazadores de Burgos, y el parque móvil con la primera compañía de transportes á lomo.

Las granadas enemigas continúan dándonos malos ratos.

Anteayer hundió una de ellas un ángulo del tejado del teatro, abriendo en el muro un boquete que permite ver gran parte de la armadura interior, y ayer ocasionó una tres heridos.

Estos días ha caído una fuerte nevada sobre San Sebastián y sus alrededores. Con este motivo han suspendido las tropas los ejercicios de tiro al blanco é instrucción, en los cuales llevan realizados grandes progresos los jóvenes procedentes de la última quinta. Dichos ejercicios deben reanudarse inmediatamente que empiece el deshielo.

Cierro esta carta participando á ustedes que, aunque no de gravedad, se encuentra en cama desde hace días el general Catalán.

San Sebastián, 16 de enero de 1876.

Sr. Director de *El Imparcial.*

Cerrada y echada al correo mi carta de ayer, supe que se habían iniciado las operaciones con un hecho de armas que, aunque pequeño, no deja de tener una gran importancia para aquellos que, conocedores del país, saben cuánto vale para el levantamiento del bloqueo de San Sebastián el tomar posiciones cercanas á las del enemigo.

Este hecho, del cual he dado á los lectores noticia telegráfica, es el siguiente:

A las nueve de la mañana dos compañías de infantería de Marina y una de miqueletes, destacadas en la carretera de Hernani, recibieron orden de marchar sobre las posiciones facciosas y atacarlas resueltamente por derecha é izquierda hasta apoderarse del caserío de Artola, punto fortificado por los carlistas y situado, según noticias, á 1.500 metros de Arratsain y 3.700 del centro de esta población, á la derecha de la carretera de Lasarte.

Verificado el movimiento, que presenció el general Quadros desde el fuerte Lugaritz, y una vez á tiro de los caseríos de Artola, hicieron nuestras tropas la primera descarga avanzando, que les fué contestada por el enemigo, el cual, desconcertado sin duda por tan inesperado ataque, temeroso de que se le cortase la retirada, que es lo primero que trata siempre de evitar, abandonó á escape tendido sus posiciones, dejándonos dueños de ellas.

Personas *idóneas y militares*, como las quiere

La Epoca, hacen de este ataque grandes elogios; yo, que no soy ni quise ser militar jamás y que juzgo tan inútil como escasa mi aptitud para los asuntos de guerra en todo lo que estos asuntos no efectan á la felicidad del país, y en cuanto no se relacionan con la misión del corresponsal de un periódico, cuyos lectores no necesitan lecciones de Geografía ni de táctica, haciéndome eco del parecer general, creo que la acción de ayer es de suma transcendencia, porque no sólo nuestras tropas avanzaron dos kilómetros sobre el enemigo en línea recta del fuerte Lugaritz, que contesta á los fuegos de Arratsain, sino que aproximaron de tal modo nuestras posiciones al terreno contrario, que este último fuerte no podrá menos de cesar en sus hostilidades desde el momento en que, colocada una buena batería en el caserío de Artola, se le bata con resolución y energía.

Con este objeto se están ya llevando á cabo en dicho punto los trabajos de fortificación consiguientes, debiendo establecerse allí, tan pronto se concluyan, una ó dos piezas de artillería de gran calibre.

Mientras tanto, y para auxiliar estos trabajos, se ha mandado que alternen en el servicio de vigilancia de los caminos citados la compañía de miqueletes y las dos de infantería de Marina á quienes se debe el éxito de este movimiento.

La noticia de este resultado fué muy bien recibida por este vecindario, ansioso, como es natural, de un momento de tranquilidad después de tantos días de angustia y zozobra. De muy distinto modo debió ser acogida por los carlistas, pues de ayer á hoy se observa en toda la línea un movimiento singular de gentes que se disponen á redoblar la vigilancia de sus posiciones y á evitar sorpresas ó *gatadas*, como ellos llaman á la toma de Artola.

No será difícil que á pesar de ese celo tengan que lamentar muy pronto mayores contrariedades.

San Sebastián, 19 de enero de 1876.

Sr. Director de *El Imparcial.*

En confirmación de todas cuantas noticias he dado á ustedes relativas á la transcendencia de la toma de Artola, debo participarles que, merced á las hostilidades que sostuvo dicho punto con Arratsain, ayer no envió este fuerte sobre San Sebastián más que nueve granadas, de las cuales cinco quedaron cortas, tres no reventaron y una cayó en el campo de operaciones, sin producir desgracias.

Anoche se me dijo que á la caída de la tarde había sido herido en el caserío citado un individuo del regimiento de Luchana. Parece que este individuo se hallaba á pocos pasos de nuestra batería viendo los certeros disparos que se dirigían á Arratsain, cuando reventó á su lado un proyectil enemigo, destrozándole un muslo casi por completo.

Momentos antes otra granada de Arratsain caía sobre nuestro fuerte de Lugaritz y hacía pedazos un armón lleno de municiones, que se inflamaron sin otro resultado.

Son las cuatro de la tarde y acabo de visitar la hermosa posesión del señor marqués de Portugalete, situada á un cuarto de hora de esta ciudad, en la carretera de Hernani. Esta quinta, revestida de una cerca artísticamente rústica, es una de las mejores que se levantan en los alre-

dedores de San Sebastián, y actualmente sirve de alojamiento á dos compañías del primer batallón de infantería de Marina, mandadas por el coronel D. Luis Tejeiro.

Al internarme por sus largos paseos y sus artificiales bosques de abetos; al contemplar la hermosa gruta formada por estalactitas y estalagmitas caprichosamente hacinadas, cuya primorosa semejanza con la Naturaleza trae á la imaginación el recuerdo de la gruta de Fingal en el mar de Irlanda, la más hermosa del mundo; viendo aquella cascada de enanos peñascos y aquel lago helado que recoge en su cauce las filtraciones sonoras de los montes vecinos, no se comprende que este sitio esté habitado por tropa, y, antes al contrario, parece ser la morada de un poeta ó la de una musa del Arte.

Confieso que quedé sorprendido grandemente en presencia de este fenómeno, tanto más inexplicable para mí cuanto más común es atribuir á la planta de nuestro soldado la siniestra virtud de la del caballo de Atila. Sin embargo, y en esto no cabe exageración, aparte de un ligero desconchado que se observa en la argamasa de que está revestida la cochera del palacio, donde las dos compañías citadas han habilitado una cuadra y una cocina, todo se halla intacto, todo está entero, como si nadie habitase esta preciosa quinta.

Y hasta tal punto han respetado nuestras tropas este sitio, que ni siquiera se observa en sus muros esas inscripciones y esos dibujos asquerosos que en más de un caserío carlista tuve ocasión de notar por esta tierra, dibujos é inscripciones que, cuando no un impío ultraje del nombre de Dios, son una indigna provocación, no sólo á los sentimientos liberales de nuestro ejército, sino al pudor y la vergüenza de todo el que por hombre se estima.

Así hacen honor á la misma causa que defienden los que escriben en su bandera *Dios, Patria y Rey.*

Hoy, como ayer, nos ha hostilizado muy poco el fuerte Arratsain. Se conoce que no le dejan ahora saludarnos con la frecuencia que lo hacía. Que sea enhorabuena. San Sebastián es el que va ganando.

Sale el correo y no tengo tiempo para más.

San Sebastián, 18 de enero de 1876.

Sr. Director de *El Imparcial.*

Con objeto de conocer las posiciones recientemente tomadas á los carlistas, me dirigí esta mañana á Artola por la carretera de Lasarte. Lo apacible de la temperatura, templada por un sol primaveral impropio de la estación, y la absoluta quietud de los fuertes enemigos, convidaban á este paseo que había de ser para mí tanto más grato cuanto más delicadas impresiones me estaban reservadas en el corto trayecto que debía recorrer.

Yo rogaría á los que hayan de leer mis pobres cartas, que no me motejen si en ésta, como en las sucesivas excursiones que haga (que nada tienen de particular y en las cuales nadie ve otra cosa que una serie de montañas y de oteros despojados de toda clase de atractivos), nota y recoge mi pluma algo de eso en que nadie se fija porque no hace bulto, detalles de escaso valor real, pero que no dejan por eso de encerrar sumo interés para los que sienten y piensan de cierto

modo y para los que, dotados de una especial condición, ven en el objeto más insignificante, en la cosa más baladí, la preparación, el germen de uno de esos hechos cuya transcendencia puede influir poderosamente en la felicidad de un pueblo, en la historia de toda una generación.

Al dirigirme camino de Artola, nada más hermoso que el espectáculo que se desplegaba á mi vista y nada más elocuente que aquel silencio que me rodeaba, interrumpido sólo por el rumor lejano de la ciudad que dejaba á mi espalda ó por el sordo ruido del mar al estrellar sus olas en la playa.

Las montañas, despojándose del sudario de nieve que tendió sobre sus picos la aterida mano del invierno y recogiendo en sus verdes faldas, como brilladoras lágrimas, las gotas desprendidas al calor de los rayos solares; ese mismo silencio de los fuertes de ambas líneas, que como dos rivales que sostienen un duelo á muerte suspendían sus ataques para prepararse á morir mejor; la serenidad del cielo, la placidez de esta naturaleza, que parecía ensayar, después de tanta angustia, una sonrisa, animada acaso por la esperanza de ver florecer en breve sus bosques talados, sus jardines y praderas; todo esto era para mí tan elocuente, que hubo un momento en que creí escuchar en el fondo de mi conciencia, como un himno que iba á repetirse en todos los ámbitos de España, aquellas palabras de la Escritura:

Pasó el día terrible, el día de desolación y muerte. La paz reina ya sobre la tierra y se arraiga y prevalece por los siglos de los siglos.

¡Qué contraste!, pensaba yo. ¡Tanta alegría, tanta calma en el cielo y tanta tristeza y tanto odio en la tierra! Mientras la Naturaleza toda

conspira á nuestra felicidad, presentándonos los dones que constituyen sus más preciados tesoros, nosotros, hijos rebeldes, ingratos á todo beneficio, escarnecemos esa solicitud de madre con nuestras disensiones civiles y estudiamos los mejores medios de cubrirla de luto y de vergüenza.

Pero, ¿quién sabe?, continuaba; ¿quién sabe si la misma tranquilidad de este día, esta desusada calma de las hostilidades, no es un síntoma favorable, una muda profecía de la próxima terminación de la guerra? La nieve era un obstáculo para el comienzo de las operaciones en grande escala; ahora ya no nieva, y, por el contrario, la nieve que cayó estos días comienza á derretirse, y hemos conmemorado el deshielo tomando al enemigo una posición ventajosa. ¿No podría, pues, suponerse que con unos días como éste, durante los cuales se colocase en nuestras avanzadas la artillería necesaria para batir á Arratsain, conseguiríamos levantar el bloqueo de la ciudad éuskara y resolver en gran parte el problema planteado en el plan de ataque combinado?

He aquí por qué rara gradación de ideas asociaba yo una circunstancia tan natural como la magnificencia del día al hecho transcendental, histórico y político de la pacificación del país, y he aquí también por qué las cosas más pequeñas pueden influir mucho en la realización de los asuntos más grandes, del mismo modo que el átomo influye en la Naturaleza para la formación del globo.

Así me distraía yo, cuando, fuera ya de la carretera de Lasarte, comencé á subir la eminencia sobre que se asientan los caseríos de Artola, dejando á una distancia de kilómetro y medio el fuerte de Lugaritz, é internándome por un sendero bastante difícil, á causa del mucho lodo formado por las destilaciones del monte.

La posición de Artola, insisto en lo que dije en mi carta anterior, porque tuve ocasión de comprobarlo, es ventajosísima. Menos importante, sin embargo, que la de Vidarte, de la que está cercana por hallarse más distante de Arratsain, puede atacar á este fuerte y al Venta Ciquiñ por SO., á 1.500 y 2.000 metros de distancia. Al llegar á este punto acababan de construirse las baterías, formadas por cestones de arena, cuyos trabajos se realizaron en cuarenta y ocho horas, bajo los fuegos enemigos, y acababan de llegar cuatro cañones, dos de ellos de grueso calibre, que inauguraron sus disparos colocando tres granadas en las troneras de Arratsain, que debieron haber inutilizado sus piezas, á juzgar por el silencio en que ha estado todo el día de hoy y por la rapidez con que se substituyeron aquéllas.

Constituyen la posición recién conquistada dos caseríos grandes, construídos muy cerca el uno del otro sobre un ribazo de la carretera, á 115 metros del nivel del mar; este ribazo tendrá próximamente un kilómetro de extensión de Norte á Sur, dividido de Este á Oeste, en línea recta de Venta Ciquiñ y la carretera de Hernani, por una hondonada de ancho cauce.

Es materialmente imposible, aun con el mapa á la vista, dar á ustedes una idea exacta de la disposición de todos los fuertes enemigos con relación á los nuestros. Tal es la confusión de trincheras y baterías carlistas y liberales y el desorden topográfico con que están construídas, que hacen imposible todo deslinde. Esto por una parte, y por otra la dificultad de anotar sin confundirme los infinitos nombres revesados de estos lugares y caseríos, me impide dar á conocer á ustedes todas las ventajas que puede tener, y tiene seguramente, la toma de Artola. Básteles, pues, con lo dicho para calcular el interés que tiene la nueva posición, considerada como punto

avanzado sobre Arratsain, cuyos fuegos tendrán que cesar en breve para siempre de hostilizar á San Sebastián.

Al retirarme, supe que la sorpresa de Artola había costado al enemigo tres bajas vistas. Mientras se verificaba el movimiento de avance de nuestras tropas, cayó una granada de Lugaritz sobre la espalda de un carlista que huía volviendo de vez en cuando el rostro para fijarse en las fuerzas que le perseguían.

Al reventar la granada destrozando á aquel desgraciado, dijo un soldado nuestro, á quien tuve el gusto de conocer hoy, hablando con otro:

— Ese murió como vivió: mirando atrás.

Estos rasgos, dignos de Víctor Hugo, son muy comunes entre nuestras tropas.

He aquí otro que vale un mundo.

Días atrás hicieron los carlistas una descarga sobre la carretera de Hernani, hiriendo y llevándose prisionero un cabo del primer batallón de Marina, cuyos individuos acaban de estrenar capotes.

Al día siguiente varios soldados nuestros salieron á una avanzada, y desde allí preguntaron á los carlistas por su cabo.

— Está herido, *guiris;* está herido — contestaron ellos.

— Que nos lo devolváis pronto, carcas, porque si no os va á costar caro.

— ¿Tenéis capotes nuevos?

— Sí, y por cierto que no le habrá venido mal el de nuestro cabo á vuestro brigadier...

Esta tarde pasó revista á sus tropas el brigadier Mariné, acompañado de su ayudante de campo, el teniente coronel Martínez de Velasco, en el caserío de Artola, donde está destacado el batallón de cazadores de Estella, y en Alza, donde se halla el batallón de miqueletes de Guipúz-

coa, tan distinguido el primero en la acción de Somorrostro, cuando quedó en cuadro el día 25 de marzo del 74, y tan notable el segundo por el arrojo y bizarría de que viene dando tantas pruebas de tres años á esta parte. El batallón de reserva núm. 33 no pudo ser revistado con motivo de hallarse prestando servicio en Hernani.

Esta invicta población sigue siendo hostilizada por los fuertes enemigos.

San Sebastián, 21 de enero de 1876.

Sr. Director de *El Imparcial.*

Desde mi última carta, nada ha ocurrido digno de mención hasta la fecha. El tiempo, que tan agradable se presentó días pasados, haciéndonos concebir lisonjeras esperanzas á los que creemos que de él dependen las operaciones, ha cambiado, si no completamente, lo bastante para darnos á entender que aun estamos en lo más crudo del invierno. Hay en el sol de enero más perfidia que en el corazón de una mujer coqueta: acaso oculta ésta menos indiferencia detrás de su sonrisa, que hielo y nieve aquél detrás de un cielo diáfano y sereno. Los *ojalateros,* que de todo sacan partido, aprovechan esta circunstancia, es decir, las oscilaciones de temperatura que imposibilitan las operaciones en grande escala, para atribuirle á Dios complicidad en su causa.

—¡El nos favorece!—dicen con la gravedad del doctor Pandolfo; pero se olvidan de que cuanto más tardemos en rebasar sus líneas, tanto ma-

yor será y tanto más seguro su desastre. Por lo demás, hartos estamos de saber que su Dios tiene por atributos el viento y los granizos, la niebla y la obscuridad; la luz, el calor, sólo lo usan para ofrecer á ese Dios holocaustos humanos ó cosa parecida.

Ayer continuaba haciendo acertadísimos disparos sobre Arratsain nuestra batería de Artola, auxiliada por el fuerte de Lugaritz. No será extraño, pues, que antes de mucho tiempo deje de hostilizarnos, como ya les indiqué en una de mis anteriores.

Una triste noticia me veo en la precisión de comunicar á ustedes, que estoy seguro causará en los lectores la misma penosa impresión con que fué acogida en esta ciudad. Hay en San Sebastián un poeta eminentemente popular: hijo de este país, escaso de instrucción, pero dotado de privilegiadas luces, de una imaginación viva y fecunda y de un corazón lleno de entusiasmo y de elevados y puros sentimientos; este poeta es en estas provincias una especie de Ossian, cuyos cantares, inspirados en el más noble concepto de la libertad, ora son repetidos con entusiasmo por los defensores de la honra nacional de estas montañas, ora se recitan siempre con deleite lo mismo en el salón de la aristocrática dama, que en el caserío, en el campo, á la sombra del árbol secular y al son de la tradicional dulzaina. Este poeta, de todos conocido, por todos venerado en esta tierra, nunca compuso versos castellanos; enamorado del dialecto patrio, como Lamas Carvajal y *Serafí Pitarra*, sus composiciones son concebidas y escritas en vascuence; así como las de aquéllos, que cada una de sus poesías es una joya para los que saben estimarlas y conocen las bellezas del lenguaje en que están escritas; para todos dije, y me equivoco: ellos no comprenden el valor de lo que es-

criben. Por eso el poeta de que me ocupo no coleccionó sus poesías.

Alma privilegiada, recibe el germen de la idea en el primer rayo de luz que la hiere, y sin otra transición que la que el pensamiento necesita para ser revelado en el arte, conmuévese y produce. Y esta producción que fascina, que halaga y seduce á todo el que la escucha, es para todos menos para él. Todos en su oído ó en su memoria conservan algo de ella, menos su padre. Y á veces dos hombres escuchan en una calle desierta los acordes de un piano, sobre cuyas notas culebrea la cadente armonía de un zortcico.

— ¿Oyes? — pregunta uno.

— ¡Qué hermosa es la canción!

— ¡Qué yo no pueda hacer eso!

— Pues esa canción es tuya.

Y es suya efectivamente. ¿Pero qué sabe el tallo si le pertenece la flor cuyos aromas nos embriaga? Si lo supiese, quizá lleno de orgullo se creciera hasta tocar nuestros labios para arrebatárnosla.

Pero observo que me extiendo demasiado sin participar á ustedes la noticia prometida. Quería escribir con color de rosa lo que forzosamente ha de escribirse con sangre... ¡Es tan triste decir que agoniza un poeta! ¡Es tan triste decir que el que ayer por la mañana escribió para el *Diario de San Sebastián* esta melancólica balada:

Nicau pentztu nuben
beiñ zuicusita,
ori bay dala guztiz
nes cacha polita,
nay belu nere izan,
gaude ez congayta,
maiteco nuque nola
ama eta aita,
nere bici ya baño
gue vagore baita,

caía por la tarde mortalmente herido de una granada al lado de su esposa y de sus tiernos hijos! Nada más cierto, sin embargo. Cuando lo supe, anoche mismo, yo, que conocía al nobilísimo Vilinch por varios de sus cantares y por referencias de las personas más ilustradas de esta capital, acompañado de su buen amigo don Cirilo Latierro, fuí á su casa, calle del Puerto, número 5, y lo que entonces sentí aún lo recuerdo ahora con dolor.

El lector me excusará de entrar en detalles referentes á esta visita, que para todos serán inútiles desde el momento en que sepan que aquel desgraciado acaba de sufrir la amputación de una de sus piernas, destrozada horriblemente, y se preparaban los médicos, según me dijeron, á hacer lo mismo con la otra, siempre que el paciente se sintiese con valor y pudiese resistir la operación. No quiero hacer una biografía de esta preciosa víctima del furor carlista. No quiero privar á mi compañero antiguo, el respetable escritor Sr. Peña y Goñi, amigo y paisano de Vilinch, de lo que por derecho le pertenece; sea de él la gloria de colocar una flor sobre la tumba que va á abrirse. Él tendrá más recuerdos que yo para honrarle y esas lágrimas de la amistad que no pueden compararse con nada.

San Sebastián, 23 de enero de 1876.

Sr. Director de *El Imparcial.*

Verificadas ya las revistas parciales de las tropas que componen este Cuerpo de Ejército por los jefes de las mismas, parecía natural que antes de comenzar la campaña las revistase en una

gran parada el bravo general Moriones, cuya sola presencia basta á inspirar en el soldado la firmeza y el valor de los héroes, y cuya palabra enérgica y elocuente, como la de aquellos ilustres caudillos que no porque hayan muerto dejan de vivir en el corazón de todos los españoles y de todos los patriotas, sabe despertar en cuantos le escuchan los sentimientos más caros y más proverbiales de nuestra raza.

Hoy, pues, domingo, con motivo de la solemnidad del día, tuvo lugar esta revista que á vuela pluma, y valiéndome de los apuntes que pude recoger, voy á reseñar á ustedes antes de que salga el correo. A las diez en punto de la mañana se hallaban en orden de parada cubriendo la línea de la carretera que parte de esta capital á Rentería, apoyando la derecha en el puente de Santa Catalina, los batallones de cazadores de Puerto Rico y reserva núm. 11, mandados por el brigadier D. Juan Otal. A la derecha, en el mismo orden de formación, se extendían las tropas de la segunda división de este Cuerpo de Ejército, al mando de los brigadieres Sres. Navascués y Careaga, y á continuación los batallones de cazadores de las Navas, Estella y miqueletes de Guipúzcoa, á las órdenes del brigadier D. Francisco Mariné.

A la misma hora, y mientras de igual modo formaban en el paseo de Atocha, apoyando la derecha en la vía férrea y dando frente á esta capital la primera y cuarta batería de la segunda brigada del primer regimiento de montaña, y dos secciones de la cuarta batería del segundo regimiento montado, á las órdenes del coronel comandante de Artillería Sr. Echaluce, situábanse en el puente de Santa Catalina y en los caminos de Loyola, Pasajes y Rentería cuatro parejas de Caballería del escuadrón de Burgos, con objeto de impedir el tránsito de carruajes.

Otras dos parejas de Caballería recorrían la carretera por el frente de las tropas para salir de la misma por los caminos de travesía más próximos á los coches y caballos que, procedentes de diversos puntos, podían presentar obstáculos al buen orden y regularidad de la formación.

Dispuestas así las tropas, que vestían el traje de campaña con morral y manta, según les estaba rigurosamente prevenido, se presentó á pasar revista el Excmo. Sr. Comandante en jefe de este ejército, D. Domingo Moriones, precedido de su Estado Mayor, de sus ayudantes de campo y de todos los señores generales, brigadieres y jefes de media brigada, que por hallarse sus fuerzas de servicio en distintos puntos de nuestras líneas no habían recibido orden de formar.

El general Moriones, en traje de campaña como sus tropas, montaba un soberbio caballo castaño árabe, y acogía con marcadas muestras de satisfacción los repetidos vivas y saludos que le dirigían sus soldados.

¡Ah! Nada más tierno, nada más conmovedor que aquel acto en que un ejército heroico y victorioso, todo lleno de juventud y de vida, saluda con la mirada centelleante, en vísperas de una gran batalla, al general que ha de llevarles á la victoria. ¡Cuánto entusiasmo! ¡Cuánta fe se revela en sus nobles semblantes! Aquel ejército, arrebatado por una guerra cruel, ignominiosa á las entrañas de tantas madres; aquellas inteligencias obligadas por la inflexible ley de las circunstancias á renunciar al civilizador destino para que fueran creadas; aquellos brazos descansando sobre el cañón de los fusiles, mientras se enmohece en un rincón del hogar la azada fecundadora y devora la langosta los sembrados y se apodera el yermo de la hacienda que nos legaron nuestros padres; aquellas cabezas en que an-

tes fermentaban mil problemas científicos ocupándose ahora en resolver un problema de muerte; aquellos soldados, en fin, parecían olvidarse de todo, parecían aceptar gustosos hasta el sacrificio de sus vidas, si necesario fuera, en presencia de aquel hombre, en cuya mirada se refleja toda la tristeza de la patria y en cuya sonrisa resplandece toda la poesía de un porvenir de paz, toda la dulzura de una aurora despejada. ¡Cuán satisfecha debe estar España! ¡Cuán satisfecho el general Moriones, del espíritu que anima á estos valientes!

Terminada la revista á las once y media, todas las tropas, excepto los batallones de Puerto Rico, reservas números 11 y 18, la cuarta batería de la segunda brigada de montaña y la cuarta del segundo regimiento montado, se retiraron á sus respectivos cantones, desfilando aquéllas en columna de honor y al compás de las bandas por delante de S. E., quien presenció el desfile junto á su alojamiento del hotel Ezcurra, entre todos los generales, jefes y oficiales de su Estado Mayor.

A las dos de la tarde recibió el general en su casa á varios generales y jefes residentes en esta plaza que, francos de servicio, asistieron en corporación. Tal es el acontecimiento del día.

Hablar del orden y compostura que reinó en tan solemne acto sería inútil.

El general Quadros continúa en cama un tanto recargado de su grave enfermedad.

Fuerte de Puyo, 25 de enero de 1876.

Sr. Director de *El Imparcial.*

Prevenidas de antemano las tropas y tomadas todas las precauciones conducentes al mejor éxito de la jornada, á las ocho de esta madrugada salieron de San Sebastián las brigadas Suances, Navascués, Otal y Careaga, y los generales Quadros y Morales de los Ríos, con orden de hostilizar, respectivamente, las posiciones enemigas situadas á derecha é izquierda de nuestra línea de ataque. Al verificar este movimiento, la brigada Mariné, con los batallones de cazadores de Estella y de las Navas, y de cuatro compañías de miqueletes, acampaba á la derecha de la carretera de Hernani al pie del fuerte Puyo, desde donde escribo, quedando de reserva y á las órdenes del Cuartel General, el cual se establecía poco después en Oriamendi, ó sea en la parte central de la línea.

La mañana no podía ser más hermosa; el sol comenzaba á iluminar las montañas y ni una sola nube empañaba el azul cielo. A las ocho y veintisiete minutos, apercibidos ya nuestros fuertes, rompió el fuego la brigada Careaga sobre el enemigo, situado en las casas de Miramón, el cual contestó con una fuerte descarga desde sus trincheras, de las cuales se apoderó en breve una compañía de Marina que flanqueaba, mandada por el capitán D. Miguel Pardo.

Replegado el enemigo sobre posiciones más ventajosas, pero siempre cediendo terreno, mezclóse en la lucha la brigada Suances con el batallón cazadores de Puerto Rico, al mando de don Ramón Echagüe, apoyado por el regimiento de Marina y dos secciones de Plasencia.

Esta brigada, cuyo jefe he visto varias veces desaparecer entre el humo de las guerrillas, lo mismo que á sus ayudantes, los bizarros oficiales Sres. D. Manuel Puyón y D. Adolfo Durán, es una de las que se han distinguido en esta tarde, pues merced á las acertadas disposiciones del Sr. Suances el batallón de cazadores de Puerto Rico, rompiendo por tres líneas de fuego y haciendo alarde de una serenidad y una bravura incomparables, llegaba á las once y media á posesionarse de los importantes caseríos de Atacherreca y Algorrenea, en tanto que el segundo batallón de Marina se apoderaba de los de Zapastari y Arletaburu, cercanos al fuerte enemigo de Viñarte y no muy lejos del de Venta Ciquiñ. Mientras la lucha tomaba este carácter por el centro, generalizábase el fuego de derecha á izquierda de tal modo, que en tres horas sufría la brigada Navascués 135 disparos de los fuertes carlistas y se marcaban las posiciones de los enemigos por otras tantas columnas de humo producidas por el incendio de sus caseríos, á los que ellos mismos pegaban fuego en la imposibilidad de mantenerse á cubierto por más tiempo. Entre los que en este momento están ardiendo encuéntranse los de Urrestigoyena, Atacherreca y Algorrenea, donde el enemigo había establecido poderosas trincheras con pipas llenas de tierra revestidas de un foso interior, las cuales fueron destrozadas completamente.

En todos estos caseríos halláronse grandes depósitos de sagardúa, que los caseros pusieron á disposición de nuestros soldados tan pronto como avanzaron hasta sus posiciones, negándose á recibir dinero alguno en pago, porque, según decían, estaban bien recompensados con la satisfacción de ver por allí á tan buena gente; caso que, sea dicho de paso, más que generosidad significa mucho miedo.

A las tres de la tarde retiraron los carlistas de

Venta Ciquiñ la pieza con que venían hostilizando á San Sebastián, y llegaba á mis oídos la noticia, altamente satisfactoria, de haber sido desmontada desde Hernani por dos piezas de 15 centímetros Krupp la batería de Antonenea.

También supe después, con relación á un presentado, que la partida Migarza, cuyos individuos fueron los que sostuvieron el fuego desde las primeras horas de esta mañana hacia la derecha de nuestra línea, había tenido muchas bajas.

El general Quadros se situó con sus ayudantes en Faologoya, punto tomado también por la brigada Suances, lo mismo que los caseríos Zapatary y Arletaburu. Los fuertes de nuestra izquierda que contestan á Santiago Mendi y Munoaondi, así como los de la derecha por la parte de Hernández é Igüeldo, han hecho certeros disparos, auxiliando grandemente las operaciones. Puyo ha lanzado hoy sobre los caseríos de Malacapiyo y Manchalenea, en la estribación del monte Usurbil, doce proyectiles.

Siento que lo vasto de nuestra línea de ataque, que no podría recorrer en dos horas, me impida dar á ustedes más detalles de esta acción. Sin embargo, creo haber apuntado en lo que llevo dicho lo esencial y más notable de lo ocurrido hasta ahora.

Hasta mañana, pues, ya que por ahora sólo me resta decirles que del movimiento verificado hoy (movimiento que duró desde las ocho y media de la mañana hasta las cuatro y media de la tarde, y durante el cual hemos sufrido un nutrido fuego de cañón y fusilería con escasísimas interrupciones) sólo han resultado por nuestra parte, que yo sepa, un soldado del regimiento del Rey, muerto, y 20 de distintos cuerpos, heridos; entre éstos se hallan cinco miqueletes á quienes alcanzaron los cascos de una granada.

San Sebastián, 26 de enero de 1876.

Sr. Director de *El Imparcial.*

Al participar ayer la retirada mandada verificar por el general Moriones, después de ocupar varias posiciones avanzadas en terreno enemigo, creo haber indicado á ustedes en mi carta anterior que esta operación, verificada deliberadamente, tenía por objeto llamar la atención de los carlistas hacia nuestros fuegos, atacándoles luego por distintos lados. Retiradas ya todas nuestras fuerzas y cerradas las puertas de esta plaza, quedaba situada en la falda de Puyo la brigada que manda el brigadier Mariné, con órdenes reservadas de entrar en la ciudad de noche y trasladarse con sus fuerzas á Guetaria, á bordo de un buque surto al efecto.

El brigadier Mariné, cumpliendo las instrucciones del general en jefe, verificaba la entrada en esta ciudad con sus tropas de reserva, y después de racionarlas saltaba á bordo de un pequeño vapor de guerra, verificando el desembarco en Guetaria á las once en punto de la noche.

Lo que desde esta hora les habrá ocurrido, no lo sé; pero mucho debieron haber trabajado, muchos obstáculos habrán tenido que vencer antes de haberse posesionado, como se posesionaron, á las once de la mañana, del monte Garatemendi, situado á 160 metros sobre el nivel del mar, bajo los fuegos del fuerte de Santa Bárbara y los de la batería de la Atalaya por otro.

Que esta brigada trabajó sin descanso, dígalo lo difícil del terreno ocupado; que sus fuerzas han sabido batirse, pruébalo la sangre de 40 valientes que constituyen sus bajas, entre muertos y heridos; yo no sé quiénes habrán contribuído

más á este glorioso hecho, pero conozco la historia de Estella, miqueletes y las Navas, y desde luego puedo decir que todos habrán luchado con brío, con entusiasmo, con denuedo.

Sólo así se comprende que de esos tres batallones hayan sufrido por igual los jefes que los mandaban, y no hayan, á pesar de esto, vacilado en su avance hasta tomar la batería con un mortero y hacer varios prisioneros, entre ellos un oficial y un cadete.

Hemos, pues, roto el ala izquierda del enemigo, considerado enfrente de esta plaza, cuyo bloqueo puede darse por levantado desde el momento en que, batido el fuerte de Santa Bárbara, habremos cortado la retirada á las fuerzas enemigas de Vidarte, Arratsain, Venta Ciquiñ, etc.

Sobrecogido el enemigo ante este rudo golpe, hoy no ha hostilizado á esta ciudad, creyendo oportuno acaso no gastar pólvora en salvas.

El contento con que se ha recibido en San Sebastián la noticia de la toma de Garatemendi es inexplicable. Varias Comisiones de emigrados y muchas personas de esta población, han ido hoy á felicitar al general y á significarle al propio tiempo el placer con que han visto asegurado el próximo regreso á su pueblo.

Moriones parece ser que contestó á algunos de ellos:

— Yo también me felicito de haberles desorientado á ustedes con mi ataque de ayer.

Muchas de las personas emigradas de Guetaria han regresado ya á este punto.

Esta tarde ha sido reforzada la brigada Mariné por un batallón de infantería de Marina y otro de Puerto Rico.

Mañana sale de Guetaria el Cuartel General.

Guetaria, 26 de enero de 1876.

Sr. Director de *El Imparcial.*

A las tres y media de esta tarde salí de San Sebastián, á bordo del vapor *Progreso,* de la matrícula de Bilbao, llegando á las cuatro y cuarto á este pueblo, en el cual encontré establecido el Cuartel General, que se había trasladado aquí á las seis de la madrugada.

Guetaria, villa de escaso vecindario y de antiquísima construcción, es la patria de Elcano, el primero de nuestros marinos que dió la vuelta al mundo, en 1522, y ocupa la falda del elevado monte Gárate, en cuya estribación apiña sus viejos edificios.

Al desembarcar, saludé la estatua de bronce de aquel gran marino, que se alza sobre un esbelto pedestal rodeado por una verja de hierro, frente al muelle, y después de enterarme minuciosamente del movimiento llevado á cabo estos últimos días por nuestras tropas, visité el reducto de Gárate y bajé á Zarauz, población de moda en no lejanos tiempos, y una de las más ingratas á la causa de la libertad, á cuyo calor se desarrollaron sus intereses.

Al entrar en Zarauz acababan de salir del pueblo los carlistas y entraba el general Quadros con seis batallones, entre ellos uno de Galicia, alojándose en las habitaciones para ellos preparadas, después de una jornada bastante difícil, por el estado de la carretera, cortada á trozos por los *caritativos* partidarios de D. Carlos con el *santo* fin de que no pudieran transportarse contingentes de artillería.

Durante mi corta permanencia en este punto,

pude observar, con bastante disgusto en verdad, que el alma del carlismo, más que los decididos partidarios de esta causa, la constituye aquí la mujer; la mujer, que se oculta y esquiva el trato con las tropas leales; la mujer, que, saludada al paso con el cariño y el gracejo peculiar de nuestro soldado, vuelve la cabeza desdeñosamente y contesta con un insulto á la más inocente galantería.

Una de estas mujeres, ó uno de estos monstruos, dijo á un soldado que quedó mirándola, por el grave crimen de llamarla en vascuence *nescacha polita* (bonita muchacha):

— Si te hubieran puesto una mordaza, no vendrías aquí á escandalizar, pedazo de bruto.

Como mi objeto no era quedarme en Zarauz, para donde partiré otra vez mañana, regresé á Guetaria al obscurecer, habiendo sabido entonces que el general Mariné, con algunas fuerzas de Estella, miqueletes y las Navas, había salido á cubrir las avanzadas de la carretera, yendo el resto de ella á pernoctar en aquel pueblo.

Ayer he dicho á ustedes que al tomar Mariné el monte de Garatemendi y su reducto, habíanse apoderado sus fuerzas de un mortero; á esto hay que agregar gran número de granadas y de balas de mano, que suplen á veces á las de cañón pequeñas, pues están construídas con espoleta de tiempo, y en más de una ocasión fueron por ellos utilizadas con resultados desgraciadamente favorables.

El movimiento llevado á cabo en la madrugada de ayer por la brigada Mariné fué tan atrevido, que el general Moriones, al leer el parte, dudó, según se me asegura, de su contenido, atribuyendo á un error de pluma lo que no era más que una verdad de á folio.

Merced á esta operación, el levantamiento del bloqueo de San Sebastián es ya un hecho.

Acaban de asegurarme que en todo el día de ayer, como en el de hoy, los fuertes enemigos dejaron de hostilizar á San Sebastián.

Es que ya no pueden hacerlo, aunque quieran.

Al subir al monte Garatemendi, tuve ocasión de ver el mortero cogido al enemigo, mortero que tiene por nombre «Afinador», y que según la leyenda que tiene en el lomo grabada, fué construído en Azpeitia el año 74, reinando D. Carlos VII.

Zarauz, 28 de enero de 1876.

Sr. Director de *El Imparcial.*

Ayer he dado á usted algunas noticias relacionadas con el movimiento llevado á cabo estos días por la brigada Mariné, pero al dar á usted noticias incurrí en algunos errores, hijos, más que otra cosa, de la precipitación con que escribía y de la falta de datos autorizados, y que hoy me propongo rectificar. La transcendencia de esta operación requiere, para ser narrada con exactitud, tiempo y lugar, circunstancias que hoy poseo y mediante las cuales podré orientarles de cuantas noticias y detalles son necesarios para apreciarla en todo su valor y en todo cuanto encierra de transcendental para la más próxima terminación de la guerra.

Por consiguiente, haciendo caso omiso de algunos párrafos de mi última carta, debo comenzar ésta explanando detalle por detalle, punto por punto, todo cuanto desde la noche del 25 ha tenido lugar en esta zona, lo cual me agradecerán

sin duda los lectores, si, como es de suponer, han conseguido despertar su curiosidad los últimos movimientos verificados por el Cuerpo de Ejército que manda el general Moriones.

Recibidas por el brigadier las órdenes oportunas, dirigióse la noche del expresado día á la ensenada del conde de Pasajes, donde le esperaba la escuadra para efectuar el embarque, el cual se verificó á las nueve y media en varios lanchones y en el vapor de guerra *Pelícano,* con rumbo á Guetaria. Mariné iba en el *Fernando el Católico*, delante del cual marchaba el *Sirena* conduciendo catorce compañías de Estella, miqueletes y las Navas, de las cuales sólo operaron, por no haber podido desembarcar todas, cinco de las Navas, una de Estella, dos de miqueletes y una del provincial de Mondoñedo, cuyo batallón se hallaba de guarnición en Guetaria.

Una vez en este punto la expresada fuerza, de acuerdo el brigadier Mariné con el comandante militar de la plaza, mandó, en vista de lo urgente que era efectuar la operación, formar tres columnas de ataque, llamadas de la derecha, centro é izquierda, á cargo la de la izquierda del comandante de miqueletes Sr. Dugiols, la del centro al del Sr. Ortega, y la de la derecha al del coronel teniente coronel de las Navas D. Vicente Martítegui.

Dispuestas así las cosas, salieron del pueblo estas tres columnas por la poterna llamada de Guetaria, de un metro de ancho, frente al campo enemigo y en dirección al monte Gárate, que presentaba su primera serie de trincheras, dispuestas en forma de anfiteatro, á 200 metros de las fuerzas.

Apercibido el enemigo de este inusitado movimiento, tan inusitado cómo que hacía un año que no era hostilizado por esta parte, rompió el fuego de fusil y de cañón sobre la puerta, cayendo entonces mortalmente herido un capitán de

Estella, que recogió en sus brazos el bravo jefe del mismo batallón, Sr. Ortega.

Este incidente, aunque bastante doloroso, no bastó á desanimar á las fuerzas, puesto que, lejos de cejar un punto en el entusiasmo de que iban poseídas, continuaron avanzando á la carrera, logrando apoderarse á la media hora de once trincheras combinadas y del reducto que las corona.

Ya en esta altura tomaron las tropas un pequeño descanso, y continuaron apoderándose del terreno ocupado por el enemigo, que verificaba la retirada en relación del avance de nuestras fuerzas.

Dueños ya de estas posiciones, ó sea de Santa Olalla, faltaba conquistar la altura de Garatemendi, empresa tanto más difícil cuanto más escasa era la fuerza que iba á afrontar este peligro, y cuanto mayor era el número de las contrarias, las cuales ascenderían á 1.200 hombres, entre ellos algunos que pertenecían al batallón de guías de D. Carlos. Pero nuestras tropas no podían ni sabían retroceder. Antes de salir de Guetaria habían sido arengadas en la iglesia por el brigadier Mariné, que les había dicho: «¡Soldados!: la Patria, el Rey y nuestro general necesitan hoy de nosotros; se nos ha distinguido eligiéndonos para dar la libertad á Guetaria y apoderarnos del monte Gárate y sus fuertes; á esta honra que se nos hace debemos nosotros corresponder dignamente. Si estáis dispuestos, seguidme.» Y el eco de sus palabras enardecía el corazón de sus soldados, que gritando: «¡Al fuerte, al fuerte!», se apoderaron pocas horas después del elevado monte de Garatemendi, del cual y de su fuerte y reducto se posesionaron á un tiempo las tres columnas de ataque. He ahí, amigos míos, todo lo esencial, todo lo más importante del movimiento llevado á cabo desde la noche del 25 hasta la tarde del 26 de enero.

Una de las cosas que contribuyeron más al brillante éxito de esta jornada, que costó al enemigo más de 80 bajas, fué la confidencia hecha por el brigadier Mariné á su ayudante de campo, el teniente coronel D. Manuel Martínez de Velasco, momentos antes de comenzarse el ataque.

«Amigo mío — le dijo —; si tengo la desgracia de caer herido, antes de que se apoderen de mí esas hordas, yo le ruego que no vacile en pegarme un tiro. Es necesario tomar ese monte, tal es mi deber, y si para ello es preciso morir, no vacilemos en aceptar la muerte.»

Estas palabras, que fueron escuchadas por algún individuo, no tardaron en ser repetidas de soldado á soldado, siendo recordadas por algunos al terminarse la operación entre verdaderos transportes de alegría.

Al día siguiente el general Moriones, inspirado en la más alta idea del honor y del deber, enviaba al brigadier Mariné este oficio, que se hizo luego extensivo á todas sus tropas en la orden general del día:

«Ínterin reuno los datos para dar cuenta detallada al Gobierno de S. M. del acto y esclarecido hecho llevado á cabo por esas valientes tropas, y proponerlas para el premio que tanto han merecido, doy á V. E., y á todos los señores jefes, oficiales y soldados que han formado parte de la columna expedicionaria de ataque contra Gárate, las gracias en nombre de la Patria y del Rey, por el acierto, decisión y heroísmo con que han arrebatado al enemigo una de sus más importantes posiciones, así como en mi nombre, por la manera con que han sabido corresponder y llenar la confianza que en ellas deposité al encomendarles la ejecución de esta arriesgada y difícil empresa. — *Moriones.*»

Del 26 á la fecha están paralizadas las operaciones, y no hemos hecho otra cosa que ocupar

á Zarauz—en uno de cuyos palacios me encuentro alojado—y comenzar los trabajos de fortificación de las posiciones tomadas.

Las penalidades sufridas por estas tropas durante el tiempo que duró el bombardeo de esta plaza, son comparables tan sólo á las de sus pobres habitantes. Fué tal la escasez de víveres en que unos y otros se han encontrado en determinadas épocas, que algunas compañías del expresado batallón se han visto precisadas á racionarse un día con dos galletas por barba. Otro día, en que ni esto se podía encontrar en el pueblo, pescaron un tiburón algunos soldados cerca de la playa y con él se alimentaron ellos y muchos vecinos.

El general Catalán continúa enfermo en San Sebastián, muy poco aliviado de la indisposición que le tiene en cama hace algunos días.

Hoy se han presentado á indulto en Zarauz siete carlistas. Dícese que de mañana á pasado se reanudarán las operaciones.

San Sebastián, 30 de enero de 1876.

Sr. Director de *El Imparcial.*

En vista de la paralización de operaciones, salí esta mañana de Zarauz, y á bordo del *Fernando el Católico* me trasladé á esta capital desde Guetaria, donde se halla establecido el Cuartel General, y cuyo puerto está animadísimo con motivo del movimiento de buques que allí arriban conduciendo víveres, municiones y acémilas para el abastecimiento del ejército.

La circunstancia de haberme hallado ausente estos dos últimos días de San Sebastián, no me ha permitido asistir á la reñida acción sostenida ayer por algunas fuerzas del regimiento del Rey y un batallón de Luchana, pertenecientes á la división de Morales de los Ríos.

Nada les diré, por consiguiente, del resultado glorioso que obtuvo el reconocimiento verificado el 29, en dirección á los fuertes enemigos fronteros á esta población.

Hay en ese reconocimiento circunstancias tan notables, episodios tan elocuentes, rasgos de valor tan asombrosos, que relatarlos yo sería empequeñecerlos.

Por otra parte, no es ya la voz del entusiasmo la que hoy debe dejarse oir; es la Historia la que debe hablar; la Historia, severa y justa con todos, y que ahora más que nunca tendrá ocasión de ser justa y severa.

Si hay algo noble en la guerra, matar con armas iguales debe ser noble, y por consiguiente admitido.

¡Pero matar aplastando! ¡Huir cobardemente, como zorra delante del enemigo; verle ocupar palmo á palmo el campo de batalla, sus reductos, sus trincheras; observar sus movimientos de avance sin oponer resistencia, porque ya no les pertenece el arma que abandonaron en la fuga..., y de pronto, cuando ya se encuentran acometidos en el último fuerte, acordarse de que en el fuerte hay peñascos, y volcarlos sobre el enemigo, que ya los hostiliza en el foso!... ¿No es verdad que esto es más vil, más criminal que matar por la espalda de noche y en despoblado? Esto es monstruoso é inconcebible hasta entre salvajes.

En la Edad Media, en aquella edad de ignorancia y fanatismo, pudo haber pensado una cosa parecida aquella Mari Hernández, aquella inverosimilitud de Tirso de Molina; pero esto no lo

hicieron más que los discípulos de Saulo con Esteban y los carlistas con nuestros soldados.

Mientras el enemigo recibía de ese modo á nuestros soldados en sus posiciones, nosotros disponíamos que los prisioneros de Garatemendi fuesen tratados en la prisión con todas las consideraciones que se deben á los oficiales de ejército.

San Sebastián, 31 de enero de 1876.

Sr. Director de *El Imparcial.*

Hoy, como ayer, carezco de noticias de verdadero interés para ustedes. Se están reconcentrando fuerzas en Guetaria, y esto me hace presumir que pronto continuará hacia aquella parte el movimiento tan felizmente iniciado.

Sábese de una manera positiva que el cabecilla Muguerza, cuya partida consta de 150 hombres, perdió el sábado, en el ataque de Arratsain, la mitad de su fuerza, resultando él mismo herido en la cabeza y siendo recogido desmayado en un caserío cercano, desde donde se le condujo á Lasarte.

Hoy ha sido trasladada de Hernani á esta capital una pieza Krupp de á 15; no sé si tratarán de emplazarla, como supongo, en nuestro fuerte de Artola; pero de ser así no les arriendo las ganancias á los de Arratsain.

Para que juzguen ustedes de los caritativos sentimientos de la mujer en muchos puntos de esta tierra, adjunta le envío una carta fechada en Cestona en mayo del año pasado, cuando

Guetaria comenzó á sufrir los horrores del bloqueo (1).

Esta carta, modelo de su género, encierra la mágica virtud de transportar nuestra imaginación á los tiempos y á aquella guerra en la cual la mujer y el cura entraban por más que ahora los cañones y las granadas.

Como ustedes verán, esa carta está dirigida á un fraile del convento de Zarauz, cuyas aldeas quedaron desiertas al aproximarse á este pueblo nuestras tropas.

Continúa establecido en Guetaria el Cuartel General.

Un error de pluma me ha hecho decir en una de mis últimas cartas que el general Quadros se hallaba enfermo. No hay semejante cosa: quien continúa en cama es el general Catalán.

En este momento pasa por frente á mi casa el cortejo fúnebre del primer jefe del regimiento inmemorial del Rey, muerto en el campo del honor al frente del enemigo y al pie de las trincheras de Arratsain.

¡Descanse en paz!

San Sebastián, 1.º de febrero de 1876.

Sr. Director de *El Imparcial.*

Pocos días ha decía *El Cuartel Real: Deus est nobis cum;* y si esto pudiese ser verdad entonces, sin duda alguna lo sería ahora.

---

(1) La carta en cuestión la publicamos en las notas que van antes del índice.

¡Gárate, Santa Bárbara de Oteiza, Valmaseda, Urquiola! ¡Qué páginas tan brillantes para nuestro ejército! ¡Qué elocuentes señales, qué funestos preludios de la muerte del absolutismo en nuestra patria!

Sí, morirá; morirá como muere todo lo que es viejo, todo lo que es inútil, todo lo que es nocivo dentro de la Naturaleza; morirá como muere la víbora momentos después de la mordedura, como muere el escorpión, suicidándose, estrechado en un círculo de fuego. Que digan entonces los partidarios de D. Carlos que Dios está con ellos.

No; ¡Dios no ha estado nunca ni estará jamás al borde de la sima en cuyo abismo ha sepultado Rosas á tantos infelices! ¡Dios no ha estado nunca mandando á los facciosos de Arratsain volcar sobre los soldados de la patria los peñascos que les sirven de abrigo!

Dígalo el regocijo que en estos momentos embarga el ánimo de los españoles; la alegría que rebosan todos los semblantes; el efecto que producen las noticias de nuestras victorias en los círculos bursátiles de todas las naciones donde tenemos crédito.

Huérfana la causa carlista de todo apoyo en la opinión de los países cultos; falta de toda base de justicia, de legalidad y patriotismo para poder imponerse; vulnerable lo mismo en la teoría que en la práctica, lo mismo ante la fuerza de la lógica que ante la fuerza de las armas, lo mismo en la tribuna y el periódico que en el campo de batalla; conocido ha tiempo el significado de esos nombres de *Dios, Patria y Rey* que se destacan sobre el fondo negro de su estandarte como para escarnecer todo lo que hay de más sagrado en el mundo, su muerte es evidente. Y tanto se cree así en esta provincia, que muchos no pueden menos de extrañarse cómo hallándose tan que-

brantado el espíritu de estos fanáticos, merced á los golpes que acaban de recibir, y próximos á verse estrechados en un círculo de hierro sin medios de comunicación ni esperanza de auxilio en su empresa, no han hecho ya gestiones para reconocer al Gobierno que hoy rige los destinos de España.

Pero esto que á algunos maravilla, confírmame más y más en la convicción que abrigo de que el carlismo riñe en estas montañas la última batalla, y desesperanzado por completo quiere probar en su última trinchera el último esfuerzo de su brazo salvaje; en una palabra: quiere morir.

Hoy han salido para Santoña y La Coruña dos vapores con heridos de las últimas acciones.

La leal, la noble, la abrumada Galicia, que acaba de contribuir con 14.000 hombres á esta guerra, tres meses después de este sacrificio tendrá que recibir en su hospitalario seno á muchos de sus hijos, para recoger sus últimos suspiros y darles cariñosa y tranquila sepultura. ¡Pobre Galicia!

Todavía continúan paralizadas las operaciones.

Mañana se espera en esta ciudad al general Moriones con parte de su Estado Mayor, pero regresará en breve á Guetaria.

Hoy han solemnizado varios emigrados de Tolosa, en la fonda de Berdejo, la entrada en Elizondo de Martínez Campos.

Las operaciones realizadas por el ejército de la izquierda están dando motivo á escenas conmovedoras por el entusiasmo que revelan. Grupos de emigrados, llenos de júbilo, recorren estas calles: reúnense en los círculos, hablan, peroran, comentan los partes y colman de elogios á los generales y á los soldados de nuestro ejército.

Compréndese lo triste que debe ser la expatriación por la alegría del proscripto que regresa á la patria.

Rentería, 6 de febrero de 1876.

Sr. Director de *El Imparcial.*

Á pesar de lo desagradable del día, esta mañana tomé el coche en San Sebastián, y por no aburrirme, me dirigí á este pueblo.

Rentería es un pueblo insignificante para cualquiera que no vea en él más que la escasez de su vecindario, la sencillez de sus edificios y la posición que ocupa. En cuanto á mí, me parece todo lo contrario; diré por qué.

La villa á que me refiero, distante acaso legua y media de la capital, se destaca en el centro de un hermoso valle, resguardado por el mar y una larga cordillera de montañas, y la carretera que hasta ella conduce, después de atravesar sus calles, prolóngase hasta Irún y va á perderse en la línea frontera.

Parecerá extravagante, pero yo creo que si algún pueblo ha de conservar á través del tiempo, íntegro y en toda su pureza, el carácter de la nacionalidad á que pertenece, ese pueblo debe ser el fronterizo. En ninguna parte es tan necesario como en las fronteras un emblema que señale el crédito de un criterio, mientras la fraternidad de los pueblos siga siendo una utopía, y mientras haya quien se complazca en promover disturbios internacionales.

Rentería no es pueblo fronterizo, pero da acceso y no está lejano á la frontera. Por esto, sin duda, desde el pintoresco valle en que se asienta, con sus viejas casas del siglo xv y sus tradicionales preocupaciones, hace gala de un españolismo pocas veces tan exigido como ahora por las circunstancias de la guerra. Digo esto, porque

en las tres horas que llevo aquí he observado en Rentería tanto horror á la causa carlista como al comercio con Francia.

Ayer, al ir á situarse en la avanzada del convento, á un tiro de fusil de Rentería, unos cuantos soldados mandados por un alférez, hizo sobre ellos el enemigo una descarga al abandonar el caserío de que fué desalojado.

Anteayer, en el mismo caserío, tuvo lugar otra escena que pudo ser más sensible. Iban á situarse nuestras fuerzas, después del toque de retreta, á sus posiciones: los carlistas, que todas las noches suben á aquel caserío después que nuestros soldados verifican la retirada, fueron saliendo uno á uno de la avanzada y retirándose á sus posiciones, muy cercanas por cierto á dicho sitio. Cuando las tropas penetraron en la casa, el enemigo se encontraba ya lejos y sólo vieron á un carlista saltar una tapia y huir en dirección á sus compañeros.

Nada más fácil que matar á aquel rezagado á 10, 20 ó á 80 pasos de distancia; pero nuestros soldados, generosos siempre, no quisieron entonces derramar la sangre de un cobarde, y se preguntaban: «¿Qué habrá quedado haciendo aquí ese diablo tanto tiempo?» Pero aun no habían formulado esta pregunta, cuando en el centro del destartalado caserío reventaba una bomba cargada de metralla, cuyos pedazos herían, levemente por fortuna, á algunos soldados.

Prepárase una tarde de agua horrorosa, y antes de que llegue la noche debo regresar á San Sebastián.

Hasta mañana.

San Sebastián, 8 de febrero de 1876.

Sr. Director de *El Imparcial.*

Esta mañana, á las once y media, han tenido lugar en la iglesia de Santa María las solemnes exequias por el eterno descanso del coronel del regimiento inmortal del Rey, D. León Ortega, muerto en la acción de Mendizorrotz la tarde del 29 del mes próximo pasado.

Asistieron á esta ceremonia, además de los jefes y oficiales del regimiento que se hallan actualmente en esta capital, el gobernador militar, Sr. Calvet, que presidía el duelo, el gobernador civil, Sr. Otazo, y el alcalde primero de San Sebastián.

El acto terminó á las dos de la tarde.

Muchos de los concurrentes deploraban, acaso sin fundamento, la falta de asistencia á tan solemne ceremonia de aquellos que, representando al pueblo de San Sebastián, hubieran dado un testimonio del aprecio que les inspiraba la memoria del finado, quien no vaciló en sacrificar su vida en aras del levantamiento del bloqueo en esta plaza.

Hoy ha quedado establecido un servicio de vapores correos entre Guetaria y San Sebastián, los cuales saldrán de aquí, respectivamente, á las ocho de la mañana y á las dos de la tarde.

Parece que los carlistas, en previsión de que nuestras tropas tratasen de apoderarse más tarde ó más temprano de las fábricas de fundición que tenían en Azpeitia y en Azcoitia, al día siguiente de la toma de Gárate han retirado de allí todas las maquinarias y existencias de municiones y armas.

Si esto se confirma, como supongo, pues la noticia reconoce un origen fidedigno, el enemigo no ha hecho más que adelantarse á los propósitos del general Moriones.

En Rentería y en Irún, como en Guetaria, se están preparando 16.000 raciones para el ejército de Martínez Campos. Estas raciones se consignarán uno de estos días á nuestro cónsul en Francia, quien se encargará de remitirlas á su destino.

Ayer tarde llegaron á esta capital, á bordo del *Tajo*, tres millones de reales en veintiún cajas, dos de oro y diez y nueve de plata, cuya cantidad debe destinarse á cubrir las atenciones más urgentes de este Cuerpo de Ejército.

Bermeo, 11 de febrero de 1876.

Sr. Director de *El Imparcial.*

Ayer me trasladé á Guetaria desde San Sebastián en busca de noticias. Al llegar á aquél supe que el general Moriones había dado órdenes reservadas á la cuarta compañía de miqueletes de Guipúzcoa, y en la creencia de que estas órdenes pudieran ser de alguna importancia, hablé con el capitán de aquel Instituto, D. Martín Sánchez. Confirmadas mis sospechas, me trasladé en su compañía á bordo de la goleta *Elvira*, y salimos con rumbo á Bermeo á las dos en punto de la madrugada.

A las siete y media en punto, después de cinco horas y media de marcha, arribábamos á esta villa. Me encuentro, pues, en uno de los pueblos más importantes de Vizcaya, á la izquierda del

cabo de Machichaco y á la derecha de Mundaca, en la patria de Alonso de Ercilla, de Ezcoiquiz, y en la tierra más carlista de toda la costa.

No bien habíamos tocado en la bahía, á respetable distancia del desembarcadero, cuando vimos llegar hacia nosotros algunas lanchas tripuladas por pescadores y cargadas de grandes cajones de tabaco, cáñamo y azúcar, que los conductores pusieron á nuestra disposición en la actitud más humilde y respetuosa que puede darse.

Cuando tenía lugar este suceso, estaba yo muy lejos de saber de lo que se trataba. Luego lo comprendí todo, pero no podía menos de extrañarme tanta solicitud y mansedumbre en los que forzosamente debían ser representantes y emisarios de una población gravemente comprometida en favor de la causa de D. Carlos.

¿Qué había sucedido, pues, en Bermeo para que se le dispensase esta acogida á un buque del Gobierno?

Lo explicaré en breves palabras.

Las órdenes dadas por Moriones á la compañía de miqueletes reconocían por origen una confidencia, en la que se aseguraba al general que en una casa de este pueblo se hallaban algunas existencias de tabaco, cáñamo y azúcar, cuyo valor ascendía á 60.000 duros, las cuales no habían podido ser llevadas por las carlistas á su salida de este pueblo, á causa de su escasez de medios de transporte.

Esta noticia, revelada, según creo, por uno de los 400 pescadores de Bermeo, reducido á la más espantosa miseria por el ejército faccioso, y confirmada más tarde por el capitán de la goleta de guerra *Concordia*, que á su paso por esta bahía supo que los carlistas se habían alejado de la costa, internándose en dirección á Azcoitia, al aproximarse á Guernica el general Loma, decidió á Moriones á probar apoderarse de los expresa-

dos géneros, y comunicó sus propósitos al capitán Sánchez, á quien, entre otras instrucciones, advirtió que si á su llegada no era recibido por el alcalde, que sabía ya á qué atenerse desde el día anterior, desembarcase con su compañía, intimara á dicha autoridad la entrega de los géneros y tomase posiciones en el hospital de la Atalaya, situado hacia la parte sur, en el punto más elevado del pueblo.

Con estos antecedentes no debe ya maravillarnos la conducta observada por los pescadores; el alcalde de Bermeo había sido conminado con el bombardeo de la villa si al arribo del *Elvira* no hacía entrega de aquellas existencias, y esta amenaza había producido los mejores resultados.

Sin embargo, el capitán de miqueletes no estaba del todo satisfecho con aquella acogida. ¿Qué significaba, después de todo, aquella ciega obediencia del alcalde, más que un miedo espantoso al castigo á que se había hecho acreedor el Municipio durante cuatro años de rebeldía á la causa de la libertad?

Necesitaba hacer comprender al vecindario de Bermeo que aquel miedo no era infundado, y sobre todo quería, y esto era lo que más le interesaba, que al penetrar, después de esos cuatro años, las tropas del Gobierno en el pueblo, viesen los que no vacilan en dar crédito á los absurdos más grandes que nuestros soldados están muy lejos de ser esos bandidos, con cuya apología asustan á estas gentes sencillas los rechonchos frailes de San Francisco.

Así, pues, el capitán á quien me refiero mandó desembarcar las fuerzas que traía á sus órdenes, y una vez en tierra ocupó el hospital de la Atalaya, que domina el puerto, presenciando desde allí el embarque de todos los fardos y cajones, cuyo importe, como llevo dicho, asciende á 60.000 duros.

Mientras se verificaba el embarque, en el cual

tomaban parte más de 500 hombres con 70 lanchas y botes de todas clases, yo subí á visitar la población, cuyos habitantes, que podrán ascender al número de 6.000, me miraban atónitos, sin duda porque hace mucho tiempo que no se pasea por estas calles nadie que no lleve ese sambenito que muchos llaman uniforme carlista.

El primer punto adonde me dirigí fué á la casa solariega de Ercilla, viejo y ruinoso edificio de ennegrecidos muros cuyas ventanas ojivales han sido tapiadas en época reciente para abrir en su lugar pequeños tragaluces revestidos de vidrieras, en las cuales suplen la falta de algunos cristales retazos de blanco papel, mal pegado con obleas encarnadas. Esto en cuanto á la vista exterior de la casa. Sus habitaciones interiores, holgadas y dadas de blanco, no ofrecen ningún atractivo á la contemplación del viajero curioso; nada hay allí que nos hable de la época del cantor de *La Araucana*.

La casa tiene dos pisos y un desván. En el principal vive actualmente un ebanista, D. José Martín Barroeta, y en el segundo una señora anciana, que supongo sea su madre.

En el quicio de una de las ventanas de la sala, sobre el yeso del muro, leí esta inscripción, hecha con lápiz: «Quisiera que tales empresas pudiéramos acometer en servicio de España que *fuese* dignas de ser cantadas por otro Ercilla.—*Carlos*.

A 30 de septiembre de 1873.»

Copio estas palabras *ad pedem litteræ*, y únicamente me atrevo á subrayar una, que aparece en singular debiendo aparecer en plural, según las más elementales reglas de la Gramática castellana.

Quizá debiera pasar inadvertida esta falta de concordancia; pero me parece que debe por lo menos saber escribir el que aspira en estos tiempos á ceñirse una corona.

En cuanto á la forma de letra de D. Carlos, será poco todo cuanto se diga. Extrañándome yo de que este señor hubiese incurrido en tantos descuidos al escribir su nombre sobre aquella pared, me dijo el Sr. Barroeta, como tratando de disculpar al ilustre viajero:

«Cuando ese señor visitó esta casa, salía de un banquete con que le había obsequiado el alcalde en la sala del Consistorio, y al salir de aquí parece que se sintió algo indispuesto.»

La inscripción que dejo copiada, sin duda con objeto de que se perpetúe, fué revestida con un marco sobredorado y un cristal que la transparenta.

Este marco se halla sujeto al muro por cuatro clavos, uno en cada ángulo del cuadro, y tiene seis pulgadas de ancho por cuatro de largo, que es el espacio que ocupa la leyenda.

Al salir de esta casa visité la iglesia de Santa Eufemia, donde Enrique III de Castilla juró los fueros de las Provincias Vascongadas en 1393, cuando este rey no tenía más que catorce años.

El edificio consta de una sola nave; pero sus arcos góticos, recogidos en su remate por delicadas hojarascas, y las esbeltas columnas que las dan arranque, hacen de este templo uno de los mejores monumentos del siglo XII.

A las dos de la tarde el toque de diana, que era la contraseña convenida por los miqueletes, me advirtió que íbamos á embarcar para volver á Guetaria. Todo estaba ya á bordo.

Cuando salté á la lancha advertí que se hallaba en el puerto la *Concordia,* á cuyo capitán, el señor Saralegui, he tenido el gusto de conocer hace media hora.

Este vapor se halla costeando hace dos días y hoy debe desembarcar en Motrico 20.000 raciones de galleta, 100.000 cartuchos Rémington y 3.000 granadas para el ejército de Martínez Campos.

Nuestra expedición ha sido, pues, coronada con el mejor resultado.

El capitán Sánchez está tan satisfecho como debió estarlo Rómulo después de la famosa excursión que le valió el hacerse con el elemento más indispensable para la fundación del primer pueblo del mundo.

El chasco que se llevarán los carlistas cuando vuelvan á Bermeo, será completo.

Parte el vapor y yo termino esta carta.

Pronto daré á usted noticias de un importantísimo hecho de armas, que acaso dé por resultado la unión de los dos ejércitos.

Para eso me agregaré mañana mismo á la brigada de vanguardia, que se encuentra acampada en Gárate y que operará por el centro de nuestra línea.

Campamento de Loido, 13 de febrero de 1876.

Sr. Director de *El Imparcial.*

Aquí me tienen descansando de mi excursión á Bermeo y disponiéndome á emprender en breve otro viaje que, si no tan largo, no será menos satisfactorio para los que consagran su atención á los asuntos de la guerra.

Los resultados obtenidos por la compañía de miqueletes encargada de recoger los géneros de que hablé en mi última, han llamado profundamente la atención de todo este ejército, que no pudo menos de aplaudir las acertadas disposiciones de su general en jefe, quien ahora como siempre ha demostrado todo el interés que le inspira la suerte de sus soldados, los cuales de

hoy más, y merced á esta oportuna sorpresa, no carecerán de tabaco ni de alpargatas, á cuya fabricación parece se destinará la mayor parte del cáñamo recogido.

La travesía de Bermeo á Guetaria no pudo ser más feliz; el mar estaba inmejorable, y á no habernos saludado, al desembarcar, el fuerte de Alzugaray con cuatro granadas, dos de las cuales quedaron incrustadas en el casco del vapor, ningún incidente hubieran tenido que deplorar la guarnición ni los pasajeros del *Elvira*.

Desde Guetaria, donde he tenido el gusto de visitar al general Moriones, que continúa allí con su Cuartel General y cuya plaza se halla guarnecida con fuerzas del batallón de Mondoñedo y el de miqueletes, me dirigí por un camino de herradura bastante difícil á causa de hallarse obstruído de trecho en trecho por las trincheras que resguardaban el reducto de Purtalaya, tomado á los carlistas el mismo día de Garatamendi, á las posiciones en que actualmente se hallan acampadas nuestras tropas, las cuales se extienden desde Zarauz hasta Zumaya, en una línea que tendrá siete kilómetros poco más ó menos.

La izquierda de esta línea está mandada por el general Quadros; el centro por la brigada Mariné, y la derecha por el brigadier Suances.

Todas estas fuerzas se hallan distribuídas en los caseríos de estas montañas, excepto las pertenecientes á la brigada Mariné, que están acampadas en tiendas y barracas construídas al efecto en Purtalaya y Loido, estribaciones del monte Gárate, donde tan sólo existe un mezquino caserío que sirve de vivienda á los jefes y oficiales de esta brigada, y en cuyo recinto he tenido que hospedarme á mi llegada á Guetaria.

Noticias recogidas en este campamento, y cuyo origen se atribuye á un presentado, hacen ascender á quince batallones el número de fuerzas ene-

migas distribuídas enfrente de nuestra línea desde Alzugaray sobre Zarauz hasta Zumaya.

Sin que esto sea dar completo crédito á semejantes rumores, algo de verdad debe haber en el asunto, porque esta tarde, al subir al fuerte que acabamos de construir frente á Zumaya, desde donde se domina perfectamente á poco más de mil metros este pueblo, he visto algunas fuerzas enemigas que no pude apreciar entonces con exactitud; pero más tarde supe, al distinguir en dirección á la Peña de Aya dos grandes masas de tropa formadas en columna cerrada, que esta tropa pertenecía á los batallones de guías y voluntarios de D. Carlos, lo cual viene á confirmar hasta cierto punto las noticias que por aquí circulan.

Hoy hemos tenido un día inmejorable. Esto me hace presumir que no deben tardar en proseguir las operaciones.

A las once hemos oído misa de campaña. Los batallones de la brigada afecta al Cuartel General, formados en columna, asistían al santo sacrificio con ese recogimiento solemne y esa profunda atención que tanto distingue á nuestros soldados siempre que asisten á un acto religioso.

Tal vez esta mañana se notaba en sus semblantes más contrición que nunca, porque si el corazón del valiente puede estar ajeno de varios temores, nada impide, sin embargo, que en vísperas de un gran combate sienta en su alma esa melancolía, ese infinito dolor por la sangre del hermano, que va á derramar en aras del deber y de la patria.

El altar, improvisado sobre una pequeña mesa colocada á su vez sobre un montón de piedra, ostentaba un crucifijo en el centro y un ramillete de flores silvestres á cada lado; flores sin aroma, que no otras produce la estación en esta tierra, que hasta parece querer negar al Señor

aquello que en la Naturaleza hay de más puro y más agradable á sus ojos.

Restablecido por completo de su indisposición, mañana es esperado en este Cuerpo de Ejército el general Catalán.

Campamento de Loido, 14 de febrero de 1876.

Sr. Director de *El Imparcial.*

Llevo dos días en este campamento, y todavía no le he dedicado una sola página. Llegó, pues, el momento de cumplir con este deber de galantería para con nuestros soldados; deber de galantería, sí, porque los valientes defensores de Gárate me agradecerán, sin duda, que me ocupe de estas tiendas movibles, de estas barracas y estos parapetos, construídos como por encanto en las cimas de estas rocas para guarecerse de la intemperie del cielo, mientras no suena la hora del combate.

Y en tanto que esta hora llega, yo hablaré de sus alegrías y tristezas, iré á buscarle dentro de esas chozas, escucharé, sentándome á su lado sobre una tosca piedra, á la luz de la fogata en cuyas ascuas se condimenta su ración de etapa, la relación chispeante de sus últimos encuentros con el enemigo, ó bien, dirigiendo mis ojos al rincón más apartado de su vivienda de lona, sorprenderé, inclinándome sobre sus hombros, las dulces y peregrinas frases con que emborrona la carta que dirige á su madre, cuya ausencia llora y cuyo nombre bendice como un santo recuerdo, como un tesoro purísimo é inapreciable, el hijo

que acaso dentro de algunos instantes habrá dejado de existir ó habrá contribuído á una grande y gloriosa victoria.

Pero ¿habré de ceñirme únicamente á eso? No. También hablaré, porque lo creo deber mío, del aspecto que á altas horas de la noche presenta un campamento, cuando el fuego del vivac se apaga y el silencio y la obscuridad se extienden por doquiera. Al penetrar entonces en esas tiendas y al resplandor de la luna, se ve dormir con la tranquilidad de un niño al héroe de los combates, cuyos labios aun en sueños se mueven, ora para pronunciar el nombre de la mujer amada, que es su eterna preocupación, ora para repetir aquella copla tan intencionada:

Dicen que ya don Carlos
no quiere guerra...
Se lo dirán de misas
en la frontera.

Basta, pues, de preámbulos. Comencemos.

Mas ahora observo que no puede ser.

Son ya las tres de la madrugada y el toque de diana ha resonado de confín á confín por toda la línea que ocupa nuestro ejército, haciendo que las tropas que se entregaban al descanso suspendan su sueño y se dispongan á abandonar sus improvisadas habitaciones.

La agitación que con este motivo se nota en el campamento es extraordinaria.

— ¿Qué ocurre? — se preguntan todos.

— ¡Partimos! — contestan los que presumen saber más, pero nadie puede decir adónde, porque todos lo ignoran, menos los generales Moriones y Quadros y los brigadieres Mariné, Suances, Rodríguez, Sierra y Otal.

El campamento de que pensaba ocuparme, ya no existe; el soldado que hace un instante dor-

mía, acaba de formar en el mayor misterio y espera la orden para marchar; las tiendas que les servían de abrigo, desaparecieron con la misma facilidad con que fueron levantadas, y estas montañas y vertientes que hasta hoy han sido teatro de toda clase de escenas, desde las más dramáticas á las más cómicas, van á ser abandonadas á una pequeña guarnición, para continuar en tanto las tropas su avance sobre el enemigo.

La noche ha sido muy lluviosa y aun continúa cayendo á mares el agua á la hora en que escribo.

¿Adónde vamos?—pregunto yo á mi vez—. ¿Vamos en dirección de Indamendi á tomar la Peña de Aya? Es muy posible, pero no lo aseguro.

Como ustedes ven no tengo tiempo que perder si quiero averiguarlo.

Para conseguirlo renuncio de buen grado al humilde lecho de paja de maíz que me esperaba en el caserío de Loido, y salgo con las fuerzas expedicionarias.

Fuerte de Indamendi, 14 de febrero de 1876.

Sr. Director de *El Imparcial.*

Por abrigo una trinchera y por todo bufete una manta de las cogidas á los carlistas esta mañana, pisando aún sus huellas, esmaltadas sobre la arcilla del monte, me dispongo á comunicar á ustedes algunos detalles sobre la toma de Indamendi, cuya noticia habrán recibido por telégrafo hoy mismo.

Ante todo, puesto que es necesario, permítan-

me hacer una ligera descripción del terreno, preliminar indispensable cuando se trata de operaciones de alguna importancia.

Para hablar de Indamendi hay que hablar de Gárate, última posición avanzada arrebatada al enemigo en esta línea.

Gárate, cuya cima se levanta entre Guetaria y Zarauz, protegiendo, por consiguiente, estos dos pueblos, tiene una extensión de dos leguas de Este á Oeste, deprimiéndose en algunos puntos hacia la parte occidental y acabando por desaparecer en un precioso valle, sobre cuya área está Zumaya con sus casas blancas y escuetas al abrigo de otros montes y otras cimas como la de que me ocupo; porque las montañas de esta tierra, como las olas de estos mares, tan pronto se alzan como desaparecen; tan pronto tocan al cielo como se hunden en el abismo, ora imponentes y amenazadoras, ora plácidas y suaves. Creo que fué Víctor Hugo quien dijo, hablando de la topografía de este país, que era una borrasca petrificada.

Fuera imposible encontrar una frase más á propósito para pintarle.

Después de Gárate, el monte que más elevación presenta es el Indamendi, sobre la ría de Zumaya, pues se halla á 400 metros sobre el mar, formando una cordillera casi vertical á la de Gárate de 6 kilómetros de extensión, y distando los conos de estos dos montes entre sí más de 500 metros en línea recta.

Al pie de Indamendi, en dirección Sur, se halla Cestona, y cruzan su falda en ancho ziszás las carreteras de Tolosa y Azpeitia, cuyo último punto se domina á dos leguas de distancia, lo mismo que Arratsain, la Peña de Aya y todos, absolutamente todos los puntos fortificados de los carlistas.

Ahora bien: la importancia de esta posición,

que una vez tomada había de poner en comunicación este ejército con el de Loma, no le era desconocida al general Moriones, que quería á todo trance tomarla. Pero si muchas eran las ventajas que podía reportarle la posesión de este monte, mucha era también la sangre que había de derramarse para conseguirlo, y ante esta consideración, el general Moriones, para quien es tan cara la vida de un soldado como para un padre la existencia de un hijo, dió treguas á su proyecto y estudió, con el plano á la vista, la mejor manera de obtener un resultado favorable, economizando en lo posible el sacrificio de su gente.

¿Cuánto tiempo habrá durado esa meditación? ¿De qué modo habrá de resolver el difícil problema? Nadie lo sabe.

Pero he aquí que á las doce de la noche de ayer el general Moriones da órdenes reservadas al brigadier Mariné para que á las dos y media de la madrugada mandase salir, faldeando el Gárate, en dirección á Meagas, primera estribación de Indamendi, 200 miqueletes á las órdenes del comandante Arnao, los cuales debían apoderarse por sorpresa del portazgo de Meagas y de los caseríos vecinos, puntos todos de grande importancia.

¡Una sorpresa! Es decir, una sorpresa más después de tantas. El medio, desde luego, es el mejor para conseguir el fin apetecido; pero ¿podrá llevarse á cabo? Esto es algo difícil, porque el enemigo debe saber con quién trata, no de ahora, sino de hace ya tiempo.

Además, la noche es espantosa; el viento, la lluvia y el lodo, no dejarán respirar á los soldados que, enterrados en fango hasta la rodilla, no podrán salir del pantano, y al resbalar desde el monte, desandarán el camino conquistado á duras penas y á fuerza de fatiga.

Sin embargo, hay quien dice que esto no puede suceder, y lo dice Moriones, que conoce á sus soldos. Y no se engaña.

El brigadier Mariné comunica con el mayor sigilo la orden recibida; los miqueletes parten, y media hora después, tras los miqueletes, parte también Mariné con el resto de esta fuerza y los batallones de las Navas, Estella y reserva número 33.

El campamento de Loido quedó desierto; únicamente se destacó allí una pequeña guardia de prevención, que debió retirarse por la mañana.

Formados los citados batallones en el mayor silencio, pues se había prohibido terminantemente hablar y fumar, emprendieron la marcha por un sendero convertido en lodazal hacia Meagas, donde se hallaban establecidas las primeras avanzadas facciosas.

Cuando llegaron á este punto, ya sus caseríos se hallaban ocupados por los miqueletes, quienes á la voz de ¡alto! dada por el enemigo, contestaron con una descarga y continuaron avanzando.

Nada más imponente que esta marcha. Si es siempre caminar de noche peligroso, lo es cien veces más cuando se camina de noche por terreno malo y además desconocido. Agréguese á esto la posibilidad de vernos rodeados de buenas á primeras por fuerzas enemigas, cosa muy natural cuando se marcha sin saber por dónde, y se comprenderá todo lo solemne de aquel momento de verdadera ansiedad.

Los miqueletes caminaban á vanguardia, y á retaguardia los demás batallones.

No era mucha la distancia que los separaba, y sin embargo no se veían. A dos pasos nada más, todo era ya vago, informe, negro. Nada se oía. Sólo de vez en cuando podíamos conocer á nuestros precursores por el ruido que producían sus

pies al resbalar por aquellas pendientes gredosas, ó por el rumor que lanzaban las llaves de sus fusiles al rozar contra ellos la maleza del camino.

La descarga hecha por los miqueletes dió á las demás tropas una idea del sitio que ocupaban sus compañeros, y avanzaron también. Pero en vano esperaban ocasión de batirse. El enemigo huía monte arriba, y aunque era perseguido con tenacidad por su frente, derecha é izquierda, no se atrevía á detenerse para hacer fuego.

Estaban desconcertados.

El plan de Moriones empezaba á realizarse. ¿Pero se realizaría?

Nuestros soldados, entretanto, iban ganando terreno y envolviendo el formidable reducto de Indamendi.

De pronto se detienen; los carlistas, cansados sin duda de correr, se parapetan en la ermita de Santa Cruz de Cano, y sostienen con la vanguardia un ligero tiroteo. Auxiliada inmediatamente aquélla por las tropas restantes, logran dar muerte á un faccioso, hieren á otro y cogen ocho prisioneros, siete de ellos pertenecientes al tercer batallón Vizcaíno, que manda el titulado coronel Sarasola, y el restante al noveno Guipuzcoano, á cuyo frente se halla el coronel Rodríguez.

Uno de estos prisioneros ha sido cabo segundo del batallón de las Navas, y se pasó á los carlistas el año último; el herido es un joven de quince años, y el muerto tiene trazas de haber sido uno de los más decididos partidarios de don Carlos.

En este momento, el primer albor de una aurora helada iluminó la cumbre del monte, y entre la silueta que traza sus trincheras y el horizonte se distinguieron varios grupos que gritaban á los que subían.

Eran miqueletes y soldados de Estella que, posesionados ya del fuerte, saludaban á sus com-

pañeros al grito de *¡Viva D. Alfonso! ¡Viva España!*

Dentro del fuerte se habían encontrado grandes cantidades de armas, municiones, mantas, uniformes, camillas y botiquines.

Esta jornada, que tanto honra al general Moriones como á los soldades que en cualquier medida han contribuído á ella, no nos costó una sola gota de sangre.

Yo saludo al general Moriones en nombre de todas las familias de estos soldados, que no tendrán tampoco que derramar una sola lágrima por la acción de esta mañana.

Este hecho es tanto más notable, como que por ahora hace un año que solamente la toma de Meagas costó al batallón de Puerto Rico 100 bajas, y 150 á todo nuestro ejército.

Así, pues, dentro de breves días el ejército de Moriones y el de Quesada se habrán unido y podrán operar en combinación directa.

Moriones acaba de salir de aquí con su Estado Mayor para Guetaria.

P. E.—Uno de los prisioneros me dice en este momento que desde Indamendi á Zumaya, es decir, en la mitad de nuestra línea enemiga, había los batallones tercero y noveno de Guipúzcoa, tercero Vizcaíno y segundo Navarro, con algunas compañías sueltas de guías y cadetes.

Zarauz, 15 de febrero de 1876.

Sr. Director de *El Imparcial.*

Realizada felizmente la sorpresa de ayer por las fuerzas de la brigada afecta al Cuartel Gene-

ral, secundadas por el regimiento de Marina y el batallón de Puerto Rico, que operaba á nuestra derecha, y por los regimientos de Sevilla, Cantabria y reserva núm. 2, al mando, respectivamente, de los brigadieres Suances, Rodríguez Sierra y Otal, cuyas fuerzas amparaban el movimiento por la izquierza, á las dos de la tarde se retiró el brigadier Mariné con el batallón de las Navas á Zarauz, quedando, por consiguiente, posesionadas de Indamendi una compañía de miqueletes y la reserva núm. 33, mandadas por el segundo jefe de la brigada, las cuales han sido hoy relevadas, después de una crudísima noche de penoso servicio, por un batallón del regimiento de Galicia.

Antes de retirarnos han ido á visitar las posiciones los generales Moriones y Catalán, que ya se encuentra restablecido, los cuales han dirigido, particularmente á los jefes, oficiales y soldados que tomaron parte en el movimiento, frases tan cariñosas y expresivas, que vivirán por mucho tiempo en el corazón de los que las escucharon.

«El servicio que acaban de prestar ustedes á la patria — decía el general Moriones — es de los más grandes que podían hacerse en estas circunstancias.

»Yo sabía de antemano que no podría haber muchas bajas; pero ¿cómo suponerme, cuando he dado las primeras órdenes, que éstas habían de cumplirse sin la sola pérdida de uno de mis soldados? Felicitémonos, pues, todos del éxito de esta operación, que, á no verificarse de noche y por sorpresa, nos hubiera costado mucha sangre.»

Ahora bien: la toma de Indamendi, ¿estará destinada á pasar inadvertida entre la infinita serie de difíciles triunfos que nuestro valiente ejército viene consiguiendo sobre el enemigo en

esta tierra de toros, donde sólo hace furor el que más sangre vierte? Por mi parte, no lo creo así; pues si por los resultados que proporciona se juzga del mérito de una acción, los que han de sucederse á la ocupación de Indamendi serán tan grandes y tan favorables á la causa de la patria, que sería el colmo de las ingratitudes no consagrar á esta jornada una de las preferentes páginas de la Historia civil contemporánea.

No quiero insistir en señalar á ustedes las ventajas que nos reporta la ocupación de Indamendi, porque además de haberles indicado ya algunas en carta anterior, el movimiento verificado no se ha terminado todavía; mañana debemos continuarlo muy de madrugada. Así al menos me lo da á comprender la circunstancia de haber recibido orden esta noche de racionar las fuerzas de la brigada Mariné el joven oficial segundo de Administración afecto á la misma, D. Eduardo Díaz Pimienta, quien ha dispuesto que se entregue á cada soldado la ración de etapa que necesita para tres días.

No es, por tanto, difícil que cuando reciban esta carta se haya llevado á cabo una operación en esta línea que tenga por objeto avanzar sobre Tolosa.

De todos modos, yo, que hace treinta y seis horas me encuentro más feliz que un obispo, disfrutando en el palacio del difunto marqués de Narros del *dolce farniente* de los corresponsales holgazanes, me dispongo á partir con la brigada de vanguardia para tener á ustedes al corriente de todo cuanto ocurra.

Los trabajos de fortificación del Indamendi adelantan con asombrosa rapidez, y créese que mañana será colocada allí una pieza de á 15 Krupp. Ayer tarde se han presentado en Zarauz y Guetaria 48 carlistas, pertenecientes á distintos cuerpos del ejército faccioso, todos uniformados.

De éstos, 22 traían armamento Berdan, y uno es oficial del noveno Guipuzcoano.

Todos los presentados están acordes en asegurar que la sorpresa de ayer desconcertó al enemigo, hasta el punto de haberse iniciado por tres jefes de uno de sus batallones la idea de presentarse con sus fuerzas. Un resto de pudor, ya que no de fe por la causa que defienden, ha impedido hasta ahora que esta idea se realice.

Dos de los prisioneros hechos ayer dicen que D. Carlos paga á sus tropas, como un comerciante en vísperas de quiebra, por meses vencidos.

Los carlistas á que me refiero no han cobrado la paga del mes último, y aseguran que, á excepción de los batallones *favoritos* del Pretendiente, todos están en la actualidad mal racionados.

La verdad es que los prisioneros de Indamendi, media hora después de caer en nuestro poder, comían con bastante apetito las infinitas galletas y manzanas que les daban nuestros generosos soldados.

Azpeitia, 16 de febrero de 1876.

Sr. Director de *El Imparcial.*

Me encuentro en Azpeitia, la patria de San Ignacio de Loyola, centro del jesuitismo europeo y, por ende, pueblo eminentemente farisaico.

A las cuatro de la madrugada, como ya había previsto, salieron de Zarauz por la carretera que conduce á este pueblo el batallón de las Navas, el de Estella y dos compañías de miqueletes, mandadas por el brigadier Mariné, jefe de la brigada afecta al Cuartel General, con orden de flanquear

las alturas de la expresada carretera y facilitar la entrada en Cestona al regimiento de Sevilla, á una compañía de Ingenieros, al resto del batallón de miqueletes y á las reservas de Granada, Mallorca y reserva núm. 33, pertenecientes á la brigada Rodríguez Sierra, que debía apoderarse de la citada villa.

A la misma hora debían hallarse formadas y concurrir por la derecha á apoyar el movimiento las brigadas Suances y Otal, quienes habían de encontrarse en Cestona con Mariné y Rodríguez Sierra, y reunirse á las fuerzas del ejército de la izquierda, que acababan de apoderarse de Azpeitia.

Esta reunión de los dos ejércitos debía verificarse en el promedio de la carretera de Cestona á Azpeitia, dado que el primero de estos puntos se tomase en el puente Lasao, y á ella debían concurrir, en representación del ejército de la derecha, el general Loma con su escolta, y de la izquierda, Moriones con su Estado Mayor.

Puesta, pues, en marcha la brigada flanqueadora, llegamos á Meagas á las cinco y media de la mañana, dejando á poco trecho de allí la carretera, para trepar á un elevado monte que la domina por la izquierda.

Después de una hora de marcha por este monte, para trepar á cuya cima tuvimos que subir por una cuesta casi vertical, que costó á las tropas no poco trabajo, la fuerza de miqueletes que mandaba el comandante Sr. Dupols hizo alto, y algunos momentos después se detenía el resto de la brigada en la cúspide de la montaña, al frente de Cestona.

El panorama que desde allí se dominaba era de lo más accidentado y vario que se ofrece en esta tierra: á nuestra izquierda teníamos el colosal monte Oiquina y los caseríos de Ibarreñieta, ocupados desde el día anterior por fuerzas del

bizarro batallón primero de Marina; el pueblo de Arrona, ocupado también por la reserva de Mallorca el mismo día, y algunas otras sierras pertenecientes á Azpeitia, coronadas ya por varios batallones de la división Loma; á la derecha, la enorme cordillera de montículos calizos, que acabamos de rebasar sin otro peligro que tres disparos del fuerte de Zudugaray, que no nos causaron baja alguna, á pesar de hallarse perfectamente enfilada la batería sobre la pendiente de la posición á que me refiero; y por último, enfrente Cestona, con sus baños termales y sus 7.000 pobladores, sus cultivadas praderas y su carretera blanca y limpia como ninguna del resto de España.

Apenas llegados á la cresta de este monte, escuchamos con gran sorpresa nuestra un estridente repique de campanas, que volteaban sobre sus ejes en la torre del pueblo faccioso.

La brigada Sierra, llevando á vanguardia por la carretera, como nosotros por el monte, algunas fuerzas de miqueletes, acababa de entrar en Cestona.

Y aquel pueblo, carlista hasta no poder más, saludaba á nuestras tropas como saludan siempre los medrosos á los valientes y el vencido al vencedor.

Media hora después la brigada Mariné, que había tomado algún descanso, bien necesario por cierto, con motivo de la difícil descubierta que acababa de verificar, descendía del monte, salía al puente Lasao en la carretera de Azpeitia, de donde tan sólo distaba media hora, y presenciaba la entrevista del general Moriones, que acababa de llegar de Guetaria, con el general Loma, que á su vez salía de Azpeitia para asistir á la cita.

Esta entrevista fué sellada con un afectuoso abrazo.

He ahí el primer resultado de la toma de Indamendi.

Y como lo que llevo dicho creo que basta para dar á ustedes una idea de lo solemne de este día, termino aquí esta carta, mas no sin añadir á ustedes que, según noticias que acaban de comunicarme, el lunes último pasaron por esta villa en dirección á Azcoitia, desde donde se supone que se dirigieron á Tolosa, cuatro batallones carlistas, dos de ellos castellanos, uno alavés y otro de cántabros.

En cuanto al Ayuntamiento de Azpeitia, tan pronto tuvo noticia de la toma de Indamendi y de la aproximación de Loma, decidió emigrar, así como una gran parte de la población, habiéndose formado en seguida, con objeto de subvenir á las atenciones del Municipio, una Comisión compuesta de veintitantos individuos, *sin política*, como ellos dicen.

Como ya indiqué á ustedes en una de mis anteriores, los carlistas, al partir, se llevaron casi toda la mejor parte de las maquinarias de fundición que aquí existían, destrozando lo que no pudieron llevarse, para que nadie se utilizase de ello.

Mañana continuaremos avanzando en dirección á Tolosa.

Las fuerzas de Loma y de Moriones componen un total en estos pueblos de 42 batallones.

Aizarnazábal, 18 de febrero de 1876.

Sr. Director de *El Imparcial.*

Desde ayer me encuentro en este pueblo, situado al pie del monte de Indamendi, del cual se halla separado por la carretera, que faldea sus

estribaciones, y el río Urora, que desemboca en Zumaya.

Muy poco tengo que comunicarles hoy, pues aunque en campaña nunca escasean noticias, no siempre las que pudieran dar asunto para una carta revisten todo el interés apetecible.

No obstante, yo he ofrecido á los lectores carta diaria mientras este ejército se halle en operaciones, y sea como quiera he de cumplir mi promesa.

Consultemos, pues, nuestra cartera de apuntaciones.

Muy de madrugada, apenas comenzó á clarear el día, pasó por la carretera de este pueblo, procedente de Guetaria y en dirección á Azpeitia, un convoy de víveres y municiones, custodiado por fuerzas de Infantería. A su paso por frente á estos caseríos se ha relevado la escolta con 30 miqueletes de la tercera compañía, los cuales llegaron á Azpeitia á las nueve y media con toda felicidad.

Media hora después cuatro soldados y un cabo, que se hallaban destacados en uno de los puntos más avanzados de estos alrededores, condujeron á presencia del brigadier Mariné nueve presentados carlistas, pertenecientes al batallón de Somorrostro y al de Guías de D. Carlos. Entre ellos había un sargento primero y un cabo.

Vestían unos pantalón de tela azul á rayas negras, con capote ceniciento y sardinetas rojas en las bocamangas; otros, levita azul celeste larga y pantalón obscuro.

Todos ostentan la clásica boina, y traían fusiles Rémington largos, fabricados en Eibar; en cada una de las culatas hay una cruz hecha con nueve clavos dorados.

Por las preguntas que les dirigí, después de haber hecho su presentación en toda regla, pude colegir que los carlistas habían abandonado ayer

las importantes posiciones de San Marcos, Santiago-Mendi y Zudugaray, noticias que poco después me fueron confirmadas por un sargento de miqueletes que acababa de llegar de Guetaria y Zarauz.

También supe por ellos que el titulado general Rodríguez arengó hace algunos días en Oiquina al batallón de Guías, manifestándoles que la causa de su Rey y Señor se encontraba en el período más crítico y difícil de cuantos ha atravesado, y que, encargado por éste de pasar revista á sus tropas, antes de sostener con los liberales la campaña decisiva, quería conocer el espíritu de sus partidarios para reconcentrar en Tolosa á los que quieran seguirle, y licenciar desde luego á los *cobardes* que, *corrompidos acaso por el oro liberal,* no se atreviesen á defender una vez más la causa del Pretendiente.

Al terminar su perorata, el orador pronunció un *viva,* que no fué contestado más que por un sargento.

Esta tarde ha pasado á Guetaria el general Catalán, que se hallaba en Azpeitia, dejándonos aquí dos piezas cortas de montaña.

Esta sección parece que será utilizada en breve para batir las posiciones carlistas que imposibilitan el paso á Tolosa, si es que antes no abandonan la corte de D. Carlos aquellos sus fieles servidores, que de algunos días á esta parte no hacen otra cosa que huir á salto de mata delante de nuestro ejército.

Con la avidez devoradora del noticiero, que no vacila en presenciar la escena más desgarradora con tal de transmitir á sus lectores, al par de una noticia de efecto, parte de la sensación por él mismo sentida, salí de casa al escuchar un grito clamoroso, y á pocos pasos de la puerta tuve que detenerme para no dudar de lo que veía.

El Indamendi y todas las montañas que rodean

esta aldea, en una extensión de cuatro leguas de bosque, eran pasto de las llamas.

Robledales inmensos, vastos sembrados, limitados por cercas de setos, todo, en fin, cuanto puede ser gala y ornamento de los montes, era devorado por el fuego, que, impulsado por el fuerte viento que reinaba, se propagaba por todas partes, amenazando envolver otras más grandes zonas y descender como lluvia de exhalaciones sobre los caseríos del valle.

¿Quién había sido el miserable autor de este infernal espectáculo?

«¡La tropa! ¡La tropa!», decían estos caseros, corriendo por todas partes consternados.

Ante esta terrible acusación, el general Marinné, precedido de sus ayudantes, del batallón de las Navas y de algunas compañías de Estella, corrió al lugar del siniestro, mandó inmediatamente atajar en lo que fuera posible aquel mar de llamas que amenazaba envolvernos, y al ir á instruir las primeras diligencias para la formación de una sumaria, la Providencia, que vela por los inocentes, hacía que cayese en nuestro poder un molinero del país, el cual confesó haber prendido fuego al monte con objeto de que las cenizas de los árboles sirviesen de abono á las tierras.

Semejante manera de justificar un crimen, perpetrado, tal vez, con el objeto de manchar la honra inmaculada de nuestros soldados, como el único medio hábil de protestar contra sus no interrumpidas victorias sobre el carlismo, no pudo menos de indignar á todo el mundo, y fué necesaria toda la prudencia y toda la dignidad que distinguen á estas valientes tropas para que no se derramase la sangre de aquel cobarde, cuya alevosía fué por esta vez perdonada; ¿quieren más generosidad nuestros enemigos?

En el reconocimiento que después de cortado el fuego se ha llevado á cabo, encontráronse hu-

medecidos con petróleo algunos árboles. Este petróleo hallábase depositado, según parece, en varios caseríos de esta zona, y era el mismo que servía para la preparación de las granadas explosivas que han caído sobre Guetaria, Zarauz y San Sebastián.

Al terminar esta carta todavía resplandece en medio de la noche el resto del incendio, que, aislado ya, va amortiguándose poco á poco, á medida que el viento cesa de remover sus cenizas.

Aizarnazábal, 19 de febrero de 1876.

Sr. Director de *El Imparcial.*

Se acerca el momento de caer sobre Tolosa, pero quizá es ya tarde para conseguir el objeto de nuestros soldados: batirse con el enemigo y disputarle palmo á palmo el terreno en que se halla.

Don Carlos no se encuentra ya en Tolosa: anoche abandonó esta plaza con la mayor parte de las fuerzas allí reconcentradas, y salió á recorrer las avanzadas de la línea de defensa. La Diputación y el Municipio hicieron lo mismo, es decir, se ausentaron, sin que pueda decirse adónde se han dirigido.

Así por lo menos lo aseguran 78 desertores de diferentes batallones facciosos que hoy se presentaron en Cestona, Azpeitia y Aizarnazábal.

Esta tarde ha salido de Azpeitia por la carretera de Cestona el general Moriones con su Estado Mayor. A su paso por este punto se le agregó el general Quadros con su división, compuesta de las brigadas Otal, Sierra y Suances.

Entre los que le acompañaban, vi al marqués

de Santa Genoveva y á un corresponsal extranjero. La comitiva siguió la carretera y llegó á Aizarnazábal; una vez aquí, el brigadier Mariné salió á recibirla y conferenció con Moriones, quien continuó su marcha en dirección á Zarauz.

Con relación á esta conferencia, dícese que el general Villegas se encuentra en Azpeitia, adonde mañana debe llegar el rey D. Alfonso.

Por consiguiente, la brigada Mariné vuelve á ocupar, después de tres días de descanso en este pueblo, la vanguardia de nuestra línea de ataque; en dirección á Tolosa camina, y sobre esa plaza ya no cabe duda que marcharemos en breve. ¿Cuándo? No lo sé. Quizá mañana mismo, pues los preparativos que se observan no permiten creer otra cosa.

En este momento, precisamente, viene á confirmar mis sospechas la noticia de que mañana á las cinco de la madrugada abandonaremos este pueblo.

¿Qué será de nosotros mañana á estas horas? ¿Entraremos en Tolosa como en Azpeitia, sin dificultad alguna, ó habremos de dormir acampados, después de sostener un combate?

Es tan escasa la inteligencia del hombre, que ni siquiera puede aventurar su juicio veinticuatro horas más allá del presente; pero si de algo valen las indicaciones que continuamente recojo de los presentados carlistas, éstos, si no dentro, esperan á nuestras tropas en los alrededores de Tolosa.

Esta mañana han sido ocupados por nuestras fuerzas los montes de Zudugaray, Mendizorrotz y Santiago-Mendi, que hostilizaban, respectivamente, á Zarauz, San Sebastián y Hernani.

El enemigo se retiró á los de Terrasátegui y Cenuain, donde no podrá sostenerse ocho días siquiera.

Este es otro de los resultados de la toma de

Indamendi, cuya primer ventaja era levantar definitivamente el bloqueo de San Sebastián.

Hasta mañana.

Campamento sobre el monte de San Esteban,
20 de febrero de 1876.

Sr. Director de *El Imparcial.*

Después de doce horas de marcha hemos llegado á esta posición, sin que el enemigo se atreviera á disputarnos el paso.

Unicamente cerca de Venta de Zárate ha dirigido algunas descargas sobre determinada fuerza de la división Quadros, pero contestadas con energía por dos secciones de artillería de montaña, el enemigo se ha retirado, dejando en nuestro poder 20 prisioneros.

Hemos tomado la célebre Peña del Aya sin dificultad alguna, y sin tener que disparar un solo tiro.

Estamos, pues, dentro del límite del partido de San Sebastián, y mañana, á mi modo de ver, entraremos en Usúrbil, adonde se ha dirigido esta tarde el general Moriones después del combate, con objeto de conferenciar con Martínez Campos en Andoain ó en Hernani.

La carretera de Usúrbil á Lasarte, y de este punto á San Sebastián, se encuentra completamente expedita. Sin embargo, los carlistas es posible que se resistan en Burunza ó en Urnieta, donde se cree que se están reconcentrando sus dispersos batallones. De ser esto así, la carretera de San Sebastián podría ofrecer peligros. Si, como se asegura, todos los fuertes carlistas de

estas provincias son ya nuestros, la guerra civil se ha terminado.

En esta creencia, mañana saldré para Lasarte, después de agregarme en Usúrbil al Cuartel General, y pasado mañana estaré en la capital de Guipúzcoa para presenciar la entrada del Rey.

San Sebastián, 23 de febrero de 1876.

Sr. Director de *El Imparcial.*

Con objeto de presenciar la entrada del Rey en esta capital, ayer llegué de Lasarte, habiendo tenido el gusto de abrazar en Hernani á nuestro buen amigo el corresponsal Sr. Fauró, que venía acompañando al Estado Mayor del Sr. Martínez Campos.

Al entrar en San Sebastián se estaban levantando en la calle de Hernani dos arcos de triunfo, uno gótico y otro romano, mandados construir, respectivamente, por el Ayuntamiento y los emigrados liberales de esta provincia.

El primero de éstos, de 14 metros de elevación, descansaba sobre ocho columnas de 40 centímetros de diámetro, cuatro de ellas á cada lado, las cuales formaban al unirse en su parte superior otras pequeñas curvas que servían como de marco á dos grandes escudos, representando las armas de la provincia y del Ayuntamiento.

Sobre estos escudos, y desde la parte central del arco erigido (dicho sea de paso) con los mismos materiales que habían servido para la construcción del que se dedicó á D. Amadeo de Saboya en su visita á este pueblo, descendían varias sartas de flores entrelazadas, cuyos extremos, después de cruzar los intercolumnios en capri-

choso calado, perdíanse entre los haces de mirto, que formaban el zócalo del monumento, al cual servían de remate tres panoplias ostentando los colores nacionales.

Al extremo opuesto de la calle levantóse el otro arco, sencillo, elegante y con esa severidad augusta que, como emblema de las virtudes cívicas de aquel gran pueblo, imprimía á sus obras el arte romano. Servíanle de base dos columnas murales de hinojo y mirto, sobre cuyas cornisas descansaba horizontalmente, formando con ellas cuadro, la parte superior del arco, en cuya cima, por un lado había un tarjetón con esta leyenda: *A. S. M. el Rey. — Quesada. — Martínez Campos;* y por el otro esta inscripción: *¡Viva el Ejército!* Este arco fué costeado por el Casino de emigrados de Guipúzcoa, y se encomendó su creación á D. Domingo Mugarza.

Todas las casas ostentaban vistosas colgaduras, llamando entre ellas la atención la de los señores de Egaña y Vea-Murguía, la del Círculo Mercantil, sobre el café de la Marina, y la del director del *Diario de San Sebastián,* Sr. Manterola.

Los paseos y calles más concurridos estaban adornados por largas filas de vistosos gallardetes, y los Consulados de todos los países habían desplegado todos sus banderas, que flotaban á merced de un ligero viento del Norte.

Con estos preparativos, á las doce y media de la tarde los buques surtos en esta rada y el fuerte de las Damas del castillo anunciaron con veinte cañonazos la salida del Rey de Hernani, y una hora después hacía su entrada en San Sebastián, seguido del ministro de la Guerra y de los generales Martínez Campos, Laserna, Trillo, Echagüe, Quesada, Blanco, Moriones y otros jefes, cuyos nombres sería prolijo enumerar.

El Rey vestía traje de campaña de capitán general, y antes de penetrar en la ciudad había re-

cibido de manos del gobernador militar, Sr. Calvet, las llaves de la plaza, según antiguo rito y costumbre.

La regia comitiva pasó por la calle de Hernani, donde estaban construídos los arcos, atravesó el campo de maniobras, siguió por la calle Mayor y penetró en la iglesia de Santa María, donde se celebró un *Tedéum* en acción de gracias al Todopoderoso por las victorias que últimamente alcanzaron nuestras armas, y por el buen suceso de esta pobre nación tan combatida.

Su tránsito hasta el templo fué una continuada y no interrumpida ovación.

Las campanas tocaban á vuelo, los cohetes se sucedían sin cesar, y la regia comitiva apenas podía abrirse paso entre la entusiasta muchedumbre que aclamaba y vitoreaba á S. M., arrojándole las señoras desde los balcones flores, coronas de laurel y palomas.

Luego, S. M. presenció desde el campo de maniobras el desfile de las tropas que le acompañaban, y á las cuatro de la tarde se retiró con su Estado Mayor á las Casas Consistoriales, donde recibió á las Corporaciones municipal y provincial y á varias Comisiones de emigrados y particulares.

Por la noche, la mayor parte de las casas y todos los edificios y dependencias del Gobierno y Municipio estaban iluminados á la veneciana, lo mismo que los buques surtos en la bahía, cuyas drizas y vergas se hundían bajo el peso de miriadas de faroles de todos colores.

Mucho más quisiera extenderme, pero no me siento bueno, y ya Fauró, á quien he vuelto á ver hoy en esta ciudad, dará á ustedes interesantes detalles.

He aquí la carta á que se refiere la nota puesta en la página 60 de este libro :

«*Cestona mayo 13 de 1875.*

Mi muy estimado hermano en jesús :

Antiayer tarde á las 5 $^1/_2$ dió cuenta á Dios mi buena hija Braulia (que en paz descanse), encomiendale V. á Dios por su Alma y esta misma suplica por medio de V. les dirijo á mis Rdos. Padres y hermanos que halla en Casa.

Siempre hé mandado celebrar las misas de San Gregorio, en ese Colejio, por los difuntos que se han salido de esta su casa, ahora tambien este es mi deseo, y vea V. si al presente hay algun hermano que quiera celebrarlas y en cargale V. y digaseme la contestacion para que le mande á V. los estipendios que supongo seran como antes á dos pesetas cada Misa.

Parece que han emprendido con Guetaria las tropas Reales, la birgen Santisima les ampáre é interceda con su hijo Santisimo le inutilize al enemigo, y dé el triunfo á los nuestros. que reduzcan á cenizas todo Guetaria, y reducirle al enemigo que se en cierre en el Castillo. Hermano : tengo *cinco casas en poder del enemigo, lagar* y carriqueria, *pero que se pierdan* llorare con gusto, por reducirles á esos perseguidores de la Relijion, Santa, á un *recinto* en que no puedan daño tanto como el castillo.

Si andan con consideraciones con la Villa, no haran mas que perder jente, pero la vida de uno de nuestros soldados : Solo de Jesucristo, vale mas que todo el pueblo. estos sentimientos. si

pudiese penetrarle anuestro amado Soberano Cárlos 7.º Cuanto me alegraria.

Mantengase V. con saluz; pida V. mucho á la Virjen Santisima; y con afecto de mi hija ysabel soy de V. Siempre at.ª hermana y Segura, Servidora q. S. M. B. *Viuda de Menoz.*

NOTAS [1]

Por apremios debidos al enorme trabajo que pesa sobre la Casa editorial Perlado, Páez y C.ª, Sucesores de Hernando, hase retrasado la publicación de este tomo, que, á no concurrir los motivos expresados, hubiera visto la pública luz ha varios meses.

También debemos una explicación á nuestros lectores. Si en el anterior tomo de las obras completas de Curros Enríquez se anunció como materia de este volumen, que ahora se publica, el *Estudio biográfico-político* Eduardo Chao, razones de índole particular han impedido que aquel admirable trabajo se publique hoy.

Repetimos que, por causas ajenas á la voluntad del recopilador, no puede publicarse ahora dicha obra.

CARTAS DEL NORTE

Las *Cartas* que forman parte de este tomo, y que se publicaron en *El Imparcial* siendo corresponsal del diario madrileño Curros Enríquez, retratan de cuerpo entero al llorado poeta. En esas correspondencias, escritas muchas veces entre el fragor de la pelea y los ayes de muerte de los combatientes heridos en el campo de batalla, palpita y vive el alma del bardo, cuya lira, ora resuena melancólica y dulce, como el ruego de un

(1) Del recopilador.

niño, para cantar las añoranzas del soldado, ora ruge y apostrofa á los bárbaros asesinos de nuestra juventud, en aquellos memorables cuanto infaustos días.

Escritas en prosa estas admirables *Cartas,* saben á verso, y todas ellas, aun en sus más nimios detalles, llevan un fondo de poesía hermosamente encantador.

En aquellas líneas en que Curros Enríquez nos cuenta la trágica muerte del poeta éuskaro *Vilinch,* víctima de las infames hordas carlistas, el que lee se siente transportado á un hogar roto por el más cruento de los infortunios, y parece asomar á nuestros labios algo semejante á dantesca maldición, para execrar de por vida á los fanáticos bandoleros que sembraron el luto y la ruina en el solar hispano.

Curros Enríquez revélase también en estos trabajos no ya un espíritu grande, enamorado de la libertad, sino un vidente que columbra para su patria días muy infaustos, si la reacción hace presa en las conciencias viles. Por desgracia de todos, la reacción en pleno siglo xx, y algunos, bastantes años después de escritas estas crónicas y pertenecer al libro de los que fueron, el autor de ellas, *ha cogido carne,* estando aún reciente el recuerdo amargo de hechos que nos deshonraron ante el mundo civilizado. Queda demostrada, pues, la videncia de Curros Enríquez. Su vista de águila vió entonces ya cernirse sobre los horizontes de España ese pajarraco tenebroso y negruzco qué constantemente grazna, pretendiendo ocultar con sus alas la luz meridiana del progreso.

Un accidente imprevisto, y que estuvo á punto de costar la vida á Curros Enríquez, fué causa de que continuara el Sr. Fauró las crónicas encomendadas por *El Imparcial* al poeta gallego que todos lloramos.

Disponiéndose Curros Enríquez á preparar la maleta para el caso probable de que de un día á otro cesara la

campaña del Norte, un ayudante del brigadier Mariné, compañero de habitación de Curros, cogió una pistola y, juzgándola descargada, en broma, apuntó al pecho de su amigo, diciéndole: «Curros, prepárese usted á morir.»

Cuando Curros Enríquez se disponía á decir que la pistola estaba cargada, era tarde ya: una bala hizo blanco en su pecho. La triste escena allí desarrollada no es para dicha. El ayudante del brigadier Mariné, creyendo muerto á su amigo, sufrió un síncope, y el herido, que estuvo varios días en peligro de muerte, vióse obligado á retornar á Madrid en el estado que puede imaginarse, anhelando penetrar en el hogar donde le aguardaban afanosos sus más amados seres.

LA CONDESITA

TRADUCCIÓN Y ARREGLO Á LA ESCENA ESPAÑOLA
DEL DRAMA EN CINCO ACTOS «Á MORGADINHA DE VALFLOR»,
ESCRITO EN PORTUGUÉS
POR EL EMINENTE DRAMATURGO LUSITANO
M. PINHEIRO CHAGAS

REPARTO

PERSONAJES

LEONOR, condesa heredera de Sobrado.
DOÑA TERESA, condesa de Sobrado.
MARÍA.
LUIS FERNÁNDEZ, pintor.
LEONARDO FERNÁNDEZ.
RODRIGO.
DON PEDRO.
DON JOSÉ.
BERNARDO.
FRAY IGNACIO.
DIEGO BARRADAS, escudero.

Servidumbre de ambos sexos, de los condes de Sobrado; acompañamiento.

La acción de esta obra tiene lugar en Galicia.
Época: principios del siglo XIX.

LA CONDESITA

ACTO PRIMERO

Casa acomodada de provincia. Sala baja. Puerta al fondo, que da á la calle. Puertas laterales. Á la izquierda, al fondo, ventana practicable. Mobiliario de fines del siglo XVIII; á la derecha una mesa larga.

El acto comienza al caer la tarde, y la luz va desvaneciéndose.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, LUIS, próximo á la ventana, enfrente de un caballete, diseña el retrato de MARÍA. Ésta, sentada enfrente de él, permanece inmóvil en la posición de modelo. Al otro extremo de la escena, pero más próximos al proscenio, juegan al dominó DON JOSÉ y LEONARDO, teniendo un tablero sobre las rodillas. DON JOSÉ está de espaldas al grupo de los dos jóvenes, y LEONARDO de frente.

LUIS. *(Diseñando.)* Vuelve más la cabeza hacia la ventana; así. Rostros tan bellos no están bien entre sombras.

MARÍA. *(Confusa y bajando los ojos.)* Pero, primo...

LUIS. ¿Qué?

MARÍA. Descansemos.

LUIS. ¿Estás fatigada?

MARÍA. Estoy ardiendo... Mirad, el sol me abrasa.

LUIS. *(Observando y riéndose.)* El sol de la inocencia, María. *(Va arrimando el caballete y la silla al mismo tiempo.)* No se sonrojan tan fácilmente las orgullosas hidalgas que aceptan, como tributo que les es debido, las galanterías de los cortesanos. Pero ¿qué extraño? La sangre que corre por sus venas es azul, y por consiguiente no puede enrojecerles el rostro.

MARÍA. *(Que fué á buscar una canastilla de costura y vino á sentarse á coser junto á la ventana.)* Que esas damas son diferentes de nosotras, claro está. *(Con gravedad infantil.)* ¡Bien hizo Dios cuando creó las clases!

LUIS. *(Irónicamente.)* ¡Oh, sí; fué providencial! Apuesto á que no sabías que, si la plebe femenina salió de una costilla de Adán, las hidalgas de cabello empolvado y lacayo atrás, salieron del pescuezo. *(María se encoge de hombros sonriendo. Luis continúa hablando recostado en la ventana.)*

JOSÉ. *(Jugando y con sonrisa de triunfo.)* As y tres, juego es.

LEONARDO. *(Exasperado, pero disfrazando su ira.)* ¡Ya me extrañaba á mí que no apareciese un refrán! En mi tiempo, quien ganaba, ganaba...

JOSÉ. *(Mirándole con espanto.)* Aún sucede hoy lo mismo.

LEONARDO. No, señor. Hoy es muy diferente. Hoy, quien gana, pierde...

JOSÉ. *(Estupefacto.)* ¡Cómo!

LEONARDO. Pierde el juicio como usted, y no dice más que sandeces.

JOSÉ. ¡Sea todo por Dios! *(Leonardo continúa refunfuñando.)*

MARÍA. No, primo; no me convencéis de que la condesa de Sobrado sea una mujer como las demás. La debilidad de nuestro sexo no la conoce, ó si la conoce la vence... ¡Cuántas veces la he visto recorrer á caballo la campiña, sola, siempre á galope, y volver al castillo, después de cerrada la noche, tan tranquila como si la escoltase un regimiento!

LUIS. ¿Y sus parientes?

MARÍA. ¡Qué han de hacer! Su madre es quien podría amonestarla; mas á pesar de ser una hidalga tan severa, no resiste según dicen, al más leve capricho de su hija. Naturalmente, es hija única.

LUIS. Razón de más para educarla convenientemente. Pero... ¡ya se ve! Estas aristócratas tienen otras cosas en que pensar. No hay duda que es excelente la educación de la tal condesita... Ya recogerán las consecuencias. ¿Será orgullosa?...

MARÍA. Como pocas. Verdad es que al mismo tiempo es caritativa y dulce, pero transpiran todas sus palabras cuando nos habla tanta altanería, que bien demuestra conocer la distancia que la separa de nosotros.

LUIS. Brrr... Es todo un tesoro la criatura con quien voy á ponerme en contacto.

MARÍA. *(Mirando el cielo.)* ¡Qué pronto ha obscurecido! ¡Qué cerrazón tan negra!

LUIS. *(Volviéndose á observar el horizonte.)* Mal se anuncia la noche, en efecto. *(Á María, continuando.)* ¿Y no tiene alguna vez malos encuentros esa joven en sus solitarios paseos?

MARÍA. *(Doblando la costura y yendo á guardarla.)* ¿Malos encuentros? ¿Ladrones?

LUIS. Ó enamorados, que es peor.

MARÍA. ¿La condesita? Está para casarse.

LUIS. ¡Marido feliz! Pasará media vida corriendo tras de su mujer por montes y valles. ¿Y los galanteadores de por acá la dejan tan tranquila en sus cabalgatas á través... de los bosques? *(Con ironía.)*

MARÍA. *(Que después de recoger la costura descendió á la escena con Luis y á intervalos va preparando la mesa á la derecha para el trabajo de la noche.)* ¡Sí, que ella iba á consentirles atrevimientos! ¡Vaya! ¡Buena es ella! Asombrada

estoy de la altiva serenidad con que acoge á los que se permiten confianzas. Mirad; el hijo del corregidor es un hombre de quien yo he llegado á tener miedo. Anda siempre detrás de mí diciéndome que soy una de las Gracias, llamándome Venus y otras picardías; me da vergüenza siempre que le veo. Pues bien: Fileno...

LUIS. *(Alarmado.)* ¿El hijo del corregidor se llama Fileno?

MARÍA. No; su nombre es Felisardo, pero no quiere que le llamen sino Fileno. Dice que su nombre es de pastor, pero yo, á la verdad, nunca le he visto guardar ovejas. Como anda siempre hablando de los cisnes del Parnaso, quizá en ese Parnaso haya guardado cisnes.

LUIS. Cisnes ó patos, cualquier cosa.

MARÍA. *(Sin apercibirse.)* ¡Ah! *(Continuando.)* Pues el hijo del corregidor encontró un día á la señorita á caballo. Aproximóse á ella y le dijo cortésmente..., á ver si me acuerdo..., le dijo: «¡Quién me diera montar en el Pegaso para cantar como se merece á Diana cazadora!» ¿Y sabéis lo que le respondió?

LUIS. Veamos.

MARÍA. «Había de serle un poco difícil, porque tendría que montar en sí mismo.»

LUIS. ¡Ah, quién fuera hijo del corregidor cinco minutos tan sólo!

MARÍA. ¿Para qué?

LUIS. Para corregir las insolencias de esa hidalguilla. ¡Raza de víboras!

MARÍA. ¡Vamos, primo! Los nobles siempre son nobles; y la hija de una persona como el señor conde, es natural exija que le tengan más respeto que á la hija del pobre propietario de dos pedazos de tierra, que fué tanto tiempo administrador del castillo de Sobrado.

LUIS. *(Volviéndose indignado.)* ¡Qué!, ¿ese necio de hijo del corregidor no te respeta, María?

MARÍA. ¡Oh! Él nunca me ha vuelto á decir nada. Persígueme con finezas que me aburren, nada más.

LUIS. *(Aproximándose dulcemente.)* Y tú que no eres noble, toda te asustas cuando algún hombre te dice: «¡Qué linda!»

MARÍA. *(Confusa.)* ¡Primo!...

LUIS. ¡Eres tímida! La timidez es el encanto de la mujer. Tú sabes bien cómo yo adoro la sensitiva sólo porque contrae sus hojas cuando la tocan. Mira, ¿sabes por qué te quiero? Porque no te pareces á la condesita de Sobrado.

MARÍA. *(Sonriendo.)* ¡Vaya una comparación!

LUIS. Ni yo te comparo con ella. ¿Á que tú no montas á caballo?

MARÍA. *(Sonriendo.)* ¡Yo!

LUIS. Por eso te amo.

MARÍA. Primo, os burláis de mí.

LUIS. ¿Cuánto apostamos á que tienes miedo á la tormenta que se está preparando allá en el cielo?

MARÍA. *(Asustada.)* ¡Ay! ¿Tendremos tormenta?

LUIS. ¿Tienes miedo?

MARÍA. *(Gravemente.)* ¡La tormenta, Luis, es una señal de la ira de Dios!

LUIS. ¿Tienes miedo? Eres un ángel.

MARÍA. Por bien poca cosa.

LUIS. ¿No dijiste que la tempestad es una señal de la ira de Dios? Ante ella inclínanse los ángeles; sólo los demonios la desafían.

MARÍA. Pero los demonios son feos y la condesita...

LUIS. *(Impaciente.)* Es hermosa, ya me lo has dicho. Conozco esas altivas bellezas. He visto en Francia á María Antonieta. Era un tipo supremo. Una hermosura de Juno. Al lado de ellas echamos de menos el pavo real. Á tu lado, María, ¿sabes lo que se encuentra? La paloma.

LEONARDO. *(Exasperado porque D. José no deja de robar fichas.)* ¡Imposible que no tenga usted pacto con el mismo Satanás!

JOSÉ. *Vade retro!*

LEONARDO. Preciso es que usted le haya vendido su alma, para que él le dé tanta suerte al juego.

JOSÉ. Ya sabe usted que no me gustan esas bromas.

LEONARDO. Y á mí tampoco. ¡Lástima que no anduviese por aquí cerca el señor marqués de la Ensenada!

JOSÉ. ¡Ya!

LEONARDO. Ése no consentía privilegios. Tanto derecho tengo yo á remover las fichas como usted.

JOSÉ. *(Sin prestarle atención y haciendo juego. Con vehemencia.)* Cinco y tres... ¡Dominó, señor Leonardo!

LEONARDO. *(Exasperado.)* ¡Nada, ni una partida! ¡Á paseo con tal modo de ganar! *(Da un golpe en el tablero, haciendo saltar las fichas, una de las cuales va á caer á los pies de Luis.)*

LUIS. *(Recogiendo la ficha y mostrándola.)* ¡Una bala perdida! Se ha violado la neutralidad.

JOSÉ. *(Los dos viejos levantándose.)* ¡Ah! ¡Qué hombre! ¡Qué genio inaguantable!

LEONARDO. *(Á Luis.)* Este boticario es un jacobino.

JOSÉ. *(Escandalizado.)* ¡Ave María Purísima!

LEONARDO. Es afortunado como ellos, que con el diablo de su parte, triunfan siempre de los defensores del altar.

JOSÉ. Lo cual no impide que los austriacos les pongan las peras á cuarto, como acaba de suceder estos días, si la *Ga-*

ceta no miente. *(María, que salió momentos antes, vuelve con un velón de tres mecheros, lo coloca sobre la mesa de la derecha, cierra la ventana y siéntase á trabajar en la costura. Luis se sienta junto á ella, hablando en voz baja.)*

LEONARDO. No les pasaría eso si no les ayudase el reino de Berlín.

JOSÉ. ¡Berlín es una ciudad, hombre!

LEONARDO. ¿Si me creerá usted tonto?... La *Gaceta* dice gobierno de Inglaterra..., gobierno de Berlín... Si es reino Inglaterra, también Berlín es reino.

JOSÉ. *(Encogiéndose de hombros, con ironía.)* Entonces hágame usted el favor de decirme cuál es la capital de ese reino.

LEONARDO. *(Aturdido.)* ¡La capital..., la capital! Hombre, tengo el nombre en la punta de la lengua... *(Llamando.)* ¡Luis!

LUIS. ¿Tío?

LEONARDO. Ven acá. *(Luis aproxímase. Leonardo se sienta en una silla y D. José en otra á su izquierda.)* Siéntate ahí. *(Luis siéntase á la derecha de su tío. Después de breve pausa, con ademán imponente y grave.)* ¿Cuál es la capital de Berlín? *(D. José afecta aire de conmiseración.)*

LUIS. *(Estupefacto.)* ¡¡La capital de Berlín!!

LEONARDO. ¡Sí, hombre, sí! ¡Vaya, tendría que ver que después de haber corrido las cin-

co partes del mundo, no supieras aún cuál es la capital de Berlín!

LUIS. *(Después de mirar á uno y otro, tomando por fin una resolución.)* La capital de Berlín es... Prusia. *(D. José da, espantado, un salto en la silla.)*

LEONARDO. *(Gravemente.)* Exactamente. Ese era el nombre que yo tenía en la punta de la lengua.

JOSÉ. Una observación; permítanme ustedes, sin embargo, una observación.

LEONARDO. *(Desdeñosamente.)* ¡Phs!... Cuantas usted quiera.

JOSÉ. *(Irónico.)* ¿Tendría la bondad de decirme el Sr. D. Luis cuál es la capital de Prusia?

LEONARDO. ¡Vaya una pregunta tonta!

LUIS. *(Con fingida sencillez.)* La capital de Prusia es... Berlín.

JOSÉ. *(Afirmando con la cabeza.)* ¡Ah!

LEONARDO. *(Asombrado y rascándose la oreja.)* Hombre, Luis, debo declarar que eso ha traído alguna confusión á mis ideas.

LUIS. *(Con la mayor seriedad.)* Nada más sencillo, sin embargo. ¿Quién es el hermano de mi tío? Mi padre. ¿Quién es el hermano de mi padre? Mi tío. Del mismo modo la capital de Prusia es Berlín, y la capital de Berlín, Prusia. *(Vuélvese riendo silenciosamente hacia María. Los dos viejos quedan*

por un momento como deslumbrados por la fuerza del razonamiento.)

LEONARDO. *(Después de un momento de silencio.)* ¡Lo que es viajar por el extranjero!

JOSÉ. *(No convencido.)* ¡Hum! *(Ambos viejos continúan en conversación animada.)*

MARÍA. *(Mirando fijamente á Luis.)* Nada comprendo de todo eso, pero paréceme que mi primo ha querido burlarse de mi padre.

LUIS. Y si así fuese, ¿te incomodarías conmigo?

MARÍA. No hay motivo para tanto; pero si me tuvieseis en alguna estima...

LUIS. *(Insinuante y cogiéndole la mano.)* No lo dudes. Salí de aquí muy joven, casi niño; he recorrido Europa; cautiváronme la imaginación los esplendores del Arte, y el corazón esas nuevas doctrinas que han de regenerar la sociedad, pero el alma quedó siempre muda ó perdida en devaneos que la realidad aniquilaba. Cuando volví, cansado de soñar, porque el sueño fatiga, sentí no se qué extrañas emociones al ver blanquear el humilde campanario, tan conocido de mi infancia. Después te he visto aquí en este hogar, para mí tan querido, iluminando con tu sonrisa la sombra de estos viejos aposentos, ligera, serena, derramando en torno de ti como un

perfume de modestia. Eras la encarnación de ese vago ensueño, que se apoderó de mí apenas columbré de lejos mi aldea natal; eras la violeta del hogar, el ángel de estas soledades. Tu dulce imagen, ahuyentando los sueños tempestuosos, parecía decirme: Aquí estaba tu dicha; ¿por qué has ido á buscarla tan lejos?» *(Continúa hablando con María, teniendo su mano entre las suyas. María le oye en silencio y con los ojos inundados de júbilo.)*

LEONARDO. *(Que continúa hablando con D. José.)* ¿De modo que estuvo en poco que hubiese sido derrotada Inglaterra?

JOSÉ. ¡Como que ellos creen ocupada toda la Rusia con la división de Polonia!

LEONARDO. *(Riendo y frotándose las manos.)* Bien se puede decir aquí: Descuidado como un turco. *(Luis, que fué aproximando el rostro de María, le da en la frente un sonoro beso. Leonardo se vuelve sobresaltado.)* ¿Eh? ¿Qué decíais?

LUIS. *(Que se apartó rápidamente, con ingenuidad.)* Nada, tío. *(María, sonrojada, calla y tiene los ojos bajos fijos en la costura.)*

LEONARDO. *(Mirando á todos lados.)* Me había parecido... *(Á D. José.)* ¿Usted no ha oído nada?

JOSÉ. Sí; algo parecido á un estornudo...

LEONARDO ¡Ah, fué un estornudo!... Entonces... *Dominus tecum. (Mira recelosamente á María.)*

MARÍA. *(Confusa y balbuciente, á fin de disfrazar.)* Es hora de cenar, padre. ¿Quiere usted que vaya á disponer la cena?

LEONARDO. *(Aún desconfiado.)* Sí; vete, vete. *(María vase corriendo. Durante el resto de la escena se oye zumbar el viento con violencia.)*

JOSÉ. *(Tomando el sombrero y el bastón.)* Ya es hora también de ir acercándome á casa.

LEONARDO. Vaya usted con cuidado. La noche no está nada buena, y sentiría que le aconteciese algo en el barranco. Le acompañaré.

LUIS. No; yo iré, tío.

JOSÉ. *(Que fué á observar á la puerta.)* Está obscuro como boca de lobo; mas de aquí á la botica son dos pasos. No quiero que se molesten.

LEONARDO. Deje usted que vaya el muchacho. Yo no quiero perder el amigo, y con el amigo el desquite de mañana.

JOSÉ. *(Con risita de satisfacción.)* ¡El desquite! Ya veremos... Hasta mañana, señor Leonardo.

LEONARDO. ¡Adiós! Y cuidado..., que si continúa empleando en el juego sus malas artes...

JOSÉ. ¿Qué hará?

LEONARDO. Denunciarle á la Santa Inquisición. *(Durante el final del diálogo, D. José habrá ido aproximándose á la puerta apoyado en el brazo de Luis. Vanse ambos riendo.)*

ESCENA II

LEONARDO, paseando meditabundo.

Mucho me equivoco, ó estos amoríos van en aumento... Los pisaverdes de mi tiempo no iban tan de prisa. Paseaban la calle de sombrero en ceja y capa terciada: la chica los seguía con la vista tras la celosía; cogían lluvias y fríos, y de vez en cuando alguna soba del padre, y después de cuatro ó cinco años de campaña llegaban á hablarla, se casaban, y cuento concluído... Hoy la moda es diferente... «¿Como va, prima?» «Bien, gracias...» Y luego el tío tiene que estar alerta porque si no los primos... estornudan... ¡Hum!... *(Siéntase y queda meditando.)* ¡Esto de estar él de puertas adentro!... Es preciso casarlos... El muchacho no tiene un maravedí... Fuése á la corte á los diez años... Mi hermano, que Dios haya, tan pronto recogió su parte de herencia de nues-

tro tío de Indias, quiso dar al pequeño una educación de príncipe. ¡Si al menos lo pusiese en Salamanca ó en Alcalá!... Pero nada... El chico quiso ser pintor, y fué pintor. El resto de la herencia gastóse en los malditos viajes..., en ver cuadros..., como si no tuviese en España los de Orbaneja, que dicen que son cosa soberbia... ¡Mas, bueno es él! Y luego, esto de pintar monas, siempre produce algo, según parece. Cuando yo le ajusté para pintar los frescos de la capilla de Sobrado, se descolgó con un presupuesto enorme, y el caso es que la Condesa no hizo observación alguna. No es mala proporción para la chica, eso no..., pero... Ya la tenemos aquí. *(Siéntase gravemente en una silla junto á la mesa.)*

ESCENA III

LEONARDO y MARÍA

MARÍA. Padre, cuando usted quiera. *(Sorprendida, mirando en torno con asombro.)*

LEONARDO. ¿Buscas á tu primo?

MARÍA. ¿Ha salido?

LEONARDO. No tardará. *(Gravemente.)* Ven aquí.

(María aproxímase tímidamente.) ¿Cómo va tu retrato?

MARÍA. Está casi terminado.

LEONARDO. *(Aparte.)* Ese chico en todo es así; una pólvora. *(Alto.)* ¿Y qué te parece?

MARÍA. Muy hermoso.

LEONARDO. No me refiero al retrato, sino al pintor.

MARÍA. *(Balbuciente.)* No hace más que tres días que está aquí.

LEONARDO. *(Casi enojado.)* Pues por eso mismo me extraña... *(Conteniéndose, aparte.)* No la asustemos. *(Alto.)* ¿Y le agradas á él? *(María, cada vez más confusa, no responde. Leonardo ásperamente.)* ¡Si él te quiere!; ¡si le gustas!.. He aquí lo que yo quiero decirte.

MARÍA. *(Con voz que apenas se oye.)* Yo no sé...

LEONARDO. *(Exasperado.)* Entonces, si tú no lo sabes... *(Conteniéndose, aparte.)* ¡Es la inocencia! Guiemos la inocencia. *(Llamando á María, que retrocede asustada.)* Ven acá y dime la verdad. ¿Te ha pisado alguna vez?

MARÍA. *(Mirándole asombrada.)* ¿Si me ha pisado?... No, señor...

LEONARDO. *(Contrariado.)* ¡Malo!... Yo, cuando empecé las relaciones con tu madre, que fué en una romería, le di un pisotón que la hice ver las estrellas... «¡Bárbaro!», me dijo. «Es que la ado-

ro á usted», contesté yo. Era la costumbre de mi tiempo.

MARÍA. *(Riendo.)* ¡Qué rareza!

LEONARDO. No te extrañes. Aun hay otros sistemas. Dime: ¿Luis no te apretó nunca la mano?

MARÍA. No, señor.

LEONARDO. ¡Malo!... *(Aparte.)* Pero en este caso lo que hago es darle lecciones que no le hacen falta. *(Alto.)* Y ¿cómo te llama?

MARÍA. *(Asustada.)* María.

LEONARDO. *(Como aterrado.)* ¡Cómo! ¿Será posible que no te llame siquiera Armía ó Marcia?

MARÍA. No, señor.

LEONARDO. ¿Y el estornudo de hace poco? ¿Acaso te hace declaraciones por la nariz?

MARÍA. *(Bajando los ojos.)* No estornudó.

LEONARDO. ¿Pues qué hizo?

MARÍA. *(Con trabajo.)* Me dió un beso.

LEONARDO. *(Levantándose de un brinco.)* ¡Diablo con el chico! Pues no hace más que empezar por el fin. *(Irritado.)* ¿Conque te ha dado un beso, eh?

MARÍA. En la frente.

LEONARDO. *(Sosegado.)* ¡Ah! Si fué en la frente... *(Aparte.)* Sin embargo, lo mejor es casarlos. Después, allá se las hayan; que el mozo, si empieza siempre por donde otros acaban, es capaz de tener nietos antes que hijos.

ESCENA IV

Los mismos y LUIS

LUIS. *(Entrando por la puerta del fondo, que cierra inmediatamente.)* Tenemos una noche de agua terrible. ¡Ni que estuviéramos en diciembre!

LEONARDO. *(Que fué á sentarse majestuosamente en una silla, mientras María se retira al fondo de la escena, arreglando algunos objetos.)* Me parece que has hecho mal en salir. *(Con intención.)* Estás constipado...

LUIS. *(Alarmado.)* ¿Yo?

LEONARDO. *(Acentuando la frase.)* ¿No estornudaste hace un momento?

LUIS. *(Con embarazo.)* ¡Ah!

LEONARDO. *(En el mismo tono.)* ¿Y sabes dónde se curan esos resfriados?

LUIS. ¿Dónde se curan?...

LEONARDO. *(Intencionalmente.)* En la iglesia.

LUIS. ¡Ah! *(Aparte.)* ¡Qué prisa!

LEONARDO. ¿Qué opinas tú?...

LUIS. *(Después de una pausa, mirando á María, que permanece ajena al diálogo. Con gravedad.)* Que es ése mi deseo más vehemente.

LEONARDO. *(Con cierta dignidad.)* Eres todo un buen chico. *(Luis quiere hablar, pero le interrumpe.)* No hablemos más de

ello. Mañana vas á Sobrado, haces allá lo que tienes que hacer, y después... charlaremos. *(Levantándose.)* ¿Vamos á cenar?

LUIS. *(Que quedó algo pensativo.)* No, tío; no. Prefiero leer un rato, con su permiso.

LEONARDO. Señal de los tiempos. En tu estado siempre se pierden las ganas de comer. Yo también pasé por ello; no te apures. *(Á María.)* Ve á buscar una vela. *(María trae una palmatoria con una vela de sebo, que enciende en el velón.)* Ahí tienes luz; no te acuestes tarde. *(Coge la vela y dice á María.)* Da las buenas noches á tu primo.

MARÍA. *(Asombrada.)* ¿Luis no cena?

LEONARDO. *(Impaciente.)* No cena él, pero cenamos nosotros. ¡Vamos!

MARÍA. *(Tímidamente.)* Buenas noches, primo.

LUIS. *(Medio distraído.)* Buenas noches, María.

MARÍA. *(Aparte).* ¿Qué tendrá?

LEONARDO. Adiós, picarón. *(Vase camino de la puerta lateral derecha; después se vuelve, y aproximándose gravemente á Luis le enseña la vela y declama con énfasis.)* Esto, por ahora..., no es más... que una vela de sebo... Hago votos por que se convierta en breve... en antorcha... de vuestro himeneo. *(Vanse Leonardo y María.)*

ESCENA V

LUIS

(El viento, que durante las anteriores escenas no dejó de hacerse sentir, redobla su violencia. Tronada lejana, que se torna cada vez más distinta.) Esto es lo que se llama un beso pagado á la vista. Ciertamente que no creí que mis labios encendiesen tan de prisa la antorcha del himeneo, como dice mi tío Leonardo. *(Suspirando.)* Y no obstante, esta es la felicidad, bien lo sé. En noches tempestuosas como ésta, cuando el viento zumba con violencia y deja oir el trueno su voz majestuosa, es dulce ver en torno nuestro la amante esposa, las cabecitas rubias de nuestros niños, y concentrando el espíritu en las afecciones domésticas, dejar que las tempestades agiten allá fuera la naturaleza y las sociedades. *(Pasea agitado.)* Insensatos ardores, llama estéril de la juventud, ya muerta, extinguíos para siempre. *(Déjase caer en una silla con la cabeza apoyada en la mano. Pausa. Levantando la frente.)* Orgulloso plebeyo, ¿qué secreto móvil te lleva al culto de la igualdad? ¡Espartano que

te dejas seducir por todo cuanto fascina! Cuando, obscuro peón, oculto en la sombra de los peristilos de los teatros de Italia, veías apearse de sus carruajes esas mujeres olímpicas, envueltas en resplandecientes nubes de seda y de diamantes, ¿por qué seguías con ávidos ojos aquellos hombros de nieve, aquellas bellezas aéreas que dejaban tras sí largo rastro de luz y de perfumes? Hijas efímeras de la juventud, huid con ellas... Demonios tentadores, un ángel os repele... y, ¡oh!, no vuelvas más, no vuelvas, deseo loco y vago, á inquietar mi sueño. *(Conserva la cabeza apoyada en la mano, y queda mirando distraídamente la vacilante llama del velón. Gime el viento y se oyen más fuertes los truenos. Golpes en la puerta del fondo. Luis alza la cabeza como si despertase de un sueño, y pregunta.)* ¿Quién es?

LEONOR. *(Fuera.)* Abre.

LUIS. *(Que se levanta. Aparte.)* Parece voz de mujer. *(Alto.)* ¿Quién es?

LEONOR. *(Fuera, con voz imperiosa.)* Abre. ¿No oyes? *(Golpea la puerta con más vigor.)*

LUIS. *(Irritado, yendo á abrir la puerta.)* ¡Habráse visto insolencia!...

ESCENA VI

LUIS y LEONOR

LUIS. *(Aparte.)* ¡Bah! ¡Un chicuelo!

LEONOR. *(Vestida de hombre, traje elegante, espadín al lado, un látigo en la mano. Entra sacudiendo el sombrero, empapado en agua. Con impaciencia y sin mirar á Luis.)* Tratabas de dejarme á la intem... *(Reparando en Luis é interrumpiéndose.)* ¡No es Leonardo!

LUIS. *(Irritado.)* No, no es Leonardo. Por lo que veo, aquí se acostumbra tratar á Leonardo de cualquier manera. Cualquiera puede entrar en su casa sin tomarse el trabajo de decir su nombre.

LEONOR. Él, á lo menos, no acostumbra exigir del que le pide hospitalidad que deponga, antes de entrar, su nombre ó su título.

LUIS. *(Cada vez más irritado con las maneras desdeñosas de Leonor, pero reponiéndose.)* Conozco las leyes de la hospitalidad, pero en todas partes es uso pedirla con más delicadeza.

LEONOR. *(Volviéndose á él de pronto, indignada.)* ¿Á mí... lecciones?

LUIS. *(Desdeñoso.)* Antójaseme que aun está en edad de recibirlas.

LEONOR. Pero no en disposición de soportarlas, caballero.

LUIS. ¡Esto es divertido! He aquí un niño que, á pretexto de tener miedo á la lluvia, comienza por incomodar y acaba por creer que tengo obligación de sufrir sus insolencias. *(Con respetuosa ironía.)* Dígnese vuestra... ¿Cómo he de tratarle?

LEONOR. *(Con frialdad, sentándose y recostándose en una silla.)* Déme usted tratamiento de excelencia.

LUIS. *(Después de mirarla con asombro.)* De alteza si le agrada...; hallo en usted sus puntas de príncipe disfrazado.

LEONOR. *(En el tono de antes.)* Debo confesar que no me produce usted la misma impresión.

LUIS. Parada y respuesta... Ni el caballero de San Jorge.

LEONOR. *(Espantada de oir este nombre.)* ¡Oh! ¿Cómo se llama usted?

LUIS. *(Cruzado de brazos.)* ¡Delicioso joven!... Es de ver cómo invierte el orden natural de las cosas. Ahora, yo, que le recibo en casa, soy el que tengo que decirle mi nombre. Y si no se lo digo es, á lo que veo, muy capaz de ponerme en la calle.

LEONOR. *(Irónica, frunciendo el entrecejo.)* ¡Qué altivez de gesto!... ¡Cualquiera le creería un monarca!

LUIS. Afirma un viejo refrán que en su casa cada cual es el rey. ¿Conoce usted la anécdota del carbonero y Francisco I de Francia?

LEONOR. *(Fríamente.)* ¿Era alguno de ellos su ascendiente? ¿Cuál? ¿El rey ó el carbonero?

LUIS. *(Con tranquilidad.)* El carbonero.

LEONOR. No puede decirse entonces que sea muy clara su estirpe...

LUIS. *(Riendo.)* ¡Oh!, el carbonero es metafórico. Es más limpia mi ascendencia. Me llamo Luis Fernández. Mi padre era labrador, segador mi abuelo; mi bisabuelo, el fundador de la dinastía, leñador, quien, en su calidad de tal, ha visto muchas veces caer á sus pies, bajo los golpes de su hacha, muchos árboles... genealógicos, mientras crecía lozano el de su familia.

LEONOR. *(Que oyó indignada á Luis, y mordiéndose los labios.)* ¿Se llama usted Luis Fernández? ¿Entonces es usted el sobrino de Leonardo, el pintor que viajó por Italia y por Francia tanto tiempo?

LUIS. Justamente.

LEONOR. *(Con desdén.)* Debía haberlo adivinado... Hace usted gala de plebeyo... Ideas francesas.

LUIS. Espere usted unos años, y las llamará europeas.

LEONOR. *(Con dolorosa ironía.)* Cuanto más pronto, mejor. Rasguen los pergaminos, destrocen la Historia, dense prisa á romper la cadena que une el presente al pasado, las rebajadas generaciones de hoy á las que señalaron con gloriosos hechos su breve tránsito por la tierra... ¡Esa es, indudablemente, una gran tarea!

LUIS. ¿Entiende quien así habla que sólo es la nobleza la que nos liga al pasado? ¿Cree que los plebeyos nacieron así..., como los hongos, por los rincones, sin saberse de dónde vino la simiente? ¿Es que los pueblos son tal vez plantas sin raíces, especie de algas que flotan sobre el agua en el océano del tiempo, y sólo los bisabuelos de los nobles fueron *hijos de algo?*

LEONOR. *(Desdeñosa.)* ¡Oh! No; bien sé yo que en las sombras del pasado se agitó siempre la multitud confusa y anónima, que vegetó, vivió y pasó sin dejar rastro ni memoria suya..., pero dejando prole; y en tanto, señor Fernández, en el primer término del cuadro las generaciones de la nobleza se desarrollaban resplandecientes siempre á la luz de la Historia.

LUIS. Es esa una luz que tiene sus peligros, luz implacable. Si ilumina los grandes hechos, también pone de relieve

grandes manchas, y tengo para mí que muchas veces desearía la nobleza menos luz.

LEONOR. *(Levantándose impetuosa.)* No la teme la nobleza castellana. Sus viejos pergaminos están escritos con la sangre de las batallas; sus fastos son los fastos gloriosos de la patria. Si desea conocer nuestra genealogía, no la busque en los archivos; léala en la espuma de las ondas surcadas por nuestros descubridores; léala escrita con la punta de las espadas en las puertas de las mezquitas árabes; léala en todas las estrofas de la epopeya que tuvo por cantor á Ercilla. No es vano orgullo este que siento; si me ufano de mis antepasados es porque los veo resplandecer como los astros de esa constelación española, que, aun hoy, hundida en el ocaso, ilumina la Historia y el mundo. *(Pausa. Con leve ironía.)* ¿Qué quiere usted? Glóriome de que mi casa, la casa de Sobrado, haya sido fundada por uno de los que asistieron, enviados allá por los Católicos Reyes, á la conquista del nuevo mundo. ¿Quién fundó su casa?

LUIS. *(Fríamente, pero acentuando cada palabra.)* El desconocido tripulante que, cuando su abuelo de usted, com-

pañero del nauta genovés, sublevaba contra éste á toda la marinería, pidiéndole el regreso á las costas patrias, le hizo comprender de un modo violento que era siguiendo á Colón, y no retrocediendo cobardemente, como se conquistaban laureles para España.

LEONOR. *(En el colmo de la cólera, llevando la mano al espadín.)* ¡Caballero!

LUIS. *(Tranquilamente.)* No se incomode usted. Sólo quise demostrarle que no se invoca impunemente la luz de la Historia, y que la nobleza de España tiene tantos pecados como la francesa, y los está ahora expiando amargamente.

LEONOR. Y, como la francesa, sabría lavarlos derramando heroicamente su sangre en el cadalso.

LUIS. *(Exaltado y levantando la voz.)* ¡El cadalso! Siempre ese argumento. El cadalso es la represalia de catorce siglos de opresión.

LEONOR. ¿Pagan los hijos los crímenes de sus padres?

LUIS. Es una guerra de exterminio, en que el vencedor mata para no ser muerto.

LEONOR. *(Levantando la voz.)* Mata á las mujeres también. ¿Era necesaria á la República la sangre de María Antonieta?

LUIS. María Antonieta pagó cruelmente el grande error de sus liviandades.

LEONOR. ¡Oh! No insulte usted á esa mártir.

LUIS. No la insulto; pero quien desprecia las leyes del decoro, se expone á todas las acusaciones.

LEONOR. ¡Una reina!

LUIS. *(Exaltadísimo.)* Una reina, sí. Las mujeres de sangre azul creen poder prescindir de las nociones más elementales de la moral, y se equivocan. Probablemente ésa es también la teoría de la condesita de Sobrado.

LEONOR. *(Volviendo la cabeza asustada.)* ¿Qué dice usted de esa dama?

LUIS. Digo que la condesita de Sobrado, con sus hábitos desdeñosos y su desprecio del recato, si fuese plebeya, ha tiempo que sería el ludibrio de la comarca.

LEONOR. *(Sofocada.)* ¿La conoce usted?

LUIS. Jamás la he visto, y desearía no tener que conocerla nunca.

LEONOR. ¿Por qué va usted entonces al castillo?

LUIS. Porque tengo palabra... de pintor.

LEONOR. ¿Y sin conocerla la insulta?

LUIS. Profetizo nada más. ¿Es usted su pariente? Mejor. Digo que esa joven sin educación, entregada á sus propios instintos, sin freno alguno moral...

LEONOR. ¿Ni siquiera el de la religión?

LUIS. La religión es la cadena de supersti-

ciones con que se esclaviza á los pueblos, y para los grandes es muchas veces la protectora de sus ligerezas.

LEONOR. *(Dominándose con esfuerzo.)* ¿Es, entonces, la ligereza un crimen?

LUIS. No; pero puede ser una vergüenza, y esa despreocupada aristócrata, que pasea de noche á través de los bosques, ha de despertar un día estigmatizada por todos los hombres de bien.

LEONOR. *(Que tiene las manos crispadas en el respaldo de una silla, lanzándola lejos con ímpetu y avanzando hacia Luis indignada.)* ¡Ah! ¡Es mucha insolencia!

ESCENA VII

LOS MISMOS y LEONARDO

LEONARDO. *(Leonardo aparece en la puerta lateral derecha en armilla y gorro de dormir y velón de tres mecheros en la mano.)* ¿Qué diablo de ruido es éste?

LEONOR. *(Que pasa por delante de Luis hacia la izquierda de la escena, limpiando con el pañuelo los labios, con voz que procura, sin conseguirlo, hacer burlona, y en que siente toda la agitación de la escena anterior.)* Excelente traje, amigo Leonardo.

LEONARDO. *(Estupefacto.)* ¿La señorita vestida de ese modo?

LUIS. *(Con asombro.)* ¡Cómo!

LEONARDO. *(Avanzando hacia la Condesita muy aturdido.)* Pero... ¿la señorita Condesa no es ya mujer?

LEONOR. *(Sonriendo.)* Creo que sí todavía... El hábito no hace al monje.

LUIS. *(Á Leonardo.)* ¿Es la hija de la señora Condesa?

LEONARDO. En mi tiempo, quien acostumbraba vestir así, era el Conde; pero ahora todo ha cambiado.

LUIS. *(Dirigiéndose á la Condesita con respeto y embarazo.)* Señorita, crea usted que si yo supiese con quién tenía el honor de hablar...

LEONOR. *(Con dignidad.)* Quiero creer que hubiera usted sido menos... rudo.

LUIS. No cuadró ciertamente á mis palabras...

LEONOR. ¡Oh! No se disculpe usted. *(Pasa por delante de él, haciéndole con la mano señal de que no prosiga. Luis revela en el rostro y en las maneras el despecho de un hombre colocado en falsa posición.)*

LEONARDO. *(Que estuvo pasando revista al traje de Leonor, y vacila en hacer la observación que hace siempre.)* Y vamos á ver, ¿hace mucho tiempo que mi sobrino tiene el honor de ser acompañado por la señorita?

LEONOR. *(Distraída.)* Desde que empezó á llover.

LEONARDO. Bien pudo haberme llamado..., porque no es decente...

LEONOR. *(Mirándole con altivez.)* ¿Eh?

LEONARDO. Nada, nada. *(Aparte.)* Verdad es que me había olvidado de que es hombre.

ESCENA VIII

LOS MISMOS y MARÍA

MARÍA. *(Apareciendo en la puerta lateral derecha sobresaltada y tímida.)* ¿Ha sucedido algo?

LEONARDO. *(Corriendo á la puerta y no permitiéndola entrar.)* No entres, no entres. *(Aparte.)* ¡Salvemos la inocencia!

MARÍA. *(Resistiendo.)* Sentí tanto ruido...

LEONARDO. *(Insistiendo en no dejarla entrar.)* Son disputas acá entre hombres. *(Aparte.)* Evitémosla el indecoroso espectáculo de una mujer en calzas.

MARÍA. *(Resistiendo siempre y con una ligera inflexión de celos.)* Parecíame oir la voz de la señorita.

LEONARDO. Era yo que hablaba... constipado.

LEONOR. Deje usted entrar á la niña, Leonardo.

LEONARDO. *(Resignándose.)* ¡Oh, vieja Galicia, dónde van tus costumbres!

MARÍA. *(Entrando, con ingenua admiración.)* ¡Ah! ¡La señorita vestida de hombre! ¡Qué bien le está el traje! ¡Qué bonita!

LEONOR. Me encuentras bien, ¿verdad? ¿Te gustaría un novio así?

MARÍA. *(Confusa.)* ¡Señora!

LEONOR. *(Cogiéndola por la cintura.)* ¡Y qué bien sabría yo galantearte! ¿Sabes lo primero que haría? Robarte un beso... Así. *(Le da un beso.)*

LEONARDO. ¡Eh! ¡Eh! ¿Qué es eso?

LEONOR. *(Volviéndose.)* ¿Qué te pasa?

LEONARDO. *(Vuelto en sí. Aparte.)* ¡Demontre! Me olvidaba de que era mujer; pero... ¡por vida!... En mi tiempo...

LEONOR. ¿Qué sucedía en tu tiempo?

LEONARDO. En mi tiempo, á lo menos sabía uno á qué sexo pertenecía. *(Óyese ruido de caballos, y en seguida llaman á la puerta. Impaciente.)* ¿Quién es?

DIEGO. *(Fuera.)* ¡Señor Leonardo, señor Leonardo! ¿Está por aquí la señorita Condesa?

LEONARDO. *(Yendo á abrir la puerta.)* Aquí está.

ESCENA IX

LOS MISMOS, DIEGO BARRADAS y DOS LACAYOS DE LIRREA CON ANTORCHAS

DIEGO. *(Vestido de escudero de buena casa, tieso, grave, muy pausado en el lenguaje á Leonor.)* ¡Oh, señorita! ¡Con cuánto cuidado nos ha tenido! Allá queda la señora Condesa, su madre,

bañada en lágrimas, y los criados partieron en todas direcciones.

LEONOR. *(Interrumpiéndole.)* ¡Y por qué tanto alboroto! ¿Acaso extrañaban mi tardanza? ¿Querían que me expusiera á la lluvia?

DIEGO. ¡Oh, señorita! El caballo apareció en el castillo, corriendo desorientado. ¡Era natural que temiésemos una desgracia!...

LEONOR. *(Sonriéndose satisfecha.)* Ya me parecía á mí que *Sultán* conocería el camino. Tuvo un momento de desvarío, mas pronto recobró la idea del deber. ¡Buen *Sultán!*

DIEGO. ¿Qué ha ocurrido, señora?

LEONOR. Ni yo misma acertaría á explicártelo. Volvía yo á casa y dejaba ir al caballo á paso todo á lo largo del Miño; corrían por el cielo nubes pesadas que iluminaban con resplandores rojos el sol en Occidente. *(Se abstrae poco á poco, alejándose de los que la rodean.)* Apoderóse de mí el sopor que produce siempre el aire sofocante de la tempestad. Hube de apearme para luchar, moviéndome, contra esa incómoda opresión. Así caminaba bajo las frondosas copas de los árboles, donde se escondían los pajarillos, cuando un relámpago iluminó la campiña, seguido de un formida-

ble trueno, que estalló en la altura. *Sultán,* espantado, partió á galope, erizada la crin, abierta la nariz al húmedo viento de la tarde. Dejéle ir. Inundábame una tristeza inmensa, tristeza vaga, sin motivo, esa tristeza que tantas veces me asalta y que me agrada y martiriza al mismo tiempo. ¿De qué provenía? No sé; pero al llegar la noche obscura y espesa, yo sentía descender las lágrimas por mis mejillas. Cuando desperté de mi letargo llovía atrozmente; pedí asilo... *(Para, y mirando en torno, ve á todos atentos. Luis, pensativo; Leonardo, como atraído por la melodía de la voz, fuése aproximando á Leonor, inclinando hacia ella el oído. Leonor, sin mudar de posición, extiende el brazo y le tira de una oreja.)* Recoge esa aspa de molino, que va á caérsete.

LEONARDO. *(Dolorido.)* ¡Ay, ay! ¿Aspa de molino? *(Va á terminar, pero suspende y continúa aparte.)* Á ella sí que debían asparla.

LEONOR. *(Que vió á María aproximarse á Luis y hablarle en voz baja.)* Leonardo.

LEONARDO. *(Aproximándose.)* Señorita.

LEONOR. ¿Tienes tórtolos en casa?

LEONARDO. ¿Tórtolas?

LEONOR. ¿No las oyes arrullar?

LEONARDO. *(Irritado.)* Ven acá, María. *(María se*

aproxima á su padre, y éste la pone detrás.)

LEONOR. *(Con solemnidad cómica.)* ¡Padre virtuoso! *(Al escudero.)* ¡Vámonos! *(El escudero le pone una capa que trajo á prevención. Leonor, después de ponerse el sombrero, coge el látigo y se dirige á Luis. El resplandor de las antorchas le da de lleno en el rostro. Luis retrocede como deslumbrado por su hermosura.)* Señor demócrata, nos volveremos á ver en el castillo, y entonces sabrá quién es la heredera de Sobrado. *(Tercia la capa con aire elegante, y se dirige á la puerta. Al pasar junto á Leonardo, que va á quitarse el gorro, se lo tira al suelo con la punta del látigo. Vase seguida de escuderos y lacayos.)*

LEONARDO. *(Que recogió el gorro apenas se va Leonor, se dirige á la puerta del fondo y dice.)* ¿Quién es?... ¡Es un demonio!

LUIS. *(Pensativo, al otro lado de la escena.)* Ó un ángel, ¿quién sabe?

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Castillo de los condes de Sobrado. Cámara estilo Luis XV. Puerta al fondo y laterales. Á la izquierda, sobre la puerta lateral, un clave. Al fondo, á la izquierda, una mesa, donde Luis trabaja al subir el telón. Á la derecha, un espejo grande.

ESCENA PRIMERA

LUIS, solo, sentado á la mesa de la izquierda, con un grueso volumen delante, del cual saca notas. Después de alzado el telón escribe aún algunos instantes; al fin arroja la pluma con violencia.

No hace un mes que estoy aquí y me parece que ha transcurrido un siglo. ¿Por qué me encargué de este trabajo? ¡Oh! La independencia es el privilegio de los ricos. *(Pasea pensativo.)* ¡Qué extraña situación la mía! Huía de un amor, que más que ningún otro es odioso á mi alma, en que yo mismo no podía creer, y es ese amor el amor que me devora. Quiero oponer mi orgullo de artista al orgullo de esa aristócrata, que no hace más que insultarme, y cada vez me siento más esclavo de esa pasión, contra la cual

el deber, la conciencia, todo, todo conspira. *(Deteniéndose junto á la mesa. Con violencia.)* ¡Ah! Pero de la llama que me consume no ha de quedar una sola chispa, aunque haya de trocar en ceniza el corazón. *(Déjase caer en una silla, con la cabeza reclinada en la mano, y hojea un libro distraídamente.)*

ESCENA II

LUIS y LEONOR, magníficamente vestida como en día de fiesta.

LEONOR. *(Entreabriendo la puerta de la izquierda, recorre la estancia con los ojos, viendo á Luis.)* ¡Ah! *(Luis se levanta y la saluda.)* ¿No está aquí mi madre?

LUIS. *(Respetuoso, pero frío durante toda la escena.)* No, señora; aún no he tenido el gusto de verla hoy.

LEONOR. *(Airada é imperiosa durante toda la escena. Entra, y haciendo una inclinación á Luis, se dirige al espejo, donde arregla ligeramente el tocado. Sin volver la cabeza.)* ¿Qué hace usted aquí?

LUIS. Como están preparando para las visitas y los convidados el salón de la biblioteca, trabajo en éste por estar contiguo.

LEONOR. *(Siempre sin volver la cabeza.)* ¿Qué libro lee usted?

LUIS. El *Flos Sanctorum.*

LEONOR. *(Volviendo con curiosidad la cabeza.)* ¿El...?

LUIS. *Flos Sanctorum.*

LEONOR. *(Con ironía.)* ¡Hola! Se trata de una conversión...

LUIS. Se trata de pintar cuadros religiosos, y para ello debo, cuando menos, consultar las vidas y leyendas de los santos.

LEONOR. *(Acabando de arreglar el último pliegue del vestido.)* Perfectamente. *(Descendiendo á escena y con maneras secas é imperiosas, como si dijese una cosa naturalísima.)* Vaya usted á buscar á mi madre.

LUIS. Debo hacer notar á la señora Condesa... heredera, que no tengo el honor de ser criado de esta casa.

LEONOR. ¡Ah! ¿Rehusa usted obedecer mis órdenes? Entonces, ¿querrá usted decirme para qué le pagamos?

LUIS. Para pintar...

LEONOR. En ese caso, retráteme usted.

LUIS. *(Sonriendo.)* Tampoco puedo complacerla. Estoy aquí para pintar... los cuadros de la capilla.

LEONOR. Es decir, ¿que no quiere retratarme?

LUIS. No, señora.

LEONOR. Como retrató á su prima... Bien es

verdad que están ustedes para casarse... ¿Cuándo se casan?

LUIS. Pronto.

LEONOR. Es un buen partido, señor Fernández. Leonardo, como administrador, ha sido siempre probo y fidelísimo vasallo; así, pues, es natural que mi madre contribuya á lo menos con el canastillo de la novia.

LUIS. Todo es de esperar de la bondad de la señora Condesa. Es probable, sin embargo, que la evitemos esa incomodidad.

LEONOR. Y yo también desearía protegerle, señor Fernández; si quisiese quedarse por acá podría obtener el cargo de...

LUIS. ¿De...?

LEONOR. De maestro de escuela.

LUIS. Es un destino importante... ¡Maestro de niños! No ha mucho que dejó de serlo el gran Nicolás Tolentino.

LEONOR. ¿Acepta, pues?

LUIS. ¡Oh, no son tan altas mis aspiraciones!

LEONOR. ¿Sabe usted que también voy á casarme?

LUIS. *(Contrariado.)* Que sea enhorabuena.

LEONOR. *(Observando que le hace daño.)* Por cierto que... ¡amo tanto á mi novio!

LUIS. Era de esperar.

LEONOR. ¿Le conoce usted?

LUIS. No.

LEONOR. Es un perfecto caballero: guapo, ele-

gante, instruído, inteligente, lleno de excelentes cualidades, y sobre todo, noble, ¡oh!, de la más alta nobleza... ¿Por qué no sienta usted plaza, señor Fernández?

LUIS. ¿Yo?

LEONOR. Sí; podríamos hacerle sargento. Mi novio es teniente de la Guardia Real, á los veinticinco años... Es lo que tiene ser noble...

LUIS. No me extraña. En Francia, á los veinticinco años, los plebeyos son generales.

LEONOR. *(Fríamente.)* Sí; y á los veintiséis guillotinados. *(Mudando de tono.)* Mi futuro marido es primo mío á la vez. ¡Singular coincidencia! Dos pares de primos en vísperas de contraer matrimonio. Podíamos casarnos el mismo día.

LUIS. *(Con algo de ironía.)* Sería demasiada honra para mí.

LEONOR. Honra y economía..., porque no necesitaban ustedes hacer comida de boda. Les enviaríamos los platos de nuestra mesa.

LUIS. *(Después de un silencio en que estuvo como devorando la afrenta.)* Es usted cruel conmigo, señorita. Hace un cuarto de hora que está usted buscando un punto vulnerable en el pecho, que sin defensa se ofrece á sus

golpes. ¡Oh! Bien sé que soy culpable. Por una ligereza, que lamento, le inferí una de esas ofensas que no se perdonan. Pero yo sólo pido que me olviden. Encerrado en mi obscuridad, de que no pretendo salir, bástame para castigo el sincero remordimiento que guardo. Es poco generoso, señorita, vengarse del que se humilla.

LEONOR. ¿Confiesa usted al fin que me ultrajó cruelmente? ¿Y quiere usted que lo olvide? ¿Puedo olvidar la manera insultante con que fulminó, sin conocerme, una sentencia condenatoria sobre mí? ¿No era justo que deseara vengarme? Y con todo, no me vengo, ya lo ve. Respondo solamente con una picadura de alfiler á la puñalada que usted me ha asestado. *(Mudando de tono, y con una especie de graciosa familiaridad.)* Y ¿por qué no quiero vengarme? Porque yo, después de todo, soy una buena chica; ¿no es verdad?

LUIS. Si he de hablar con franqueza, creo que sí.

LEONOR. *(Le mira maliciosamente y haciéndole una cortés inclinación de cabeza.)* Me enorgullece esa opinión, señor Fernández. *(Vase riendo á carcajadas por el fondo.)*

LUIS. *(Siguiéndola con la vista.)* Es un ángel, y yo..., yo soy un desgraciado. *(Déjase caer en una silla, y procura, sin conseguirlo, trabajar. Momentos de silencio.)*

ESCENA III

LUIS, D.ª TERESA y DOS CRIADAS

D.ª TERESA. *(Entrando por la puerta lateral derecha, y hablando con las criadas.)* Bueno, bueno; los músicos, cuando vengan, que se reunan en el jardín. Ya iremos á oirlos cuando venga mi hermano. *(Viendo á Luis, que se levantó y se aproximó á saludarla.)* ¡Ah! El señor Fernández... *(Afablemente.)*

LUIS. Señora, deseo á usted todo género de felicidades en sus días.

D.ª TERESA. Mil gracias, caballero. Acepto sus votos muy reconocida.

LUIS. Son humildes, pero sinceros, como quien los formula.

D.ª TERESA. Lo creo, lo creo, señor don Luis; y por eso mismo quiero manifestarle la grande estimación en que tengo á cuantos, como usted, saben mantenerse en su puesto. Sabe que contamos con tenerle hoy á nuestra mesa.

LUIS. No, señora; no lo sé, ni espero saberlo nunca.

D.ª TERESA. ¿Cómo así?

LUIS. *(Con mordacidad.)* Sé mantenerme en mi puesto...

D.ª TERESA. Soy yo quien le invito.

LUIS. Yo sólo como con mis amigos cuando me lo ruegan.

D.ª TERESA. *(Después de contemplarle en silencio, tendiéndole la mano con nobleza y bondad.)* Pues yo se lo ruego, que he sido amiga de su madre.

LUIS. *(Conmovido.)* Entonces... su ruego de usted es para mí una orden.

D.ª TERESA. ¿No faltará usted?

LUIS. No, señora. *(Vase por la puerta del fondo, después de inclinarse respetuosamente.)*

ESCENA IV

D.ª TERESA y DONCELLAS; después, DIEGO

D.ª TERESA. *(Pensativa.)* Antiguamente había menestrales vanidosos; ahora los hay que á la vanidad reunen el orgullo... ¿Qué anuncia esto, Dios mío!

DIEGO. Señora, la abadesa del convento de Allariz envía á usted esta bandeja de dulces, esperando de la piedad de usted no deje de contribuir al dote de dos doncellas que desean profesar.

D.ª TERESA. De ningún modo, ¡ah!, de ningún modo. Déle usted gracias en mi nom-

bre, y dígale que yo me encargo de esas palomitas del Señor. ¡Esposas de Cristo! ¡Qué hermoso ejemplo! ¡Ah, si todas fuesen así!... Vaya usted. *(Diego entrega la bandeja á una criada, que la lleva fuera de la escena por la puerta lateral izquierda, y vase por el fondo.)* ¡Todas!... ¿Y mi hija? Perdonadme, Dios mío; no tendría valor para cedérosla.

ESCENA V

D.ª TERESA, UNA CRIADA y LEONOR

LEONOR. ¡Por fin la encuentro á usted! Cansada de buscarla, acabo de dejar en su cuarto un ramo de violetas que he recogido, empapadas aún en el rocío matinal. Son las mensajeras de que me valgo para manifestarle el júbilo que siento en este día.

D.ª TERESA. *(Amorosamente.)* ¡Loquilla, loquilla! ¿Es con violetas con lo que se festejan los años de quien ya los cuenta por inviernos? Flores son ésas, Leonor, que sólo hermanan bien con tus primaveras.

LEONOR. *(Con ternura.)* Los ángeles, madre mía, no conocen otra estación que la de una primavera eterna. *(Reparando*

que su madre la mira con atención.)
¿Me mira usted?

D.ª TERESA. Más de lo que deseara. *(Á la criada.)* Inés, ve á buscar un chal, ¡pronto!

LEONOR. ¿Tan mal me encuentra? *(D.ª Teresa no le contesta. La criada viene con el chal, la Condesa se lo arrebata de las manos y lo arroja sobre los hombros de su hija.)*

D.ª TERESA. Eso es un escándalo, niña.

LEONOR. *(Mirando cómicamente el chal que pende de sus hombros.)* ¿Y he de estar yo así?

D.ª TERESA. El pudor lo ordena, hija mía.

LEONOR. Si es moda...

D.ª TERESA. Antes que la moda está el temor de Dios.

LEONOR. *(Con impaciencia infantil.)* ¡Ah! ¿Sí? Pues voy á vestirme de hombre.

D.ª TERESA. ¡Muchacha!

LEONOR. ¡Así! Ya que no quieren que vista como las demás, al menos he de vestir á mi gusto.

D.ª TERESA. ¡Vamos! ¡Prohibo á usted que repita semejante inconveniencia!

LEONOR. Pero, en ese caso, ¿el chal quedará abolido?

D.ª TERESA. Como quieras, mujer; como quieras. ¡Ah! Si no supiera que todas esas son chiquilladas, acabarías por incomodarme.

LEONOR. Pero no se incomoda, ¿verdad? Voy

al jardín á coger más flores para adornar su cuarto. ¡Ha de quedar tan bonito! *(Vase corriendo y tropieza en la puerta del fondo con Fray Ignacio, que entra. Le arroja el chal á la cabeza, y dice haciendo una mueca.)* Buenos días, Fray Ignacio.

ESCENA VI

D.ª TERESA, FRAY IGNACIO

FR. IGNAC. *(Continente hipócrita, con ciertas pretensiones de elegancia. Usa anteojos. Hace la cortesía de rigor «pie atrás», según la moda.)* Señora...

D.ª TERESA. ¡Jesús, qué loca! Dispénsela usted, Fray Ignacio. ¡Qué atolondrada! ¡A un señor tan respetable! ¡Ay! ¡Estos hijos, estos hijos!... Yo tengo también mi parte de culpa. No fué bien dirigida la educación de esta chica, ¿no le parece á usted?

FR. IGNAC. *(Desembarazándose del chal, que entrega á la criada, la cual vase con él.)* Distingo, señora Condesa. La educación moral, confiada á mi celo, ha dado opimos frutos, no por mi esfuerzo, indigno sembrador, sino por ella, que es la tierra fecunda de que habla el Evangelio. Desgraciadamente, no puedo decir lo mismo de la

educación intelectual, bastante más descuidada. La han dejado leer mucho. La instrucción excesiva es un veneno. Mi sistema se reduce á lo siguiente: aprender lo menos posible.

D.ª TERESA. Tiene usted razón, tiene usted razón. Aquella cabeza está siempre perturbada con el deseo insaciable de saber. En pocos meses aprendió el francés, el italiano y el inglés. *(Óyense fuera grandes voces, ladridos de perros, estrépito de pasos y una voz fuerte destacándose de todas. Doña Teresa se interrumpe y vuelve asustada hacia la puerta del fondo.)* ¿Quién será el bárbaro...?

PEDRO. *(Fuera.)* Soy yo, hermana; yo soy; ó, mejor dicho, soy yo y los perros. *(El ruido se aproxima. Doña Teresa sonríe. Ábrese la puerta del fondo, y Pedro aparece de espalda al público, tratando de impedir que entre la traílla que le sigue, y riñendo con los criados, que no se ven.)*

ESCENA VII

LOS MISMOS, PEDRO, BERNARDO, y después, LUIS

PEDRO. *(Vistiendo el uniforme de capitán de Guardias walonas, y hablando con los de fuera.)* ¡Atrás, *Júpiter!* ¡Marcha,

Robespierre! ¡Qué demontre de perros estos! ¡Eh, tú! Cuidado con arrastrar así á *Dantón*, que vas á romper la carlanca. *(Volviéndose y viendo á Fray Ignacio.)* ¡Buenos días!

D.ª TERESA. ¡Ay! Mi hermano es una verdadera tempestad.

PEDRO. *(Que entra en escena seguido del poetastro Bernardo, alto, seco, descoyuntado, el cual hace cortesías á derecha é izquierda. Inmediatamente se dirige á su hermana, tose, extiende la mano, vuelve á toser, y dice en tono declamatorio.)* Hermana y señora. Es este día... el día en que... nuestro padre te dió á luz... *(Movimiento de asombro en los circunstantes.)* Apuesto á que dije alguna tontería. *(Mudando de tono.)* Se acabó el discurso. *(Abrazando á D.ª Teresa.)* Muchos y felices años de vida es lo que te deseo; de lo demás tiene encargo éste, que lo hará en verso.

BERNARDO. *(Da algunos pasos al frente, siempre saludando, saca un papel del bolsillo, afina el lápiz y lee.)* «Al fausto cumpleaños de la Excma. Sra. D.ª Teresa Saavedra, condesa de Sobrado, viuda del Excmo. Sr...»

D.ª TERESA. *(Interrumpiéndole.)* Sí, sí; á mis días.

BERNARDO. *(Saluda y lee en tono de canturia, propia de la época, el soneto, que es aplau-*

dido al fin de cada cuarteto y de cada terceto con señales de asentimiento por todos, menos por D.ª Teresa.)

Flor en lo hermosa, arroyo murmurante,
fuiste aurora naciendo y sol creciendo;
en divino esplendor siempre excediendo
al astro hermoso y al mejor brillante.
De tu aurora el gran círculo radiante
en brillo nunca ha ido decreciendo,
que en ti las excelencias estoy viendo
de alba, sol, flor, arroyo, astro y diamante.
Su rostro oculta Apolo avergonzado,
Diana vela entre nubes su faz bella
cuando aparece tu astro sublimado.
¡No teman tu hermosura! Que es tal ella
que viene á ser, por raro predicado,
sol al mar, luz al mundo, al norte estrella.

D.ª TERESA. *(Afable.)* Muy bien, señor poeta. Tienen mucho ingenio esos versos. *(Volviéndose hacia Luis, que entró sin llamar la atención durante la lectura. Pedro, que se mantuvo en primer término con aire de enojo, llama al poeta con un ademán. Bernardo se aproxima.)*

PEDRO. *(Sin mirarle.)* No estoy satisfecho.

BERNARDO. *(Con humildad.)* ¿No está usted satisfecho?

PEDRO. No, señor. Hallo ese soneto demasiado pequeño.

BERNARDO. Pero, capitán, los sonetos son todos del mismo tamaño.

PEDRO. Déjeme usted de historias. Usted debía saber que un soneto destinado á felicitar á mi hermana no ha de ser, bajo ningún concepto, del mismo tamaño que los que se destinan á otras gentes.

BERNARDO. Pero...

PEDRO. No admito observaciones. ¡Á ver! *(Bernardo le entrega el soneto. Pedro lo coloca á alguna distancia de los ojos para verlo mejor. Airado.)* ¡Ya me parecía á mí! ¿Cómo no había de resultar corto, si estos renglones no llegan al canto del papel?

BERNARDO. Los versos...

PEDRO. Lo que son versos no necesito yo que nadie me lo diga. Sírvale á usted de gobierno para en adelante: sonetos que se dediquen á mi hermana ó á cualquiera otro individuo de mi familia, han de ser todo lo más grandes posible y han de llenar el papel por completo. *(Devuelve el soneto á Bernardo.)* ¡Ya lo sabe usted! *(Bernardo se aparta cabizbajo.)* ¡Así enseño yo á estos mozos!

D.ª TERESA. *(Acercándose á su hermano y presentándole á Luis.)* Tengo el gusto de presentarte á don Luis Fernández, sobrino de nuestro administrador y

pintor de gran mérito. *(Luis saluda.)*

PEDRO. *(Haciendo una inclinación de cabeza, pero asustado de ver un pintor allí.)* Buenos días, maestro. *(Luis, irritado, da un paso atrás frunciendo las cejas. Á D.ª Teresa.)* Me alegro conocerle. Tal vez me pueda pintar de verde el portalón de la quinta.

D.ª TERESA. *(Impaciente.)* Hombre, ¡qué cosas tienes!... No es de esos pintores, sino de los otros, de los que hacen santos...

PEDRO. *(Riendo.)* ¡De los que hacen santos! ¡Ja, ja, ja! Vamos, ya. Entonces es el Papa. *(Doña Teresa se encoge de hombros y se aleja. Aparte y riendo muy satisfecho.)* ¡Tiene gracia!

ESCENA VIII

Los mismos y LEONOR

LEONOR. *(Corriendo á abrazar á su tío.)* ¡Mi querido tío!

PEDRO. ¡Hola, pequeña! Apuesto que te agradaría más ver á tu primo.

LEONOR. ¿Pues no viene?

PEDRO. No te alarmes, que no tardará. *(Mirando en torno de sí.)* Pero, ¿por qué no se sientan ustedes? *(Busca una silla; todos se sientan. Doña Teresa al fondo; á su derecha el fraile; á la izquierda el capitán; á la izquierda de*

éste Leonor; alejado del grupo Luis; al otro lado de la escena y oculto humildemente tras del capitán, Bernardo.) No tardará. Llegó ayer de Madrid... y el chico trae prisa. Y á propósito, ¿á ti no te disgustaría que el matrimonio se realizase en seguida, eh?

LEONOR. Tengo tantos deseos de dejar Galicia y volver á la Corte... Además, estoy verdaderamente ansiosa de ir al teatro. *(Movimiento de estupor en los circunstantes.)*

D.ª TERESA. *(Severamente.)* ¡Ave María Purísima! ¿No sabes que el teatro es un lugar de perdición?

PEDRO. Justamente. La caldera de Pedro Botero.

D.ª TERESA. Tu padre, hija mía, cuando su deber de aposentador mayor del Señor Rey D. Carlos IV le obligaba á asistir á algún espectáculo en el Corral de la Cruz ó de la Pacheca, se ponía de espalda á la escena, y mientras declamaban los cómicos él rezaba el santo Rosario. Por eso observarás que desde entonces es de buen tono que la grandeza, aceptando aquella loable costumbre, se entretenga en mirar al público de las cazuelas durante las representaciones.

PEDRO. Es esa una costumbre admirable, destinada á inmortalizarse en España y

que por esto mismo honra sobremanera á nuestra familia. Mira, sobrina, los comediantes son gentes que no se pueden salvar. ¿No es cierto, Fray Ignacio?

FR. IGNAC. Distingo: los comediantes acaso puedan, pero las comediantas, no. Son los verdaderos instrumentos de Satanás.

D.ª TERESA. Por eso se dice si S. M. (q. D. g.) trata de plantear entre nosotros la excelente medida realizada ya por su augusta prima doña María I de Portugal, ordenando que los hombres hagan el papel de mujeres en las representaciones.

LEONOR. ¡Pues tendría que ver el papel de Julieta confiado á un hombre!

D.ª TERESA. ¡El papel de...! *(Volviéndose aterrada al fraile.)* ¡Ay, Fr. Ignacio! ¡Hasta lee comedias esta hija!

FR. IGNAC. Algo peor pudiera suceder, señora, y es que las hiciese.

LEONOR. ¿Por qué asustarse?... Es un pobre folleto inglés que hallé cubierto de polvo en un rincón de la biblioteca — *Romeo y Julieta* — ¡Qué hermosa lectura! ¡Cuántas veces, sentada en mi cuarto, á la luz de la luna que se refleja á lo lejos sobre la tersa superficie de las tranquilas aguas del Miño, me ha sorprendido la aurora leyendo esas páginas como sorprendió besán-

dose á los amantes de Verona! ¡Ah, los que dan vida en la escena á esas figuras ideales, sublimes creaciones del genio, podrán condenarse tal vez, pero los redimen sin duda las puras lágrimas que arrancan! ¿No vió usted en Francia *Romeo y Julieta,* señor Fernández?

LUIS. No. El público francés no está aún bastante exento del convencionalismo del siglo que termina para apreciar la grandiosa realidad de las tragedias de Shakespeare. El poeta inglés es un libro cerrado para nuestros contemporáneos. Sólo lo leen corazones... como el de usted.

PEDRO. *(Éste, que escuchó sin entender palabra, pega indignado un puñetazo sobre la rodilla.)* Hablemos en castellano. Yo estoy en mis trece. La gente de teatro es mala gente, y esos espectáculos debieran prohibirse, diga lo quiera el señor don Gaspar de Jovellanos, que los considera necesarios á la cultura de los pueblos.

D.ª TERESA. Cualquier cosa dirá ese volterianazo. Por algo le desterró la Corte al castillo de Belver en Mallorca, donde á estas horas expía el odio que le inspira la nobleza.

LUIS. Señora, don Gaspar es un hombre eminente.

D.ª TERESA. Diga usted más bien un verdugo.

PEDRO. ¡No hay nada de eso!... La verdad en su punto. Ese señor tiene algunas buenas cualidades.

D.ª TERESA. Mentira parece que tú le defiendas después de...

PEDRO. La verdad antes que todo, Teresa. Hacía un buen ministro. Por ejemplo, don Gaspar sabía distinguir de personas... Á mí siempre me ha respetado.

LUIS. ¿Jovellanos?

PEDRO. Sí, señor. Yo soy acaso el único con quien él no se atrevió jamás.

D.ª TERESA. ¿Don Gaspar Melchor?

PEDRO. ¿Ya no te acuerdas?... Pues, señor... *(Luis se aproxima con curiosidad.)* Fué esto cuando la famosa conjuración de Palacio. Cuantas personas frecuentaban la casa de S. A. el Serenísimo Señor Príncipe de la Paz... *(Reverencia general, con la sola excepción de Luis y Leonor.)* fueron detenidas. Yo, que también concurría á su casa, caí en la red. Lleváronme á prestar declaración. Yo iba decidido á negar todo, y estaba hecho un basilisco, cuando un hombre se me acerca y me pregunta: «¿Cómo se llama usted.» «Pedro de Saavedra, capitán de Guardias walonas», respondí con voz de trueno. Él parece que me co-

gió miedo, porque dirigiéndome la lente, me preguntó: «¿Sabe usted leer y escribir?» «¡No, señor!», contesté ásperamente.

D.ª TERESA. *(Levantando las manos.)* Pero, hombre, ¿has dicho eso?

PEDRO. Sí, señor, que lo dije; en primer lugar porque yo no tenía para qué dar satisfacciones á nadie, y en segundo lugar porque no acostumbro jactarme de prendas de que no hago uso.

D.ª TERESA. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!

PEDRO. De tal modo quedó atolondrado, que volviéndose al juez de corte que instruía el proceso, le dijo: «Ordene usted que se le ponga inmediatamente en libertad y que nadie le moleste en adelante. Este caballero debe ser conservado como un monumento...» ¿Un monumento qué... Bernardo?

BERNARDO. *(Levantándose y saludando.)* Gótico, mi capitán.

PEDRO. Eso es: monumento gótico. Fué lo que me llamó. Ya ven ustedes que no puedo hablar mal de él. *(Silencio embarazoso; Luis sonríe; Leonor se muestra contrariada, y Pedro, muy ufano, repite á media voz:)* ¡Siempre, siempre me ha respetado!

ESCENA IX

Los mismos y RODRIGO

RODRIGO. *(Aire afectado, modales cortesanos. Dirígese á D.ª Teresa y la felicita por lo bajo, besándole la mano.)* ¡Oh, con qué placer estrecho su mano! Felicidades, tía.

D.ª TERESA. Gracias, Rodrigo; gracias. Tú hecho siempre un madrigal.

RODRIGO. *(Á Leonor.)* Querida prima...

LEONOR. *(Con sencillez.)* Primo... *(Rodrigo saluda á todos con una inclinación de cabeza y á Fray Ignacio con familiaridad, sin reparar en Luis, que se aleja sombrío.)*

D.ª TERESA. ¿Cómo se encuentra nuestra augusta soberana, la señora doña María Luisa?

RODRIGO. Perfectamente, á juzgar por las últimas noticias de Barcelona, donde se halla la Corte. La virtuosísima esposa del Rey adelanta rápidamente en su convalecencia. Han cedido ya bastante sus padecimientos nerviosos y aquellas melancolías que la mataban, gracias á los recursos que para procurarla distracciones nadie sabe emplear como el señor don Manuel Godoy, nuestro ilustre protector y amigo. *(Á Leonor.)* Parecíanme siglos,

hermosa prima, los instantes que pasaba lejos de ti.

LEONOR. *(Que se fijó en la contrariedad de Luis, dando el brazo á Rodrigo con cierto mimo y paseando con él por primer término.)* ¿Conque pensabas mucho mí, en medio del torbellino de la Corte?

RODRIGO. Siempre, Leonor. Cuando tenía que esperar á la Reina...

LEONOR. *(Alarmada.)* Pero, ¿sueles acompañar tú á la Reina?

RODRIGO. ¿Qué cortesano no se siente honrado...?

LEONOR. ¿Tú sólo?... ¿Y era entonces cuando pensabas en mí?

RODRIGO. Sí, querida prima, y entonces me sentía á la vez feliz y desgraciado: feliz, porque iba á venir la Reina; desgraciado, porque tardaba; feliz, porque su proximidad me recordaba á mi amada ausente; desgraciado...

LEONOR. *(Se va al clave y recorre las teclas.)* ¡Qué fastidio!

RODRIGO. *(Que quiere continuar.)* Desgraciado... *(Reparando en la desaparición de Leonor.)* ¿Eh?... *(Después de una pausa.)* ¡Esto es contra la etiqueta!

D.ª TERESA. ¿Qué hay de nuevo por Madrid, sobrino?

RODRIGO. ¿De nuevo? Un escándalo horrible.

TODOS. *(Menos Leonor y Luis.)* ¡Un escándalo!

RODRIGO. ¡Cómo! ¿No saben ustedes nada?

D.ª TERESA. ¿Qué quieres que sepamos en el campo?

PEDRO. Pero, ¿qué fué ello?

RODRIGO. Figúrense ustedes que el nuevo embajador de Francia debía ser recibido en audiencia por S. M. Para ello fué á buscarle á la Embajada, según es costumbre, un gentilhombre de cámara. Ordena la etiqueta que apenas el gentilhombre se apea del carruaje, el embajador, que debe esperarlo en lo alto de la escalera, descienda tres peldaños para dirigirse á su encuentro.

D.ª TERESA. Exacto, exacto.

RODRIGO. Pues bien: el nuevo embajador ha descendido dos escalones nada más, ¡dos escalones tan sólo!

TODOS. *(Menos Leonor y Luis.)* ¡Oh!

D.ª TERESA. ¡Esa diplomacia democrática!...

LEONOR. *(Con reprimida cólera é ironía.)* Y de Francia, ¿hay noticias?

RODRIGO. Confieso, prima, que desde que Versailles terminó ya, no sé lo que ocurre en Francia.

LEONOR. Yo te lo diré. El hijo de San Luis fué decapitado; fué decapitada la hija de los Césares; ¿no lo sabías aún? ¡Ah! Bien merece la aristocracia los ultrajes que recibe. Ocúpase de frívolas puerilidades mientras los tronos se

hunden, mientras las reinas abandonan sus moradas en busca de galanteos ó suben al patíbulo como criminales. ¡Ni una voz elocuente que las aconseje! ¡Ni una espada que salga en su defensa! Nosotras, las hijas de los palaciegos, no debíamos dar nuestra mano sino al que supiese conquistarla en estas nuevas cruzadas de la realeza. *(Tristemente.)* ¡Qué importaría! Los amantes se reirían de las Dulcineas y continuarían esperando en la antecámara á la reina dichosa, desamparando en el cadalso á la reina desgraciada. *(Mientras habla establécese entre Rodrigo y Pedro una escena muda. Rodrigo parece preguntar á su padre qué dice su prima. Pedro se encoge de hombros.)*

PEDRO. No alcanzo más que tú. Es tontería; esta chica no sabe hablar sino en verso. *(Luis, que los oyó, no puede reprimir una sonrisa.)*

LEONOR. *(Que observa la sonrisa de Luis.)* ¿De qué se ríe usted?

LUIS. *(Distraído.)* Señorita...

LEONOR. Sepa usted que no estoy dispuesta á soportar que nadie se ría cuando yo hablo. *(Movimiento de asombro en todos. D.ª Teresa se dirige lentamente hacia su hija; Rodrigo se aproxima rápidamente á Leonor.)*

RODRIGO. ¿Te han ofendido, prima? ¿Quién? *(Óyese preludiar á la orquesta un minué.)*

LEONOR. ¡Oh, no hagas caso! Fué... ese... pintor.

LUIS. *(Contestando á Leonor, pero mirando á Rodrigo con intención provocadora.)* Verdaderamente, señorita. Pudiera ser alguien que fuese más que eso. Podía ser... un tonto. *(Rodrigo queda mirándole algún tiempo.)*

D.ª TERESA. *(Que se aproximó á Leonor severamente.)* Acabas de insultar á un caballero que es nuestro huésped. Pídele perdón.

LEONOR. *(Indignada.)* ¿Perdón, yo?

D.ª TERESA. Lo hará tu madre. *(Á Luis.)* Sírvase usted perdonarla, señor don Luis; esta hija me castiga cruelmente por el grave pecado de quererla con exceso.

LEONOR. *(Llorando.)* ¡Ah! *(Á Luis.)* Ya que es forzoso que alguien se humille, yo lo haré. Caballero...

LUIS. *(Interrumpiendo á D.ª Teresa y Leonor.)* Señora..., señorita..., ¡por Dios!

D.ª TERESA. *(Abrazando á Leonor, que oculta el rostro bañado en lágrimas.)* El corazón es bueno, pero la cabeza...

RODRIGO. *(Que estuvo mirando asombrado á Luis, volviéndose á Fray Ignacio.)* Fray Ignacio, se me figura que me llamó tonto. *(Señalando á Luis.)*

FR. IGNAC. Hijo mío, distingo...

D.ª TERESA. *(Tratando de poner término á aquella situación difícil.)* Vaya, la orquesta está ya reunida en el jardín. Cuando ustedes gusten iremos á escucharla. Tengo deseos vivísimos de ver bailar á Fray Ignacio el minué. Me han dicho que lo hace usted muy bien. Precisamente están tocando uno ahora. *(Á Rodrigo.)* Tu brazo, Rodrigo. ¡Ah! Y de paso *(Á Fray Ignacio.)* nos dejará usted oir su célebre tirana.

FR. IGNAC. Señora... *(Vanse todos por el fondo, excepto Leonor, que se queda en escena siguiendo con la vista el grupo.)*

LEONOR. *(Sola desciende á escena, y después que todos se han ido, exclama:)* ¡Cómo odio á ese hombre! Sí, le odio, porque reconozco con rabia su gran superioridad sobre los hijos degenerados de la nobleza antigua. Religión del pasado, austero culto de las tradiciones, ¡cómo te ultrajan aquellos mismos que debieran conservarte puro!

ESCENA X

LEONOR y LUIS

LUIS. *(Entrando rápidamente agitado y buscando algo en torno de sí y encima de*

la mesa.) Qué compromiso si por casualidad... ¡Oh! *(Reparando en Leonor.)* Dispénseme usted, Leonor; buscaba un papel...

LEONOR. *(Irónicamente.)* Busque usted con toda libertad. Está usted en su casa, ciudadano.

LUIS. No obstante, si mi presencia puede ser á usted odiosa hasta el punto...

LEONOR. ¿Odiosa? ¿Por ventura me ocupo yo de usted? Le doy la enhorabuena por haber logrado cautivar la voluntad de mi madre.

LUIS. *(Altivo.)* No sirvo yo para cautivar voluntades. Dedicado á mi trabajo, hasta desearía que mi presencia fuese ignorada de los dueños de esta casa. Mas si, contra mis designios, simpatías que no provoqué y odios que nunca creí merecer, me colocan en una situación insoportable, me veré obligado á romper todos mis compromisos y salir de este castillo, donde ni he venido á pedir hospitalidad ni á mendigar relaciones.

LEONOR. *(Impasible.)* ¡Marcharse! Es lo que debió usted haber hecho hace tiempo. *(Luis se inclina, mirando aún en torno de sí con inquietud.)*

ESCENA XI

Los mismos y PEDRO

PEDRO. *(Entra por el fondo despacio y deletreando un papel que conserva á distancia de los ojos.)* «Seño... ñorita... Leo...

LUIS. *(Viendo el papel y corriendo hacia Pedro.)* Capitán, con su permiso... ese papel.

PEDRO. *(Sin atender.)* Leo... Leonor.» ¡Ah! Una carta para ti, Leonor.

LEONOR. *(Dando un paso hacia su tío.)* ¡Cómo!

LUIS. *(Aparte, aterrado.)* ¡Ah!

PEDRO. Nada. Este papel que hallé en el jardín á tiempo que huía de los sollozos de esa endiablada orquesta. Aquí los renglones llegan hasta el fin, que si no cualquiera diría que era cosa de Bernardo.

LEONOR. ¿Por qué?

PEDRO. ¿Por qué? Porque como de hoy en quince días es el santo de la abadesa, el muchacho ha comenzado á hacer las improvisaciones.

LEONOR. ¡Con quince días de anticipación!... Moratín las hace más de prisa.

PEDRO. Es verdad. ¡Y llaman á eso poeta! Un hombre que hace versos en un quítame allá esas pajas... ¡Así cualquiera! *(Volviendo al papel.)* Veamos esto.

LUIS. *(Muy agitado y con voz rápida, intentando impedir la lectura.)* ¿No le gusta á usted Moratín?

PEDRO. No me hable usted de ese corruptor de nuesto teatro, de ese envidioso del gran Comellas, del divino Comellas.

LUIS. *(Como antes.)* ¿Le hizo á usted daño?

PEDRO. Si ciertos cortesanos que le dispensan favores me hubieran hecho caso, hace tiempo que ese bribón estaría haciendo sus comedias á la sombra.

LUIS. ¿Tan mal quiere usted al pobre Inarco Celenio?

PEDRO. Nada de eso. No tengo más que aplausos para ese escritor romano. *(Luis sonríe. Aparte.)* Este hombre se ríe de todo. Me parece que no he dicho ninguna barbaridad. *(Alto.)* En cuanto á Moratín, ya es otra cosa. ¿Saben ustedes á quién quiso retratar en el don Hermógenes de *La Comedia nueva?*

LEONOR. *(Impaciente.)* Sí, tío, sí; ya me lo ha dicho usted. Cuénteselo ahora á ese caballero mientras yo leo eso. *(Le arrebata el papel).*

LUIS. *(Sobresaltado, á Leonor.)* Pero...

PEDRO. *(Á Luis.)* Venga usted, venga usted; voy á contarle á usted esa negra historia. *(Le coge de un brazo y se dispone á salir con él. Luis se resiste.)*

LEONOR. ¿No acompaña usted á mi tío?

LUIS. *(Dejándose arrastrar resignado.)* ¡Qué vergüenza! *(Vanse ambos.)*

ESCENA XII

LEONOR, sola, después de leer.

¡Ah, una declaración! ¡Á mí! *(Volviendo á leer.)* No hay duda. ¡Y muy sentida! *(Termina la lectura y queda un momento pensativa.)*

ESCENA XIII

LEONOR, LUIS.

LUIS. *(Entrando agitado.)* Pude librarme de él. Que se entienda con el fraile.

LEONOR. *(Viéndole, aparte.)* ¡Aquí otra vez! *(Fija rápidamente los ojos en el papel y lee en alta voz, pero en tono zumbón, los últimos venglones.)* «Ya que no podéis ignorar que os amo, ignorad al menos que lejos de vuestra presencia muere de amor por vos, Luis.» *(Á Luis, con acerba ironía.)* ¡Muy bonito concepto! Maneja usted muy bien la prosa de nuestros clásicos... ¿Es éste el estilo republicano?

LUIS. *(Conmovido.)* ¡Ah, señorita! Crea usted que nadie como yo lamenta que la casualidad...

LEONOR. *(Interrumpiéndole con sarcasmo.)* Feliz casualidad, ¿no es esto?, porque

arrojó tan directamente al rostro de la mujer á quien iba destinada la carta y el insulto.

LUIS. ¡El insulto! El amor que yo la consagro y que usted no pudo nunca adivinar, sería una ofensa si se hubiese revelado en una palabra, en un gesto, si se atreviese á perturbarla en la región de luz en que usted vive; pero siendo, como fué, una adoración íntima, silenciosa, que padece y sufre al verse sorprendida, ¡ah, señora!, ese amor podrá ser ridículo, mas insultante.... ¿cómo?

LEONOR. *(Reconcentrada.)* ¿Cómo? ¿Pues olvidó usted tan pronto el desprecio que yo le merecía? Yo sí que no olvidé ni una sola de sus palabras, que están clavadas en mi pecho como envenenadas saetas. Y ahora revive su recuerdo porque me dan la clave de este enigma. *(Mostrando el papel.)* Todo hay que esperarlo, ¿verdad?, de los caprichos de una loca que á todas horas corre por montes y valles... ¿Puede impunemente el hombre que insultó ofrecerme el homenaje de un amor que es una nueva ofensa? ¿De cuando acá las condesas... herederas merecen respetos de un demócrata? Con audacia y cinismo todo se consigue de ellas, ¿no es así?

LUIS. *(Melancólicamente.)* Sin duda me ha enviado Dios este amor para que fuese la expiación de un instante de locura; mas resignándome á todos los suplicios que me podría causar, declaro no preveía la angustia de este momento. No me defenderé, señorita. Ese papel indiscreto, confidente de insensatos devaneos, pronto se reduce á cenizas...; con su humo se desvanece el insulto, y usted no volverá á acordarse del desdichado que no supo más que ofenderla... Déme usted esa carta.

LEONOR. ¡Oh, eso no! La guardo, la guardo religiosamente para poderme reir, leyéndola siempre que vea pasar á mi lado altivos é inflexibles ciertos orgullos republicanos.

LUIS. Es justa la venganza, pero horriblemente cruel y despiadada. Déme usted esa carta. ¿De qué puede servirle ya?

LEONOR. Tranquilícese usted. No pienso afligirle con ella el día de su casamiento. Pero nosotras, pobres patricias despreciadas, hallamos siempre un delicioso placer en el espectáculo de los Catones que vociferan contra los esplendores que los fascinan.

LUIS. *(Reprimiendo la cólera que comienza á invadirle.)* Destróceme usted bien.

¡Así! Todo lo acepto, porque lo merezco todo. Pero olvida usted una cosa, olvida usted que es grande imprudencia revolver tanto el puñal en la herida.

LEONOR. ¿Se resiente su orgullo? ¡Ah! También se ha resentido el mío. Dos veces me ha humillado usted, señor filósofo que ambiciona lo que desprecia.

LUIS. *(Con voz seca y rápida.)* Esa carta, Leonor.

LEONOR. ¡Nunca! Es parte de mi dote. Cuando allá, en familia, se rían ustedes de la mujer á quien impuso tantas humillaciones, nos reiremos también por acá del menestral orgulloso, que al fin y á la postre nos resulta un enamorado primerizo.

LUIS. *(Dando un paso hacia ella, pálido de indignación.)* Señora, si la fatalidad pudo hacerla poseedora del secreto de un amor que me mata, debo recordarle que ese amor, callándose, conquistó el derecho de no ser expuesto á la irrisión ni al insulto. Ese derecho lo reconoce usted, porque me va á entregar esa carta.

LEONOR. *(Altiva.)* ¿Cree usted que obedeceré sus órdenes?

LUIS. Sí, lo creo, porque así se lo exigen las leyes de la lealtad: obedecerá, ó de lo contrario...

LEONOR. ¿Qué? ¿Me amenaza? ¡Cobarde!

LUIS. La amenazo, sí, porque no es ya el obscuro hijo del pueblo el que está enfrente de una dama ilustre; no es siquiera un hombre el que está enfrente de una mujer: es una víctima que se revuelve contra el verdugo que le tortura. ¡Esa carta!

LEONOR. ¡No!

LUIS. *(Fuera de sí, sujetándola por la muñeca con violencia.)* ¡Oh, será!

LEONOR. *(Mirándole con indescriptible espanto, cuasi con terror y abriendo la mano, que deja caer el papel. Con tono cuasi infantil.)* ¡Ay! ¡Me ha lastimado!

LUIS. *(Toda su exaltación desaparece súbitamente y cae á los pies de Leonor sollozando.)* ¡Oh! Leonor..., Leonor..., ¡perdón! ¡Ah! ¡Si viera usted qué desgraciado soy! ¡Si leyese en mi alma, si supiese cuánto sufro..., qué amor tan grande y tan irresistible la consagro..., amor sin esperanza, loco, fatal, maldito, me tendría usted compasión! *(De rodillas.)* ¡Perdóneme usted, Leonor! ¡La amo tanto!

LEONOR. *(Dominando su emoción y señalando á Luis con sonrisa de triunfo.)* Orgullo indomable, ¡á mis pies al fin!

LUIS. *(Levantándose con ímpetu, sollozante aún, pero indignado.)* ¡Ah! En ese pecho de mármol no late un corazón.

Quien así se burla de estas lágrimas, no, no las merece. ¡La mujer que en esta angustia suprema de un corazón altivo, no ve más que una víctima de su orgullo, sea reina ó plebeya, es indigna de un hombre honrado!

LEONOR. *(Yendo hacia él ciega de cólera y sofocada.)* ¡Insolente!

LUIS. No soy insolente; pero antes de alejarme para siempre de esta casa, quiero decirle al menos la última verdad. Sus palabras desgarraron el corazón que poblaba su imagen, pero también arrancaron á esa imagen su perfección ideal. La diosa cayó del pedestal y se convirtió en mujer. Ríase en buen hora del insensato, mas no olvide (y puede ser que entonces la risa se hiele en sus labios) que este loco ha muerto legándole la maldición y el remordimiento. Adiós. *(Vase aturdido.)*

LEONOR. *(Contesta con una carcajada sardónica. Cuando Luis desaparece, la risa tórnase convulsa, y después de una breve lucha transfórmase en un gemido doloroso. Oculta el rostro entre las manos y cae bañada en llanto sobre una silla, exclamando:)* Y le amo..., ¡desgraciada!

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración del segundo.

ESCENA PRIMERA

PEDRO, luego LEONARDO

PEDRO. *(Paseando sofocado por la habitación.)* Esto no puede quedar así; no, señor. Hemos de ver qué razón hay para que esa mocosa se resista ahora á casarse con mi hijo. ¿Así se nos hace dejar la Corte para esto? Y la culpa toda es de mi hermana, que nunca supo ser madre ni velar por el prestigio de nuestros ilustres ascendientes. Á cualquiera que se le diga que el hijo de un mísero labriego..., un pintor... ¡Vamos! ¡Y que no le entró fuerte á la niña!

LEONARDO. *(Viene acompañando á María, que no sale á escena. Vuélvese hacia ella desde el fondo y dice:)* Deja los encargos á la señora Condesa y vuélvete en seguida á casa. Ya sabes que tengo que

ir á cobrar la renta de Ribadavia y quiero comer temprano. *(Á Pedro.)* Buenos días, señor don Pedro.

PEDRO. *(Aparte.)* Abordaré á este hombre, á ver si así evitamos... *(Alto.)* ¡Hola, Leonardo! ¿Cómo tan temprano por aquí?

LEONARDO. Acompañaba á María, que trae los bordados que le encomendó la señora, y de paso venía á saber si me ordenan algo, porque pienso salir hoy de cobranza.

PEDRO. Su hija borda muy bien. Tiene una gran mano... Bien hace su sobrino de usted en aspirar á ella.

LEONARDO. No me hable usted de ese muchacho. No comprendo qué diablo puede pasarle de algunos días á esta parte. Él abandona esta casa sin acabar su trabajo; entra en la mía como un cohete, y después... cae en unas tristezas...

PEDRO. No haga usted caso. Es la influencia de la luna. Mi sobrina está lo mismo...

LEONARDO. *(Interrumpiéndole y persiguiendo su idea.)* No come...

PEDRO. *(Hablando al mismo tiempo.)* No come... *(Míranse ambos como asustados.)*

LEONARDO. *(Idem.)* No duerme...

PEDRO. *(Idem.)* No duerme... *(Vuelven á mirarse. Saca la caja del rapé y ofrece polvo á Leonardo, que acepta.)*

LEONARDO. *(Idem.)* Y lo peor es...

PEDRO. *(Idem, tomando también polvo.)* Y es lo más chocante que... *(Interrumpiéndose.)* Hable usted.

LEONARDO. *(Respetuosamente.)* Usted primero, usted primero...

PEDRO. ¡Vamos, desembuche usted! *(Ambos estornudan á la vez, después de lo cual siguen hablando al mismo tiempo.)*

LEONARDO. Trata mal á la novia.

PEDRO. Trata mal al novio. *(Quedan sorprendidos y medio irritados.)* ¿Se ha propuesto usted remedarme?

LEONARDO. *(Exaltado.)* Quien parece que me está quitando las palabras de la boca es usted.

PEDRO. Iba á decirle que mi sobrina ha dado calabazas á Rodrigo y ya no quiere saber de casamiento.

LEONARDO. Pues yo quería decirle que mi sobrino trata con frialdad á María y ya no quiere hablar de matrimonio.

PEDRO. ¿Y sabe usted quién tiene la culpa de lo que pasa, señor Leonardo? *(Leonardo se aproxima.)* ¿Sabe usted á quién atribuyo toda la responsabilidad... *(Aparte, interrumpiéndose.)* ¡Lo que es ahora me va á oir! Pero sólo así evitaremos una catástrofe.

LEONARDO. ¿Á quién, señor capitán?

ESCENA II

DICHOS; LUIS, entrando.

PEDRO. *(Viendo entrar á Luis, con gravedad cómica.)* ¡Á la fatalidad, hombre; á la fatalidad! *(Aparte.)* Ha sido una salida diplomática. De no habérseme ocurrido, iba á pasar aquí algo de lo que Rodrigo llama contrario á la etiqueta. *(Á Luis.)* Celebro verle á usted por aquí, señor pintor. Mi hermana pensaba enviarle recado de que deseaba hablarle.

LUIS. *(Con el sombrero en la mano, como quien entró en ese instante; aire preocupado y sombrío.)* Le he evitado ese trabajo; yo también necesito hablar á la señora Condesa, y venía á preguntar cuándo podría recibirme.

PEDRO. Es natural que sea inmediatamente. En todo caso, voy á prevenirla. *(Salida falsa.)*

LUIS. Una palabra. ¿Tendría usted la bondad de decirme si está aquí mi prima?

PEDRO. ¿Quién? ¡Ah! ¿Su futura consorte?

LEONARDO. Sí, está con la señora Condesa; sé quién le trajo los bordados que le encargó. *(Vase Pedro.)*

LUIS. *(Hablando consigo, pero alto.)* Me pareció haberla visto entrar desde lejos.

ESCENA III

LEONARDO y LUIS

LEONARDO. *(Yendo á Luis y colocándole una mano sobre el hombro.)* Lo cual te contraría..., ¿no es verdad?

LUIS. *(Que no se fijó hasta ahora en Leonardo, con sobresalto.)* ¿Quién?

LEONARDO. Pues... María... ¿Te has olvidado de ella? No es extraño: la pobre es de las que se mueren sin exhalar una queja, y cuenta que son esas, las silenciosas, las que más fácilmente se mueren cuando les despadazan el corazón.

LUIS. *(Aparte.)* ¡Dios mío!

LEONARDO. Mira, Luis, yo siempre te he tenido por un hombre de bien. ¿Me habré engañado?

LUIS. ¡Tío!

LEONARDO. ¡Corriente, corriente! Ya sabía yo que tú no eras hombre que codiciases las riquezas ni la hidalguía de nadie.

LUIS. *(Avanzando hacia Leonardo, temblando de ira.)* ¿Quién pudo suponer semejante infamia?

LEONARDO. Nadie; pero todos lo dirían si supiesen que la hija de la señora Condesa estaba enamorada de ti y se quería casar contigo.

LUIS. ¿Y habrá quien me juzgue capaz en

ese caso de aceptar una sola migaja de su dote ó su legítima?

LEONARDO. ¿Y qué habías de hacer? ¿Habías de obligar á la señorita á pasar privaciones? ¿Querías mantenerla con el producto de tu trabajo? ¡Bah! Yo no soy republicano, ni entiendo de repúblicas; mas á pesar de ser del pueblo, también me gusta llevar muy alta la frente. No sería yo quien entrase por nada de este mundo en una familia de condes. Demos que nada me importase el desprecio con que me tratasen, tarde ó temprano había de sentir mi propio desprecio. Huías con la chica, me dirás... Sí; pero no sé si sabes que aquí, en España, para los que hacen eso, hay no sé cuántos años de galeras. ¡Huir al extranjero! ¿Con qué cara os miraríais el uno al otro cuando vuestras conciencias despertasen, mostrándoos allá en la patria dos cadáveres, porque ni María ni la señora Condesa podrían sobrevivir á ese golpe terrible?

LUIS. *(En cuya fisonomía se lee el desengaño y que parece abrumado por lo que oye.)* ¡Es verdad!

LEONARDO. Con todo, es preciso decidirse. ¿Para qué disfraces? Ese acto, que á tus propios ojos es una locura, una infamia, vas á realizarlo, ya que nadie

huye al rigor de su destino. Pero, oye, Luis: si me conservas algún cariño, si después de haber conquistado el afecto de una familia aristocrática, te queda algún recuerdo de nuestra rústica lealtad gallega, no nos mates á fuego lento, hombre: acércate á María, fíjate bien dónde tiene el corazón y dale con toda tu fuerza una puñalada. *(Con voz ahogada.)* Después vuelves la espalda y la dejas... Y no tengas miedo, que nadie echará á correr para detenerte. Si se muere, paciencia... No he de tardar en seguirla mucho tiempo, y no llevo, créeme, gran pena de este mundo; que hay por aquí muchos ingratos... *(Procurando dominar su emoción, después de un momento de pausa.)* ¡Vamos! *(Viendo que Luis permanece abstraído.)* ¿Qué tienes? ¿Te estás durmiendo?

LUIS. *(Volviéndose hacia él como si efectivamente despertase y abrazando sollozante á Leonardo.)* ¡Oh, compadézcame, tío Leonardo! ¡Cuánto sufro!

ESCENA IV

DICHOS; LEONOR, entrando.

LEONOR. ¡Hermoso grupo! *(Luis abandona los brazos de Leonardo, que afecta rápida-*

mente cierta plácida gravedad.) Siento que mi presencia interrumpa la corrección de sus líneas, dignas del arte griego. Leonardo, mi madre le espera para darle instrucciones. *(Vase Leonardo, después de saludar, dirigiendo miradas recelosas á Luis y á Leonor. Después de una pausa, á Luis.)* ¿Lloran también los espíritus fuertes?

LUIS. Las lágrimas, señora, puesto que yo no he de ocultar que las he vertido, alivian á los que padecen.

LEONOR. *(Con dulces inflexiones de voz.)* Y usted padece... Por causa mía, ¿no es verdad? ¡Oh, he sido injusta con usted!... Sus frases, hijas de un sentimiento loable, han sido por mí consideradas como una ofensa. Fuí cruel, y lo siento ahora. Olvidemos eso, y seamos amigos.

LUIS. *(Impetuoso.)* ¡Oh, no, no olvide usted, porque la ofensa persiste, si es ofensa el amor! Mas no he venido aquí para reincidir, señora. Vengo únicamente á despedirme porque pienso ausentarme en breve de estos lugares, buscando en la ausencia el arco de alianza entre el corazón que ama y el corazón que odia.

LEONOR. El corazón que odia... ¡Ah! Cómo calumnia á ese corazón el que más debiera conocerle...

LUIS. *(Retirándose como asombrado y extendiendo hacia ella el brazo cual si quisiera alejarla.)* Basta, señora; basta de sarcasmos.

LEONOR. ¡Sarcasmos!... En eso se traducen las explosiones de una pasión violenta, de un amor que no cabe en los estrechos límites de las conveniencias sociales... ¡Sarcasmos!... Quien así habla sin duda no sabe cómo se puede morir riendo, cómo pueden romperse una á una todas las fibras de un corazón sin que delate el rostro los trágicos dolores que siente...

LUIS. ¡Oh! ¿Será verdad, Leonor?... *(Yendo hacia ella.)*

LEONOR. ¿Por qué ocultarlo ya? Luis, yo te amo.

LUIS. ¿Conque es verdad? ¿Y pude creerme desgraciado? *(Toma una de las manos de Leonor y la besa con transporte.)*

ESCENA V

DICHOS; DOÑA TERESA

D.ª TERESA. *(Entrando por la derecha, por donde salió Pedro. Viene grave y severa. Al fijarse en el beso, dirige á Leonor una mirada terrible y le indica con un gesto lleno de altivez que se aleje. Leonor*

baja la cabeza y obedece. Á Luis:) Siéntese usted, caballero. Cuando el restaurador de mi capilla, el sobrino de mi administrador salió de mi casa de un modo tan inusitado, lo cual le disculpé porque entendía que había motivos suficientes para no estar aquí satisfecho, confieso que no esperaba haber oído de labios de mi hija lo que ayer mismo me ha comunicado y acaba de confirmar en este momento, dando ocasión para que usted...

LUIS. *(Interrumpiéndola y levantándose irritado.)* Me permito interrumpir á usted para evitarla el disgusto de inferirme una grave ofensa, tan grave como innecesaria. Como su hermano la habrá dicho, yo, antes de ser llamado por usted, había venido á hablarla, y el motivo de mi venida no es otro que participarle mi próximo enlace con mi prima y mi inmediata salida de este pueblo.

D.ª TERESA. *(Levantándose también estupefacta y balbuciente.)* ¡Cómo! ¡Cómo! Pues... luego... lo que mi hija me ha dicho... pero... ¡no comprendo! ¡Jesús! Estos jóvenes creen que nosotros los viejos tenemos fuerzas en las piernas para seguirlos en su vertiginosa carrera... *(Pausadamente.)* Expliquémonos mejor... Leonor me dijo...

LUIS. *(Muy conmovido.)* Lo que Leonor..., esto es, lo que su hija le ha dicho se lo dictó la bondad de aquella alma que atraviesa el mundo sin comprender una sola de sus pequeñas exigencias. En su altiva independencia no sabe que hasta el orgullo es esclavitud. Yo soy menos disculpable. Mis treinta años debieran prevenirme contra ciertas peligrosas ilusiones. De su hija me separaba un abismo; sobre ese abismo creía verla dirigirse hacia mí, aun hace un instante, serena y dulce. Quería dirigirme á su encuentro, y caí. La caída fué profunda. Grande será la penitencia como fué grande el pecado. Un poco de tierra sobre el insensato, y nadie se acordará de la ambiciosa tentativa.

D.ª TERESA. ¡Quién podía adivinar semejante cosa! ¡Pero qué locura la de usted! ¿Cómo ha osado levantar tan alta la mirada?

LUIS. *(Con sorda impaciencia.)* Es usted implacable, señora! ¿Quiere sacrificio más completo, expresión más amarga? Tengo mi dicha al alcance de la mano y la dejo huir, no sé si por obedecer á mi conciencia, si al clamor de la sociedad, y aun le parece poco, y aun viene á preguntarme. Desgraciado, ¿por qué soñaste? Már-

tir, ¿por qué aspiraste á la vida? Esclavo, ¿por qué te crees hombre?

D.ª TERESA. No me suponga ingrata. Comprendo la extensión de su sacrificio, la nobleza de su procedimiento, y le agradezco mucho el haberme evitado una situación difícil. *(Ocurriéndole súbitamente una idea.)* ¡Difícil!... ¡Ah! ¿Por qué había de venir á perturbar tan cruelmente el corazón de esa niña? ¿Cómo he de convencerla yo ahora? ¿Cómo he de devolverle la tranquilidad perdida?

LUIS. *(Dando un paso hacia D.ª Teresa.)* Tiene usted razón. ¡No padeceré yo solo!... ¡También ella sufrirá! Como yo mi locura, ella habrá de expiar su generosidad inmensa. ¡Oh, eso no puede ser! Evitémoslo. *(Agitado.)* Haga usted que ella me desprecie, recrimíneme, sacrifíqueme, dígale: «¡Ya ves, un pintor! ¿Podría tener él un alma capaz de comprenderte? ¡Lo dejaste, y no supo morir, el desdichado, el infame! Inundado aún de la luz de tus ojos, fué á arrodillarse con otra ante el altar. Olvídale, hija mía; olvida ese espíritu vulgar, ese amante despreciable...»

D.ª TERESA. *(Tratando de calmarle.)* Vaya, vaya, cálmese usted. Usted exagera. ¡Por Dios!

LUIS. *(Con voz sollozante, por más que trata de reprimirse. Suplicante.)* Mas si algún día, sin peligro, cuando ya el pintor no pinte y el amante despreciable haya dejado de amar porque haya dejado de existir y ella viva feliz y respetada; si entonces puede usted hablarle de mí, págueme todo este sacrificio con una sola palabra. Dígale: «Hija mía, aquel loco te llevaba en el corazón; era un cobarde, no le templó el destino para las luchas de la vida, pero siempre te amó hasta que Dios le hizo el inmenso favor de llevárselo.» Y si oyendo esto, invade una nube de tristeza su frente pensativa; si entonces una lágrima... *(Quiere completar la frase y no puede; jadeante, sofocado, se vuelve con un gesto de despedida y va á marcharse.)*

D.ª TERESA. *(Conmovida, deteniéndole.)* ¿Por qué se avergüenza de llorar delante de mí? ¡Soy su madre! ¿No he de saber cuánto costará perderla?

LUIS. *(Escondiendo el rostro entre las manos.)* ¡Ah! ¡Sufro mucho, señora!

D.ª TERESA. *(Muy conmovida.)* Vaya, ánimo, hijo mío. Cuando ese día llegue, y volviendo los ojos hacia esta sociedad tempestuosa, le diga su conciencia que ha sabido cumplir con su deber,

ha de sentir usted, seguramente, una gran satisfacción y una legítima ufanía. Su corazón es noble, Luis, y muchos próceres lo envidiarían. Mas las leyes del mundo son severas, y es necesario acatarlas. Soy la primera en sentirlo, porque quisiera, Dios lo sabe, poder abrirle mis brazos; pero no es la preocupación á lo que obedezco: es al mismo Dios, que hasta en el cielo instituyó jerarquías. *(Luis la escucha respetuoso, sonriendo tristemente.)* Lo peor pasó ya. No se olvide que una pobre niña le deberá su ventura : es esa otra satisfacción, acaso la más seria, del deber cumplido. Adiós. Si fuese su madre, no podría ser jamás su amiga. *(Vase.)*

ESCENA V

LUIS, solo.

LUIS. *(Conserva un momento la cabeza entre las manos, y dejándolas caer á lo largo de la faz, exclama:)* ¿Y he de renunciar para siempre á ella? ¡Á ella, Dios mío, que me ama y cuya imagen llena toda mi existencia! ¡No verla más! Todo el infierno no quema como quema esta idea. ¡Oh, imposible! Hoy más que nunca necesito es-

tar á su lado, verla... Verla una sola vez... *(Transición.)* ¡Imposible! La esperaré aún... Pero ¿qué le digo?... ¿Qué sé yo? Cogeré sus manos, la contemplaré mudo de adoración... Quizá con su mirada, con la última mirada que obtenga de sus ojos, pueda forjar el rayo que me deje muerto á sus pies... *(Transición.)* No. ¡El deber, el sacrificio! *(Vacilando.)* Pero el deber es amarla y matar á la otra... ¡Oh! ¿Qué hacer?... *(Adoptando una resolución.)* Salgamos.

ESCENA VI

LUIS y MARÍA

MARÍA. Gracias á Dios que os hallé, primo. ¿Es cierto lo que acaba de decirme la señora Condesa? ¿Os casáis conmigo? ¡Ah, qué feliz soy!

LUIS. *(Sin acertar á responder, aturdido.)* Eres... feliz. ¡Ah! Tú... eres... feliz.

MARÍA. No debía decíroslo; mi padre me lo aconseja siempre, pero alguna vez he de dejar hablar al corazón. Ojalá os lo hubiera dicho antes; acaso no hubiera sufrido yo tanto, y hubiéramos realizado ambos nuestra ventura. *(Con ternura.)* Puedo decir nuestra, ¿no es verdad? ¿Mi primo también se siente feliz?

LUIS. *(Con amargura.)* ¡Oh, mucho; muy... feliz! ¡Ah! ¡Si supieses cuán feliz soy!

MARÍA. *(Con tono de tierna reprensión.)* Podría dudar, porque al fin, desde hace unos días, nadie diría que me habíais hablado de amor.

LUIS. *(Como loco.)* ¿De amor?... ¿Te he hablado de amor, María? ¡Qué infame soy!, ¿no te parece?

MARÍA. ¿Qué decís?

LUIS. ¡Estoy loco, estoy loco!

MARÍA. ¿Loco porque me habéis dicho que era yo vuestra vida, por jurarme...?

LUIS. *(Con ímpetu.)* ¡Oh, calla, calla, desgraciada, no me hables de amor, no me hables de esas cosas aquí..., por piedad!

MARÍA. *(Casi llorando.)* Pero primo..., ¿qué es eso?

LUIS. *(Apretando las sienes con ambas manos y procurando calmar á su prima.)* Nada... Puede venir gente... Mira, vete á casa... Después... *(Arrebatado.)* Pero ahora déjame, oh, déjame, María.

MARÍA. *(Llorando.)* ¡Ah, no me amáis, primo; no me amáis!

LUIS. *(Haciendo un violento esfuerzo. Aparte.)* ¡Estoy loco! ¡Oh, sí lo estoy!... *(Á María, con dulzura y cogiéndole una mano, pero aún con cierto desvarío.)* Cállate, María; cállate... Si yo te quiero... Vaya, ya verás; pero ahora ne-

cesito estar solo...; después te diré...; pero vete, ¿sí? Mira, yo te quiero mucho, mucho, pero mucho... Te vas á casa, y... yo voy á ir también en seguida.

MARÍA. *(Casi consolada.)* Si me engañaseis, primo...

ESCENA VII

LOS MISMOS y LEONOR

LUIS. *(Viendo á Leonor, que entra por la puerta del fondo, se aparta rápidamente de María. Aparte.)* Ella... ¡Oh, no tengo ya fuerzas!...

MARÍA. *(Viéndola también y dirigiéndose á ella toda alborozada.)* Señorita...

LEONOR. *(Seria, pero afable.)* Adiós, María.

MARÍA. *(Á media voz, á Leonor.)* ¿No me da usted la enhorabuena? ¿No sabe usted que me caso con mi primo?

LEONOR. *(Con sobresalto.)* ¡Cómo!

MARÍA. *(Con aire infantil.)* Sí, señora. Pero no estoy contenta... Parece que está afligido y no me quiere decir por qué. Eso está mal entre novios, ¿no es cierto?

LEONOR. *(Sin apartar los ojos de Luis.)* Cierto.

MARÍA. Dice que quiere estar solo, pero ahora tiene que quedarse aquí. Háblele usted. Averigüe usted qué tiene y aféele usted bien eso de no tener

confianza en mí. ¡Me cree una criatura incapaz de guardar un secreto! ¡Vaya! ¿Cuánto tiempo no le he guardado yo el secreto de que le amaba? ¿Hará usted lo que le pido?

LEONOR. *(Distraída.)* Sí.

MARÍA. ¿Ve usted? Ya me voy más tranquila. Bien poco cuesta tranquilizarme: ¡si soy tan feliz!

LEONOR. ¡Ah!

MARÍA. Adiós, señorita. *(Á Luis.)* Hasta luego, primo. *(Luis le hace ademán de despedida. María dirígese á la puerta del fondo, desde donde se vuelve para decir bajito á Leonor:)* No le aflija usted mucho, ¿no?

LEONOR. No. *(María vase corriendo por el fondo después de dirigir una mirada á su primo.)*

ESCENA VIII

LUIS y LEONOR

Momento de silencio. Luis, cabizbajo, parece esperar su sentencia. Leonor queda inmóvil en el mismo sitio en que la dejó María, dirigiendo á Luis una mirada fría, implacable. Después se dirige lentamente hacia la puerta lateral derecha, sin pronunciar una palabra, como si quisiese atravesar la sala. Viéndola dispuesta á irse, Luis abandona su actitud y se encamina hacia ella suplicante. Á sus primeras palabras, Leonor se detiene sin volver la cabeza y posa una de sus manos en el respaldo de una silla, siempre con el mismo aire de altiva impasibilidad, con la calma ficticia que precede á la tormenta.

LUIS. *(Suplicante.)* Leonor..., señora... ¡Ah! Creía que podría evadirme á esta úl-

tima prueba. Todo cuanto ha oído es verdad. No podíamos amarnos. Hay en el mundo leyes sociales y leyes de familia, un conjunto de cosas absurdas y legítimas que se llama deber y que se vuelcan todas sobre la cabeza del rebelde que osa sublevarse contra ellas.

LEONOR. *(Fríamente, con voz crepitante y rápida, hablando así como por encima del hombro.)* ¿Y se le ocurre todo eso ahora?

LUIS. *(Con calor.)* Merezco esa repulsa. Nunca debí echar en olvido que el menestral ni puede aspirar á la felicidad ni debe desearla. Las preocupaciones...

LEONOR. *(Con frialdad y algo de ironía.)* No me acordaba de las preocupaciones. Usted fué quien las mentó. ¡Ah!

LUIS. *(Como antes.)* Comprendo; pero se equivoca si cree que me he dejado arrastrar por mi orgullo de demócrata. Yo estaba resignado á todas las humillaciones, pero no pude soportar la idea de verla por causa mía humillada y afrentada.

LEONOR. *(Irónica.)* ¡Muy bien!

LUIS. Por Dios, señora, no me atormente usted con ese tono de glacial ironía. Tenga en cuenta el cadalso en que muero. Hace una hora que estoy en-

tregando el corazón á todos para que lo alanceen á su gusto, mientras yo debo conservar en mi rostro la sonrisa del mártir. Ahora podía tal vez desahogar un momento antes que el sacrificio se consumase...

LEONOR. *(Sacudida, interrumpiéndole y apartándose de él.)* ¿Qué sacrificio? No veo otro que la realización de un casamiento, contratado ha mucho, y que fué interrumpido únicamente por una distracción pasajèra.

LUIS. *(Con amargura.)* ¡Distracción!

LEONOR. *(Paseándose agitada y parándose á veces.)* Ó apuesta. ¿Fué con su novia con quien apostó? ¿Era el casamiento el premio? ¡Qué triunfo! Me ha tenido á sus pies. Y ahora se vuelve á mí y me dice: «¡Gané! Te desprecio...» ¡Es justo, perfectamente justo! No fué usted, fuí yo misma la que me deshonré. ¡Qué orgullo el mío, que bastan para deshacerlo dos lágrimas hipócritas! ¿Quién ha sido el confidente de su gloriosa empresa? ¿Á quién ha dicho usted: «¿Ves esa mujer, todo soberbia y altivez? Pues yo he de domarla, yo la haré descender de su pedestal, yo la arrancaré la confesión de un amor que la desdora; y cuando ella, olvidando su cuna, su jerarquía, las tradiciones de su

raza, todo lo sacrifique por mí, entonces la despreciaré, arrojando á su cara teñida de sonrojo la carcajada de los supremos desdenes»? Ha cumplido su palabra... Al obrar así, ha demostrado un profundo conocimiento del corazón humano. ¡Ah! ¡Qué bien adivinó que debajo de mi rango aristocrático no había más que una pobre mujer, más ingenua, más sentimental, más frágil tal vez que otras, porque tenía instintos de generosidad que habían de perderla, porque si su alma entusiasta rendía culto á la nobleza, también la devoraba la pasión del sacrificio.

LUIS. *(Siguiéndola suplicante, loco de dolor, con gemido ahogado.)* En nombre del cielo... máteme usted...

LEONOR. *(Revolviéndose airada, sarcástica, terrible.)* ¡Ah! Todo eso es ya inútil. Ganó la partida; ¿qué más quiere? *(Con energía.)* Pero... ¿ganó? ¡Quién sabe! Por lo menos falta el desquite. Es cierto que ha representado á maravilla el papel del amor y la desesperación. Pero ¿quién le ha dicho que yo no lo representaba también? ¿Que mientras usted se reía de mí yo me reía también de su credulidad? La hipocresía puede no ser únicamente el privilegio de la plebe. Pudie-

ra ser que nos engañáramos ambos.

LUIS. *(Tristemente.)* ¿Por qué me tortura usted de ese modo, torturándose á sí misma?

LEONOR. *(Exaltada, en el calor de su cólera y su desesperación, casi sin saber lo que dice.)* ¿Lo duda usted? Pues la verdad es esa. Yo jamás le amé, jamás, ¿me entiende usted? ¡Jamás! ¿Y aún me viene á participar su casamiento? ¿Qué me importa á mí? ¿Le conozco á usted por ventura? ¿Sé yo quién es usted, caballero?... ¿Que se va á casar? Sea enhorabuena. Todos los días se casan los villanos sin que esto asombre á nadie. ¿Le he dicho que yo le amaba? Es cierto...: quise un día divertirme á su costa. ¿Ya me juzgaba por eso rendida? ¡Vanidoso! Amor, compasión, cólera, todo eso ha sido una comedia... *(Dejándose caer en una silla deshecha en lágrimas y ocultando el rostro entre sus manos.)* Pero... ¡una comedia que me mata!

LUIS. *(Cayendo á sus pies de rodillas.)* ¡Lloras! ¡Oh, toda mi sangre por evitar una sola de tus lágrimas!

LEONOR. *(Levantándose impetuosamente.)* ¿Llorar yo? ¿Quién le ha dicho que lloro? *(No pudiendo reprimir su llanto.)* Lloro, sí; pero son lágrimas de rabia, de odio, de desprecio. Pues ¿qué

creía? ¿Aun me quería usted ver más humillada?... ¿Qué hace usted aquí? ¿Por qué se detiene? ¡Salga usted inmediatamente! *(Con ira cada vez más violenta.)* ¿No lo oye usted? Salga, si no quiere... *(Le indica la puerta con ademán de enérgica intimación.)*

LUIS. *(Con profundo desaliento.)* ¡Adiós, Leonor! *(Da un paso hacia la puerta del fondo.)*

LEONOR. *(Corriendo hacia él.)* ¿Eh, qué es eso? ¡Cuidadito! ¡Ah! ¡Qué pronto aprovechaba el consejo para esquivarse! *(Trayéndole al proscenio.)* ¡Qué! ¿Creía usted que no había más que llegar, insinuarse pérfidamente en el corazón de una mujer, perturbar su existencia entera, dominar su alma, arrancarle la confesión de que hay un hombre por quien está dispuesta á sacrificar su madre, su título, su consideración, todo, y que bastaba después decirle que el deber, el mundo, las preocupaciones... ¡qué se yo!, le imponían la obligación de desdeñarla, para poder seguir traquilamente su camino? ¡Oh, cuánto se equivoca!

LUIS. ¡Leonor!

LEONOR. *(Sin escucharle.)* ¿No hay más que eso? Ella que sufra en silencio; si el corazón, que no sabe calcular, se en-

tregó á ese sentimiento fatal con toda la energía de que es susceptible, que se resigne, que se consuele con la idea del deber, de las leyes sociales, precisamente cuando acababa de romperlas todas para dirigirse en un impulso de abnegación hacia aquel que de rodillas la llamaba...

LUIS. ¡Ah, calla, Leonor, calla, si no quieres que pierda la poca razón que me queda! *(Cogiéndole las manos en un ímpetu de pasión.)* ¿No ves que te amo más locamente que nunca? ¿No ves que una palabra tuya me arrojará de nuevo al abismo?

LEONOR. *(Delirante.)* ¿Y qué importa si me arrojo á él contigo? *(Posando en su hombro las manos cruzadas, con ternura infinita.)* ¿Me amas y aún vacilas? ¿Qué vale todo? Hay obstáculos que se oponen á nuestro amor, leyes inflexibles que no permiten nuestro enlace?... ¿Temes la lucha, las quejas de los tuyos, el desprecio de los míos? Tienes mi adoración, y eso te basta. ¡Oh, Luis, huyamos! ¡Huyamos ambos á esconder lejos de aquí nuestra felicidad!

LUIS. *(Ciñéndola con el brazo en el paroxismo de la exaltación.)* Tú lo quieres. ¿Qué me importa ya el castigo de mis remordimientos? Sea. Nadie te

arrancará ya de mis brazos. *(Hace un movimiento para suspenderla.)*

LEONOR. *(Procurando seguir el impulso de Luis, pero desfalleciendo al peso de sus emociones.)* Huyamos, sí. *(Pesando cada vez más en el hombro de Luis, que la sostiene, mirándola con terror.)* Ó muramos si no. ¿Quién sabe si la muerte...? *(Cada vez más desfallecida.)* Morir contigo... ¡qué suprema dicha¡ *(Exhalando un grito.)* ¡Oh, madre mía! *(Cae desmayada en brazos de Luis.)*

LUIS. *(Aturdido.)* ¡Dios mío! ¡Qué palidez!... ¡Socorro! ¡Socorro!

ESCENA IX

LOS MISMOS, D.ª TERESA; después, sucesivamente, PEDRO RODRIGO, DIEGO y DONCELLAS.

Doña Teresa entra precipitadamente por la puerta lateral derecha; síguenla luego las criadas; luego por diferentes puertas y con intervalos, Diego, Pedro y Rodrigo.

D.ª TERESA. *(Sobresaltada.)* ¿Qué es esto?

LUIS. *(Que colocó á Leonor en una silla, en la cual la reclina, ocultándola á los ojos del espectador. Á D.ª Teresa.)* ¡Sálvela usted, sálvela, señora!

D.ª TERESA. *(Levantándose como una leona delante de Luis.)* ¡Me mató la hija! *(Rodéanla las criadas. Pedro, que entró en este instante, azorado, se acerca también.*

D.ª Teresa se aproxima de nuevo á Leonor, con voz embargada por los sollozos.) ¡Leonor! ¡Leonor!

PEDRO. *(Apartándose y tomando tranquilamente un polvo.)* ¿Á qué vienen tantos aspavientos? No es más que un desmayo. *(Á Diego, que entra por el fondo.)* Diego, vaya usted á llamar al doctor. *(Diego vase. Rodrigo entra en este momento, sofocado, y se dirige á Pedro para preguntarle qué sucede. Ambos hablan en voz baja, formando un grupo separado del grupo principal á la derecha, próximo al proscenio.)*

LUIS. *(Que trata en vano de acercarse á Leonor, rodeada de las criadas y de doña Teresa, que intentan reanimarla, ocultándola al público. Suplicante, á doña Teresa.)* ¿Pero no está muerta, verdad?

D.ª TERESA. *(Con severidad, irguiéndose.)* Si no lo está no es porque usted haya dejado de poner los medios para ello. ¿Qué hacía usted aquí? ¿No sabe que no es éste su sitio? ¡Hágame el favor de salir!

LUIS. *(Con las manos en cruz.)* Lo haré, señora; pero cálmeme usted antes con una palabra sola...

D.ª TERESA. *(Severa.)* ¿Con qué derecho se interesa usted por mi hija? ¿No tiene ella

junto á sí á su madre y sus parientes? No necesita de gentes extrañas. Salga usted; no haga que me arrepienta de la benevolencia con que le he tratado. *(Indícale la puerta con un gesto y vuelve á ocuparse de su hija. Luis retrocede con desesperación.)*

RODRIGO. *(Á Pedro en voz bastante alta á fin de que Luis le oiga.)* ¿De suerte que por aquí la canalla acostumbra desobedecer las órdenes que se le dan?

LUIS. *(Volviéndose rápidamente, furioso.)* ¿Quién habló aquí de canalla?

RODRIGO. *(Yendo á su encuentro.)* Yo. *(Toda esta escena pasa exclusivamente entre Luis, Rodrigo y Pedro. Los demás personajes, ocupados de Leonor, no prestan atención alguna á lo que se habla en primer término.)*

LUIS. *(Con júbilo feroz.)* Era ya tiempo de que hallase un hombre enfrente de mí. *(Á Rodrigo.)* Si en efecto merece usted ese nombre, si acostumbra aceptar la responsabilidad de las palabras que profiere, y si la espada que ciñe sirve para algo más que para brillar en los salones, dígame usted dónde podremos vernos.

RODRIGO. *(Fría y desdeñosamente.)* No acostumbro á batirme con los parientes de mis lacayos.

LUIS. *(Avanzando hacia él amenazador.)* Ya

esperaba esa excusa de la cobardía; ya esperaba que había usted de esconderse detrás de sus antepasados, que se avergonzarían, si viviesen, de descendientes semejantes.

RODRIGO. *(Con ironía.)* ¡Bien! Si cuenta en su familia una sola persona noble, esa me bastará para aceptar el reto.

LUIS. *(Aproximándose cada vez más á Rodrigo.)* Ninguna cuento; pero los villanos como yo acostumbran sellar así sus pergaminos. *(Dirígese violento á Rodrigo para darle una bofetada.)*

RODRIGO. *(Retirando la mano de Luis que iba hacia su rostro.)* ¡Basta!... Eso es contra la etiqueta. *(Alargándole la mano.)* Estoy á sus órdenes.

LUIS. *(Respirando alto y como si consiguiera todo lo que ambicionaba.)* ¡Por fin!

TELÓN

ACTO CUARTO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

LEONARDO y FR. IGNACIO

Al levantarse el telón se oyen ladridos de perros, el rodar de una calesa que parte y el ruido de cascabeles y colleras. Leonardo, que está sentado junto á la mesa de la derecha con la cabeza reclinada sobre la mano, hace un movimiento de impaciencia y disgusto. Fray Ignacio, que está á la ventana del fondo, agita hacia fuera un pañuelo de hierbas, como despidiendo á los que se marchan.

LEONARDO. ¡Ese ruido..., ese ruido! Bien podían... ¡Qué poca caridad hay en este mundo!

FR. IGNAC. ¡Buen viaje, buen viaje, capitán! ¡Adiós, Rodrigo! No tardaremos en vernos por allá... Ha sido una temporada deliciosa... Seguramente no nos divertiremos tanto por Madrid... Quince ó veinte días. Ya se realizó toda la cobranza... ¡Que no haya novedad! *(Á Leonardo.)* Es verdaderamente una lástima que tengan que salir tan pron-

to; pero, ya se ve, la Corte ha regresado de Barcelona, y el deber de los palaciegos...

LEONARDO. Aunque aquí no hubieran venido nunca, poco se perdía.

FR. IGNAC. Distingo... Según como se mire; pues si por un lado no puede negarse que la presencia en estos sitios del señor don Pedro y su hijo ha producido algún ligero trastorno en esta casa, bien miradas las cosas, ¿quién sabe si de este mismo trastorno resultará algo favorable á la mayor honra y gloria de Dios y de su santa Iglesia?

LEONARDO. *(Extrañado.)* No comprendo...

FR. IGNAC. *(Tomando asiento enfrente de Leonardo.)* Ya sabe usted cuánto nos interesamos todos por ese desgraciado joven. Mi presencia aquí á estas horas bien claramente lo revela.

LEONARDO. Estoy muy reconocido á la señora Condesa...

FR. IGNAC. *(Interrumpiéndole.)* Es grande su interés, en verdad; pero no es menor, porque es más santo, el mío... Ahora bien: supóngase usted que necesaria, como es, mi intervención aquí en estas circunstancias, lograré, como espero, la retractación, abjuración y condenación completa de los errores que su sobrino profesa..., ¿á quién sino á la corta estancia de don Pedro

en esta aldea deberíamos tan satisfactorio resultado?

LEONARDO. ¿Qué errores?

FR. IGNAC. ¿Pues no sabe usted que Luis es un hereje, un impío? ¿No sabe usted que está en pecado mortal?...

LEONARDO. *(Levantándose asustado.)* ¡Jesús! No sabía nada, fray Ignacio; no sabía nada... Aunque le tengo en casa, debo confesar que lo que es mi hija...

FR. IGNAC. No se trata de eso, Leonardo. Harto sé yo que su hija de usted es virtuosa, y...

LEONARDO. Entonces...

FR. IGNAC. Pues ¿no sabe usted que Luis es... *(Con voz cavernosa.)* republicano?

LEONARDO. *(Tranquilo.)* ¡Ah!

FR. IGNAC. ¿Cómo?... ¡ah! *(Remedando á Leonardo.)* ¿Cuánto apostamos á que ha llegado á corromperle á usted con las perniciosas ideas que ha traído de Francia? La mala manzana...

LEONARDO. Las hay peores, padre Ignacio; pero mucho peores. Sean las que fueren las ideas de Luis, él todavía no introdujo la discordia en ninguna familia, ni... *(Con intención.)* ni ha asesinado á nadie, como algunos que se juzgan santos.

FR. IGNAC. Mal camino elige usted para justificarle. No hay justificación posible para el que á todas horas se deshace

en elogios de los enemigos del trono y del altar, que cometen á mansalva, como los revolucionarios franceses, todo género de abominaciones.

LEONARDO. Yo no sé lo que esos revolucionarios hacen por allá. Dicen que cortan cabezas... Pues yo, sin ser revolucionario, le aseguro á usted que también hoy las cortaría... ¿Le parece á usted decente?... *(Saca un pañuelo y se limpia los ojos.)* ¡Si esto es una picardía, señor! ¡No parece sino que por ser uno pobre...!

FR. IGNAC. La pobreza es una gran desgracia, ciertamente; pero esta desgracia es mayor aún cuando, sobre ser uno pobre es impío. Su sobrino de usted reune ambas desdichas, y el sagrado ministerio que ejerzo impóneme el deber de aliviarle, cuando menos, del peso de una de ellas. Esto, siempre que él no se obstinare en vivir en pecado, porque en este caso la Iglesia lo lanzaría de su seno como contumaz, y alcanzaría la excomunión no sólo á él, sino á sus deudos hasta la cuarta ó quinta generación.

LEONARDO. ¿Será posible?

FR. IGNAC. Es lo que tienen las maldiciones de la Iglesia... Datan y Aviron, esas dos potencias infernales, rebeldes y sublevados un día contra Dios, pero dóci-

les al llamamiento de sus ministros en la tierra, persiguen al impío en la luz que lo alumbra, en el aire que respira, en el pan que come, en el agua que bebe, en la prole que engendra, en todo, en fin, porque siendo todo obra de Dios, el que peca contra Dios peca contra su obra.

LEONARDO. Malas noticias tenía yo de las excomuniones, pero nunca podía suponer que llegaran á tanto sus efectos, sobre todo desde que empleadas por los cobradores de diezmos contra los pagadores morosos, no han bastado á lograr que éstos pagasen ni contribuído á mejorar las cosechas. Más de trescientos rescriptos de esa índole, que ya le habrán costado buen dinero, ha repartido de un año acá la señora Condesa por estas parroquias, conminando al pago de atrasos á los colonos; ¿y sabe usted lo que ha conseguido? Pues que casi todos se resistan á pagarme las rentas de este año y de los anteriores, fundándose en el estado de los campos. Desengáñese usted: cuando se declaran insolventes, es inútil hacer de Datan y Aviron dos comisionados de apremio.

FR. IGNAC. Le veo á usted influído por las malas doctrinas, señor Leonardo, y lo sien-

to. ¡Dudar de la eficacia de las condenaciones de la Iglesia! Si usted leyese un libro del cardenal Belarmino, que le recomiendo, vería los terribles efectos de la excomunión mayor, *ipso facta incurrenda.* Cuenta el cardenal que habiendo faltado un anillo precioso al abad de un convento de monjes cistercienses, ordenó á toda la Comunidad que lo buscase, y como nadie pudiese encontrarle, fulminó excomunión sobre cuantos vivían en el monasterio. Entre éstos hallábase una urraca, la cual, llevada de la manía que estas aves tienen á esconderlo todo, había robado y escondido el anillo. El ave comenzó á enflaquecer; caíasele la pluma, visiblemente se iba muriendo poco á poco, de tal suerte que todos le tenían lástima. Hablando entonces de lo raro é inexplicable de aquel caso, ocurriósele á un monje la idea de si sería el ladrón el pájaro doméstico. Riéronse muchos de la ocurrencia; pero el abad, discreto, preocupado de la cosa, mandó vigilar á la urraca, y sorprendida ésta en un rincón del convento, pudieron allí encontrar la alhaja, oculta con otras varias, producto de su rapiña.

LEONARDO. ¿De la rapiña de quién?

FR. IGNAC. Del pájaro.

LEONARDO. ¡No estará mal pájaro el fraile que le ha denunciado!

FR. IGNAC. Hay otros casos todavía más sorprendentes, pero basta el citado para demostrar á cuánto se expone su sobrino si no se aviene á una total retractación de sus errores.

LEONARDO. Se expone á secarse, cosa grave siempre que no se trate del retrato de María, que aun está fresco, y de mi capa, empapada en agua. Evitemos esta desgracia. Pero se me ocurre una duda.

FR. IGNAC. ¿Cuál?

LEONARDO. ¿Puede esa retractación, abjuración ó como quiera que se llame, contribuir en algo á mejorar el estado de mi sobrino?

FR. IGNAC. ¡Oh, desde luego! La reconciliación con Dios trae aparejada siempre como primera consecuencia, una gran tranquilidad de espíritu, la salud del alma.

LEONARDO. Algo es eso, pero mientras no pueda contribuir á devolverle la salud del cuerpo...

FR. IGNAC. Abreviemos, porque los momentos urgen, y precisa atender á lo que es antes que todo. ¿Puedo pasar ya? *(Señalando al cuarto del enfermo, que está á la izquierda.)*

LEONARDO. *(Después de reflexionar.)* ¡No, señor!

¡De ninguna manera! Su proposición de usted podría impresionarle... y...

FR. IGNAC. *(Con intención.)* ¡Ya, ya! *(Aparte.)* Éste obedece á la consigna de Satanás. *(Á Leonardo.)* Volveré más tarde. *(Aparte.)* Voltaire era Voltaire, y, sin embargo, según declaración del padre Bonet, parece que ha muerto como un santo. *(Vase por el fondo.)*

ESCENA II

LEONARDO, solo.

LEONARDO. ¿Pues no quería...? ¡Vamos! No tendría yo perdón de Dios si le fuese con semejante embajada. ¡Bribones! ¡Hatajo de bribones! Estoy por coger la administración y... Se puede pagar por no servir á esta gente. *(Pausa, transición.)* ¡Buena gana! El tonto sería yo, después de la jugada que me hizo ese pícaro. Y, sin embargo... *(Vuelve á enjugarse los ojos con el pañuelo.)* ¡No puedo remediarlo!... ¡Pobrecillo! ¡Pobrecillo!

ESCENA III

LEONARDO y DON JOSÉ

Don José sale de la habitación del enfermo y va á atravesar la escena para marcharse. Leonardo, al verle, se dirige á su encuentro con inquietud.

LEONARDO. *(En voz baja.)* ¿Qué tal? ¿Hay esperanzas.

JOSÉ. Todo es posible, Leonardo. El médico parece que recela; pero, en fin, como él mismo dice, *Deus super omnia*, esto es, Dios sufre insomnios.

LEONARDO. ¡Ah! ¿El médico teme?

JOSÉ. ¡Ya se ve! El caso es muy grave. La herida tiene tres pulgadas y media... ¡Pero, en fin, la juventud, la juventud! Es una gran cosa ser joven, amigo Leonardo.

LEONARDO. *(Impaciente.)* ¡Gran cosa, gran cosa! Mejor estamos los viejos, que al menos tenemos la cabeza en su sitio. ¿Cómo lo deja?

JOSÉ. Durmiendo. Eso le hará bien. Una hora de sueño vale más que veinte medicinas. El doctor recomienda inmovilidad completa y mucho silencio. El menor movimiento, el ruido más ligero puede serle fatal.

LEONARDO. *(Cruzando las manos.)* ¡Lo que me es-

taba guardado... á mi edad! ¡Y luego ir á batirse con un noble!

JOSÉ. ¡Fué atrevimiento, fué!

LEONARDO. *(Conmovido.)* ¿Si ha sido atrevimiento?... ¡Si no supo nunca coger una espada! ¡Válgame Dios! *(Viendo á María que se aproxima, después de haber salido del cuarto del enfermo y haber dado algunas vueltas por la escena en las puntas de los pies, arreglando los muebles, preparando botellas, etc.)* Hasta luego, señor don José.

JOSÉ. Hasta luego, Leonardo. Voy á comer; no tardaré. De paso prepararé esta receta. *(Leonardo manifiesta deseos de enterarse del contenido.)* Está en latín. *(Con énfasis cómico.)* Esto se queda acá para nosotros. *(Desde la puerta.)* Si me necesitasen, no tiene usted más que mandarme llamar.

LEONARDO. *(Estrechándole la mano.)* Muchas gracias, señor boticario. *(Don José vase por el fondo.)*

ESCENA IV

LEONARDO y MARÍA

LEONARDO. *(Viendo á María aproximarse al cuarto de Luis y cerrar las vidrieras.)* Y tú siempre cuidadosa, siempre ve-

lando por ese ingrato... No te merece, pequeña; no te merece.

MARÍA. *(Queriendo hacerle callar.)* Padre...

LEONARDO. *(Exaltándose.)* He de decirlo, he de decirlo muy alto... ¡Ah! Cuando lo trajeron á casa en brazos, cuando nos dijeron que lo había herido el primo de la señorita, y tú adivinaste que era por ella por quien se había batido, al verte palidecer de pronto pensé que te morías. Has tenido fuerzas para resistir, para sacrificarte, porque el sacrificio es de tu gusto, y nunca piensas en ti. Sin exhalar una queja, te sentaste á su cabecera y no le desamparaste un momento... ¿Y cómo te paga él? Llamando á Leonor en su delirio y no haciendo caso de ti en sus intervalos de razón.

MARÍA. *(Procurando calmarle.)* ¡Oh, por Dios, cállese usted!

LEONARDO. *(Sin atenderla.)* ¿Y qué tiene la señorita para fascinarle así? ¿Por qué te rechaza ese loco? ¿No eres hermosa, no eres trabajadora, no eres buena?

MARÍA. ¡Silencio, por la Virgen Santísima!...

LEONARDO. *(En voz alta, irritado.)* ¡Callarme! ¿Por qué? ¡No quiero! He de decir á boca llena que es un ingrato.

MARÍA. *(Retorciéndose los brazos con desesperación.)* ¿Pero no ve usted que le va á despertar?...

LEONARDO. *(Mirándola con asombro y admiración, llenos los ojos de lágrimas.)* ¡Vaya, mujer, vaya!... ¡Eres más borrica... que una santa! *(Se limpia los ojos con el dorso de la mano.)* ¡Me voy de aquí, porque si no reviento! *(Vase sollozando por la derecha.)*

ESCENA V

MARÍA sola.

MARÍA. *(Sigue un momento con la mirada á Leonardo; después suspira, y dice tristemente:)* ¡Santa!... ¡No lo soy! ¡Si lo fuese no sufriría tanto! *(Mirando para el cuarto de Luis.)* ¡Pero él es un ingrato, sí, que me destrozó el corazón y pasó indiferente en busca de otros amores sin volver á pensar en la que dejaba! *(Después de un momento de reflexión.)* ¡Un ingrato! ¿Y soy yo quien le acuso? ¿Yo, que fuí el obstáculo que se alzó entre Luis y la felicidad con que soñara? ¡Si yo no existiera, no tendría todo esto un fin tan triste! ¡También... no sé para que vine á este mundo! *(Pensativa.)* ¡La señorita! ¡Y yo que nunca pensé en tener celos de ella! ¡Nunca! ¡Parecíame tan imposible como tener celos de la reina! ¡Pobre Luis! Él no tiene

la culpa. No se pueden dictar leyes al corazón. Bien lo sé yo, que procuro dominar el mío y siempre se me subleva y me vence... ¡Ya me está ahogando! ¡Ah! ¡Qué desgraciada soy! *(Oculta el rostro bañado en lágrimas.)*

ESCENA VI

MARÍA y LEONOR

MARÍA. *(Vuélvese al sentir abrir la puerta del fondo y ver á Leonor, que retrocede espantada y llena de terror.)* ¡La señorita aquí!

LEONOR. *(Viene pálida, con las facciones demudadas, vistiendo de negro, pero sencillamente y con algún desorden, como quien salió de prisa.)* ¿Dónde está?... ¡Dime dónde está! Quiero verle.

MARÍA. *(Trémula, colocándose instintivamente delante de la puerta de Luis.)* ¿Verle? ¿Á quién, señorita?

LEONOR. ¡Á él! ¡Á él! Está allí... Déjame pasar... ¿Se ha batido? ¡Por culpa mía! ¡Oh, no lo niegues!... ¡Lo he visto todo!... Me creían dormida... y salí... ¿Cómo he salido? ¡Ni lo sé!... El viento traía á mis oídos choque de aceros..., palabras de ira. Yo corría..., corría desolada por esos caminos, pensando á cada paso hallarlo lívido, ensangren-

tado, muerto. *(Con un grito.)* ¡Oh, dime que vive, dime que no ha muerto!

MARÍA. No, señorita, no ha muerto.

LEONOR. ¡Oh, si supieses tú cómo le amo! Ya ves que no debes hacerme esperar más tiempo... Déjame pasar. ¿No te he dicho que le amo?...

MARÍA. *(Colocándose resueltamente delante de la puerta y alzándose con cierta energía.)* ¡Ah! ¡Cuidado que es mucho!... También yo, señorita, también yo le amo.

LEONOR. *(Acercándose á ella, cogiendo sus manos y mirándola frente á frente.)* ¡Tú! *(Abandonando sus manos rápidamente, con una inflexión desdeñosa y amarga.)* Niña, ¿sabes lo que es esto? ¿Sabes lo que es amor? ¡Lago que la brisa agita y que se cree océano! *(Cogiendo de nuevo sus manos.)* ¿Amas? Déjame ver tus ojos. ¿Acaso los abrasa la fiebre? ¿Amas? Déjame ver tu rostro. ¿Tiene la palidez del cadáver? ¿Sabes lo que son los largos insomnios, las noches sin reposo, los días sin distracción? ¿Sabes lo que es olvidar una mujer orgullo, familia, creencias, tradiciones, para entregarse toda, toda, toda, al pensamiento que la persigue; para no seguir más rumbo que el que le marca esa

estrella fatal? *(Pasándole la mano por la frente.)* Tienes una frente tranquila, una faz serena... Dime, ¿por dónde pasó la tempestad? *(Con dulce tristeza.)* ¡Mírame, mírame bien! ¿No me conoces? Soy la Condesa heredera de Sobrado..., y... ¿qué quieres?... Amé..., fué mi destino. *(Apartándola con ambas manos, mientras vuelve el rostro hacia otro lado.)* ¡Oh, no ames nunca, niña!... Déjame pasar..., quiero verle...

MARÍA. *(Desviándose con el rostro bañado en lágrimas, como quien cede á una influencia superior, y extendiendo hacia Leonor los brazos suplicantes.)* ¡Mire usted que lo va á matar!

LEONOR. *(Volviendo la cabeza.)* ¿Qué importa? ¿Crees tú que no muero yo también?

ESCENA VII

LOS MISMOS; LUIS

LUIS. *(Apareciendo á la puerta de su habitación pálido y vacilante, hablando con mucho trabajo y apoyándose en el umbral.)* Oí su voz... ¿Dónde está?... ¿Dónde está?

MARÍA. *(Exhalando un grito penetrante al ver á Luis.)* ¡Oh! ¡Que vais á morir!

LEONOR. *(Corriendo á Luis, impetuosamente.)*

¡Morir! ¿Quién piensa en morir? ¡Luis, soy yo! ¿No me ves, no me oyes? Es mi voz que te llama. ¡Ah! ¡Qué pálido estás! ¡Ingrato, me huías aún! No quiero que mueras, ¿entiendes? No quiero al menos que mueras sin mí.

LUIS. *(Con una expresión de inmensa alegría.)* ¡Aquí tú, Leonor! ¡Ah! Dios es bueno, puesto que me envía un rayo de sol para dorar mi última hora... *(Á María.)* ¡María, mi querida hermana, perdóname! *(Á Leonor.)* ¡Qué larga sombra proyecté, ¡oh ángel mío!, en tu existencia luminosa. Ahora que voy á desaparecer en el seno piadoso de la tierra, quiera el cielo que vuelva para ti la serenidad y la luz que te he robado.

LEONOR. ¡Oh! ¿Por qué me hablas así? ¡Ah! ¿Será verdad, Luis, que he de perderte para siempre? ¡Luis! ¡Luis mío!... ¡No, aún no!... ¡Aún es temprano! ¡Cómo! ¿Quién podría romper tan pronto el lazo que unió nuestras existencias? ¿Cómo viviría yo sin ti? Te buscaría en todas partes, te llamaría desde el mismo fondo del monasterio; y aun en la tumba no tendría paz si me faltaba el calor de tu mirada.

LUIS. ¿Qué hice yo, Leonor, para que me ames así? Mas al pensar en la dicha

que abandono, siento nostalgias de la vida...

LEONOR. *(Cogiéndole las manos con transporte.)* No, no vuelvas á pronunciar ese odioso nombre... ¡Morir! ¡Dime que me engañas, que todo esto es un sueño, que no caben en la realidad estas crueldades trágicas, que aún te sonríe, sí, que aún te sonríe la existencia! *(Viéndole vacilar, palideciendo.)* ¡Ah, padeces... sí, sufres, sufres mucho! *(Exhalando un grito.)* ¡Luis!

MARÍA. *(Que lloraba en silencio y apartada.)* ¡Ay! Ampárale, que se muere. *(Luis consiguió acercarse á una silla en que se deja caer sentado.)*

LUIS. *(Con voz desfallecida.)* No es nada... Ya pasó... Aire, ¡oh, un poco de aire! *(María corre á abrir la ventana.)*

MARÍA. *(Volviendo á Luis.)* Llamaré al médico, ¿sí, Luis? *(Luis le hace una señal afirmativa. María vase por la derecha.)*

ESCENA VIII

LUIS y LEONOR

LEONOR. *(Suplicante, arrodillada junto á Luis y cogiéndole la mano.)* Pero aún tienes una esperanza... ¿verdad, Luis?

LUIS. *(Inclinándose hacia ella.)* ¿Qué mejor esperanza que la felicidad que siento

en este instante? Cuando escuché tu voz, me dije: ¿Es Dios quien me la envía para morir junto á ella como el perro leal al pie del dueño? *(Viéndola llorar con el rostro oculto entre las manos.)* ¿Lloras, Leonor? ¡Oh, lágrimas benditas! Fué ese santo rocío el que vine á buscar aquí. ¡Ah! Si no volviésemos á vernos ni en la tierra ni en el cielo... ¡Qué pensamiento horrible! *(Cogiéndole las manos.)* Leonor, dame tus creencias si no quieres que muera desesperado y blasfemo.

LEONOR. No creés, es verdad; pero ese instinto sublime que se llama deber, al que sacrificaste la vida, ¿qué es sino el presentimiento del cielo? ¿No rechaza tu alma la idea de la separación completa? ¿Qué es, de dónde viene esa voz ignota que dice al oído de las madres que pierden sus hijos: «Madres, el cielo es el nido de las almas que huyen de la tierra»? ¿Qué es, de dónde viene esa luz suavísima y dulce, ¡oh, Dios mío!, que comienza á iluminar tu frente? *(No puede continuar, el llanto la sofoca y oculta el rostro sobre las manos.)*

ESCENA IX

LOS MISMOS, MARÍA y LEONARDO

MARÍA. No tardará el médico. *(Viendo la rápida mudanza de las facciones de Luis.)* ¡Dios mío! *(Corriendo á Luis.)*

LEONARDO. *(Corriendo también hacia Luis.)* ¿Qué es eso, Luis; qué es eso?

LUIS. *(Hablando con trabajo y mirando á María con expresión de reconocimiento.)* ¡Tu ausencia... ya sé! ¡Qué buena eres! *(Estrecha la mano de Leonardo sin poder hablar. Haciendo un esfuerzo y dirigiéndose á María.)* ¡Pobre ángel! ¡Ora por mí! *(Á Leonor.)* Leonor, el mundo y sus falsas leyes nos han separado... Nos uniremos... allá... Pero presiento que se acerca el tiempo... en que las almas hermanas se podrán enlazar en la tierra á la luz de la aurora que asoma y que se llama democracia... ¡Ah! *(Deja caer la cabeza. María, llorando, se arrodilla al otro lado de Luis. Leonardo vuelve el rostro para ocultar sus lágrimas.)*

LEONOR. *(Que tiene las manos de Luis sobre las suyas, loca.)* ¡Luis!... ¡Luis!... ¿No me oyes?... *(Le pone la mano sobre el co-*

razón, y echándose hacia atrás con un grito de desesperación suprema.)
¡Muerto! ¡Muerto! ¡Dios mío!

TELÓN

FIN

NOTAS

La admirable traducción y el magistral arreglo que Curros Enríquez hizo de *A morgadinha de Valflor*, drama en cinco actos, del insigne literato y dramaturgo Manuel Pinheiro Chagas, merece en verdad algo más que un comentario.

Por creer de bonísima fe que los admiradores del gran poeta gallego han de leer con gusto cuanto sabemos y conocemos acerca de este trabajo, no vacilamos en escribir una extensa nota acerca de *La Condesita*.

Con Almeida Garret compartió Pinheiro Chagas el cetro de la dramática lusitana, y ambos enriquecieron y abrillantaron la escena portuguesa durante el siglo XIX con sus admirables producciones, dignas de ser parangonadas con las más célebres de nuestros dramaturgos contemporáneos.

Almeida Garret cultivó la tragedia romántica y el drama caballeresco con sin par maestría, y en cuantas obras dió á la escena obtuvo clamorosos éxitos. De toda la labor del Shakespeare portugués, sólo un drama fué trasplantado á la escena española por aquel malogrado bohemio y altísimo poeta, muerto en plena juventud, que en vida se llamó Manuel Paso.

Si nuestra memoria no es infiel, durante la temporada de 1892 á 93 estrenóse en nuestro Teatro Español por la compañía dramática que á la sazón dirigía el inmortal Antonio Vico, un drama nominado *Después del combate*.

Ignoramos el título que en la lengua de Camoëns tuviera el drama en cuestión. La traducción hecha por Paso llevaba el mencionado en anteriores líneas, y obtuvo, si no un éxito de taquilla, un verdadero *suceso de literatura*. La prensa de aquellos días, con muy raras excepciones, colmó de calurosos elogios al traductor, que nos hacía conocer de felicísima manera una de las muchas joyas con que enriqueció Almeida Garret el teatro lusitano.

Por aquel entonces Curros Enríquez, uno de los contados literatos españoles que conocían á fondo todas las manifestaciones literarias de la vecina nación, propúsose llevar á nuestra escena otra de las joyas dramáticas del reino hermano, y comenzó la labor de traducir y arreglar *A Morgadinha de Valflor*, que el año 1869 obtuvo en Portugal uno de los éxitos más formidables. En *A Morgadinha* hicieron una creación maravillosa de los papeles de Leonor y María las insignes actrices Emilia Adelaide y Rosa Damasceno, tan eminentes como nuestras inmortales Teodora Lamadrid y Matilde Díez. La parte de Luis tuvo un intérprete felicísimo en el gran actor Tasso, astro de primera magnitud, por aquel entonces, en la escena del vecino reino.

¡Lástima grande que por causas ajenas á la voluntad de Curros Enríquez no haya podido ser representada en los teatros de España *La Condesita*, cuyas innumerables bellezas saborearán los lectores de este volumen!

Al terminar Curros Enríquez su hermosa labor acaeció en el Teatro Español una lamentable crisis artística, y el manuscrito de *La Condesita* fué presentado á la Dirección del Teatro de la Princesa, en que actuaban entonces valiosos elementos bajo la perita dirección de la insigne María Tubau y su esposo, Ceferino Palencia. El ilustre autor de *Cariños que matan* quedó encantado del trabajo de su gran amigo Curros. «¡Maravillosa

labor es la que usted ha hecho! —dijo Palencia—. Pero puedo asegurarle que no me atrevo á poner en escena *La Condesita!...*»

Nuestros lectores adivinarán seguramente el *quid* que, á juicio del autor de *Nieves,* existía para no representar el hermoso drama. Quizás influyeran en el ánimo de Ceferino Palencia poderosas razones.

Nosotros podemos afirmar que, excepción hecha de la labor de María Tubau y Sánchez de León, la interpretación de *La Condesita* —de haber sido representada— hubiera dejado mucho, pero mucho que desear.

Por todo cuanto expresado queda, y desanimado Curros Enríquez ante las dificultades que se oponían á la realización de su deseo, desistió de continuar en sus gestiones, y el manuscrito de *La Condesita* quedó encerrado en uno de los cajones de la mesa de despacho del poeta.

Hoy, al coleccionar todo lo más importante de la labor del vate fenecido, juzgamos labor de conciencia literaria incluir entre sus producciones mejores y más famosas *La Condesita,* por conceptuarla de las más brillantes muestras de su talento, por todos reconocido y admirado.

El original portugués de Pinheiro Chagas, *A Morgadinha de Valflor* — que conservamos —, consta de cinco actos, y la acción de la obra tiene lugar en Beira, á fines del siglo XVIII.

Curros Enríquez redujo á cuatro actos el arreglo, introduciendo en la traducción notables modificaciones y trasladando la acción del drama á Galicia.

Si bellezas dignas del mayor aplauso contiene *A Morgadinha de Valflor,* justo es reconocer que aquellas bellezas han sido realzadas al pasar de la dulce y acariciadora lengua de Alejandro Herculano al rotundo y hermoso idioma de Cervantes Saavedra.

Por estimarlo de gran interés en la *nota* que escribimos acerca de *La Condesita,* copiamos á continuación algunos fragmentos del prólogo que Curros Enríquez escribió al frente de una traducción hecha por el gran poeta, de varios poemas pertugueses de los mejores vates contemporáneos, entre los que figuran Guerra Junqueiro, Anteiro de Quental y Teófilo Braga (1).

Oigamos á Curros:

«La literatura portuguesa alcanza tan extraordinario y floreciente desarrollo en nuestros días, que su preterición á otras, con más ó menos fortuna divulgadas, no se explicaría ciertamente en nuestro país sin inferir á la nación hermana una gravísima ofensa.

»Apenas se comprende cómo siendo España y Portugal de un mismo origen; siendo tal la identidad de sus razas; teniendo ambos casi una misma lengua y una misma historia; uniéndolas unos mismos recuerdos del pasado y unas mismas esperanzas para lo porvenir; ligadas en lo moral por los mismos lazos, y en lo físico por los mismos continentes, no han logrado todavía fundir en una sus literaturas, viviendo, por el contrario, los dos pueblos gemelos identificados en todo menos en la santa comunión del pensamiento.

»Convengamos, sin embargo, en que no es á Portugal á quien más debe reprocharse esa infecunda obstinación en un absurdo individualismo literario. Con tan buenos historiadores, con tan buenos novelistas, con tan buenos poetas como nosotros, la patria de Hercula-

---

(1) Esta traducción, que bajo el epígrafe de *La lira lusitana* se publicó como folletín en el periódico republicano de Madrid *El Porvenir,* de cuya Redacción formó parte Curros Enríquez, ha de formar, con otros trabajos, el cuarto tomo de las obras completas del llorado poeta gallego.—(*Nota del recopilador.*)

no, de Almeida Garret y de Eça de Queiroz, traduce á nuestros poetas, á nuestros novelistas y á nuestros historiadores; acude á nuestros teatros á escuchar las creaciones de nuestros dramaturgos y lee arrebatado de entusiasmo, de ese entusiasmo que nosotros, hombres serios, no sentimos ya por nada ni por nadie, la prodigiosa palabra de nuestros incomparables oradores.

»Si responde ó no España á la honra que así se le dispensa, no hay para qué decirlo: España no se toma el trabajo de traducir del portugués; si acaso, plagia; lo cual no es obstáculo para que, cuando á veces la hiere el recuerdo de sus pasadas grandezas y medita el papel importantísimo que aun podría desempeñar en el concierto de las naciones de Europa, á serle dado presentarse en él cogida del brazo de Portugal, exclame con la copa de *champagne* en la mano y haciendo alarde de esa prodigiosa originalidad que la distingue:

Le monde, en s'eclairant s'élève à l'unité;
je suis concitoyen de tout homme qui pense.»

Y no va más.

***

De intento dejamos para que ocupe el último lugar de estas notas un comentario acerca de la epístola que, escrita por la señora viuda de Menoz, figura en la colección de crónicas enviadas á *El Imparcial* por Curros Enríquez durante la última campaña carlista, y que se publicaron en el periódico expresado con el epígrafe de *Cartas del Norte,* que hoy reproducimos en este volumen.

Esa carta, cifra y compendio del influjo que sobre *nuestras mujeres* ejerce el *cura,* viene á ser de actualidad palpitante en el momento histórico presente. Esa

edificante carta, con su pedestre redacción y su ortografía *sui generis,* es un dato precioso para los que aun se empeñan en negar el malsano influjo que el clero ejerce en el sexo femenino, prevaliéndose de su sentimentalismo y, ¿por qué no decirlo claramente?, de su ignorancia.

POESÍAS ESCOGIDAS

EN GALLEGO Y CASTELLANO

MUIÑEIRA MONORRÍTMICA

(IMITACIÓN D'O POETA D. JOSÉ ZORRILLA)

Desperta, empresa
D'o Noroeste;
Desperta apresa,
D'os pobos peste.
Caloteira inconfesa,
Se erguer non queste,
D'o que *gardas* n-a artesa
Nada che preste.

Se pra Xaneiro d'iste ano entrante
Cumprir non sabes tanta promesa,
¡Que mala loba che me non xante
Se â nosa conta (Dios por didiante)
De cara â Cruña non ires presa!

Solta o diñeiro que acaparaches,
Ou rinde conta cabal y espresa:
Acaba as obras que comenzaches,
Irgue esas pontes, cega ises baches,
Ou, con cen diaños, desfaite e cesa.

Fomentadora d'os carros matos,
E d'as tartanas e d'a calesa,
Niño de zorros, lobos e gatos,
Paga os calotes, tapa os buratos
Que tés, e sáite d'a inercia esa.

Desperta, ladroeira, e abre ises ollos:
Mira a probe Galicia chea de piollos;
Deixa ise sono axiña, gata montesa,
Ou ¡que mala morriña che deixe tesa!
Quítanos co-a via férrea d'istes atollos;
D'os tesouros roubados abre os cerrollos.

Desperta, empresa
D'o Noroeste,
Sai do teu sono apresa,
Sai, mala peste!

Se fin âs obras non pôs con xeito,
N'hay quen non venda monte e devesa
Tan solasmentes por porche preito;
Pr'a pedir contas temos direito;
Desperta é ríndias; desperta, empresa.

Non te desculpes en teu proveito;
Cumpr'o contrato, que é o qu'interesa
Pra que se esquenzan as que tés feito.
Prórrogas catro díronch'á feito...
Non pidas outra. ¡Conta co'esa!

Se tal fixeres, y-houber Goberno
Por quen a espera che for concesa,
¡Cen mil demoros lévenno ô inferno,

Xa que consinte tal desgoberno,
Xa que mais celo non nos profesa!

Escoita ben, empresa dos meus pecados;
Escoita ben, toqueira de condenados:
Se pra xaneiro entrante no te das presa
A acabar os traballos escomenzados,
Os mozos de monteira, de paus armados,
Hante de pôr com'unha mazá camoesa.

Adios, empresa
D'o Noroeste;
Desperta, apresa,
D'os pobos peste.
Caloteira inconfesa,
Se âs boas non veste,
D'o que gardas n-a artesa
Nada che preste.

1876

Á ROSALÍA [1]

D'o mar pol-a orela
Mireina pasar,
N-a frente unha estrela,
N-o bico un cantar.
E vin-a tan sola
N-a noite sin fin,
¡Qu'inda recei pol-a probe d'a tola
Eu, que non teño quen rece por min!

A musa d'os pobos
Que vin pasar eu,
Comesta d'os lobos,
Comesta morreu...
Os osos son d'ela
Que vades gardar.
¡Ai, d'os que levan n-a frente unha estrela!
¡Ai, d'os que levan n-o bico un cantar!

---

(1) El poeta refiérese á la excelsa Rosalía Castro de Murguía : esta sentida y hermosa composición la escribió su autor á raíz del fallecimiento de la inmortal poetisa. — *(Nota del recopilador.)*

Á SOCIEDADE LÍRICA D'HABANA

«AIRES D'A MIÑA TERRA»

Gárdevos Dios, rapaces, que n-América
As soidades sentís d'os patrios eidos.
Onde vosas obrigas, traballadas,
Folgan n-a paz d'o sono derradeiro.
Por carta que c'os ollos arrasados
Nantronte recibín, d'argullo cheo,
Soupen que me nombrástedes en xunta
Presidente d'honor d'o voso gremio.
Máis me decides n-ela, pois decídesme
Que ese gremio ô fundar, nome non tendo,
Puxéschedeslle o nome d'o meu libro,
Segun me dí n-a porta o Reglamento.
Tanta mercede, galardón tan grande,
Parvo me deixan, com'hay Dios n-o ceo;
Y-é para min tan apurado o caso
Que nou sey de que sorte agradecelo.
Pra dirixir un centro filarmónico,
De sociedá coral c'o aditamento,
Hay que tocar... y-eu non vos toco nada;
Hay que cantar... y-eu non vos canto: oubeo.
Cando eu era rapaz, fago memoria
Que saíndo á ruar pol-os fiadeiros
Tropecey unha noite c'unha Musa,
Gran contadora de feitíos vellos.

D'o seu doce parlar enfeitizado,
Namoréina; acetóu; pedinlle celos
E por toda resposta déume un fillo,
Outra proba d'amor non tendo á xeito.
O mozo é guapechón e ben criado
E gábano de ser un bon gaiteiro;
Mais, d'o que deixe de tocar ou toque,
Pois nada ll'ensiney, láudes non quero.
O grave son d'os pinos—eses monxes
Sempre rosmando pol-o baixo o *credo;* —
O romor d'o torrente escachizado
Contra a salvaxe costa; os brandos ecos
D'as campás d'o lugar que saúdan ledas
O alborexar d'o sol; o tringuileo
D'o cascabel dourado que ô pescozo
Alegre leva o choutator tenreiro;
A nota feridora con que os aires
Fende ô fuxir o rápido estornelo;
O marmullo d'os bicos que n-as follas —
Don Xan d'as probes frores — deixa o céfiro...
Ahí tendes d'o *Gaiteiro de Penalta*
Os inorados únicos maestros.
Nada me debe á min; que aquél seu arte
De frolear ende lle dando ôs dedos,
Tanto o empregóu n-a perdición d'as almas
Que coido que o aprendéu d'o mesmo demo.
Nin sey tocar nin sey cantar. Un día,
Certo fogo sintindo de min dentro,
D'apagalo tratey cantando, por que
Dis qu'o canto minora o sentimento.
Era o patrón d'o povo : ô pe d'a hermida
Puxábanse d'un bácoro os lomedros;

Estouraban n-os aires os foguetes;
Todo merendas era o campo ermo.
D'aquí pr'alá, rañando n-a zanfona
Van as frangullas pidinchando os cegos;
Ferve o resolio n-os vidrados frascos;
D'o pulpo abafa o penetrante cheiro.
Farto de pedricar, n-a Retoría
Bota a sesta co'a dona o señor crego,
Y-os frigueses á brincos pol-as chouzas
Perdidos en montós, ús d'outros leixos,
Picados pol-a mosca d'os amores,
D'o viño e d'a raxeira—tres coitelos—,
Trátano d'imitar dándolle ôs corpos...
O que piden os corpos ben comestos.
E, mentres, a xusticia chama â porta
D'o labrador; non-o topando dentro,
Pega n-o pote, n-a arca e máis n-o carro,
E lévao todo, e véndeo todo á eito!
E, mentres, o gráu móllase n-o órreo,
N-un currúncho o legón púdrese quedo,
Roe o verme a pataca y-as toupeiras
Non deixan herba viva n-o lameiro!
O servicio d'o rey chama ôs mociños,
E como onde o non hay... *nulla est redemptio,*
Alá se van pra non volver ¡coitados!
Tras sí deixando desconsolo eterno!...
Rompendo enton por antr'aquel xentio
Presentéime indinado n-o turreiro.
Estaban n-a Regueifa: en duas bandas
O son de malencónicos pandeiros
Cantaban ús vidas de santos y-outros
Desenganos d'amor... en malos versos.

Pedin lisencia, figuen a mancospia,
Arrecadey o pao, tosin primeiro
E logo comencey... Miña alma toda
Ardía en xenerosos pensamentos:
Dábame noxo aquel entroido, aquela
Festa de lacazás e de larpeiros,
Xolda de cruce, onde a virtude-vaca
Vay buscar cría baixo o boy-deseo;
E d'o tempo acordándome en que vivo,
Vendo como s'acaba o noso xenio,
Como desaparece a nosa raza
Baixo unha codia de forruxe y esterco,
Cantey... y-a estrofa d'o meu canto, acesa,
Cal saída d'as forxas d'un ferreiro,
Prendéu n'as carnes, abrasóu as almas,
Ganóume aldraxes, puxo en todos medo.
Pronto caley... Cantara á libertade,
O traballo, o deber... ¡Non m'entenderon
E a pedradas botáronme d'o adro,
E dende enton d'a patria ando estranxeiro!

S'eu soupera cantar, decíme agora:
S'eu soupera cantar ¿pasáram'esto?

Iñorante d'a cencia de Talía
E inda máis iñorante d'a d'Orfeo,
Nin podo presidirvos, nin é xusto
Que me fagás honor que non merezo.
Non por eso pensedes qu'o agasallo
D'o voso voto unánime desprecio;
Que non abrir a porta cando chaman
É d'homes ruís, non de fidalgos peitos.

Vos chamádesme á min. Pois ben, amantes,
Todo o qu'eu son, todo o que vallo e teño
Aquí vos ven: disponde. Eu folgaría
Servirvos n-o que fore de proveito.
Fundades unha sociedá de canto
Lonxe d'a terra que vos déu alento.
Galicia é un povo lírico: cumprides
Obrando así c'un natural preceito.
Dende o verde xestal d'os montes gala,
Ó fïuncho que medra nos regueiros;
Dende a follosa copa d'o carballo,
Ó rio que dormenta n-o seu leito;
Dend'as frores que a noite abren ô cális,
Como un amigo á outro seus secretos;
D'ende a volvoretiña ôs rousinoles
E déndesd'a muller, hastr'o luceiro,
Todo alì chía, soa, zomba, canta;
Todo ten voz e musical acento:
En cada galla póusase unha Patti,
En cada tôco escóitase un Mendélsohn.
Quen dixo que Galicia non ten arte
Pouco conoce noso chau paterno.
¡Ten arte, ten! O que non ten é artistas
Por que os escope para chaus alleos.
Testigos vos, que pra cantar nascidos,
Faguedes un Elisio d'o desterro,
Honrando á quen vos fire, como o sándalo
Perfuma a sacha que o volveu pitelos.
E testigo tamen... ¡Hey de contalo,
Hey de decilo e pregoálo á berros,
Pra que escarmente esa cruel madrasta
Qu'ispe seus fillos pra vestir seus xenros!...

C'o fol âs costas d'os meus fondos dôres,
Dôres sin causa, mais tamen sin término,
Vindo d'o meu traballo, n-unha rua
Vinme d'a Corte unha mañan muy cedo.
De súpeto pareime: un regalado
Són de celeste música, un concerto
De meigas notas, voando pol-os aires
Chegon á min, deixándome sospenso.
S'algunha vez soñástedes c'o as cántigas
Que arrincan d'os ebúrneos estormentos
Os querubins, a entrada festexando
D'as almas virxes n'os groriosos reinos:
S'a sede, a fame, o desamparo, o frío,
Algunha vez pensastes que puderon
N-unha corda caber, que estremecida,
Ha de estrozar o corazon n'o peito,
Teredes unha idea, anque pequena,
D'o matinal subrime parrandeo,
Que con curiosidade femenina
Viña á escoitar á lua esmorecendo.
Pe ante pe, pouquiño á pouco, fúmme
Seguindo o rasto d'o cantor... ¡Qué vexo!
Baixo o aro encollido d'un alcázare
A vïola xentil tocaba un neno.
Tiña o pucho n'o chau pra que botase
A esmola quen quixer, de punta os pelos;
Arrepiado o corpo co'a xiada,
Batia os dentes, que era pena velo.
Chegueim'él.—¿Qué anos tés, miña xoiña?
Díxenlle.—Oncé, señor.—¿Dónde és?—Gallego,
Repúxome.—¡Estás tolo!—¿De qué banda?
—D'a Cruña.—¿Tés quen che dé mau?—Non teño!

Contóume que seu pay fora soldado,
Que ten dous hirmanciños sempre enfermos,
Que está sua nay parida e que pra todos
A forza de tocar gana o sustento...
—Toca, miniño, toca!—dixenlle índome—;
Como eu poida tamen, douche por certo
Que ll'hey tocal-o lombo á esa madrasta
Qu'ispe seus fillos pra vestir seus xenros! (1).

. . . . . .

Eso vos digo á vos. ¡Cantáy, tocade!
Que ¡eida puxa! tras tempos veñen tempos;
Y-eu confío en que o neno d'o meu conto,
Que oxe adimira o povo madrileño,
E todos vos, si o arte perseguirdes,
Conquerirés d'os inmortás o tempro.
Sí, tocade, cantáy! Que o novo mundo
Americano escoite ô mundo céltico
N-esa *alborada* por Dios mesmo feita
Cando ceibóu os soles pol-os ceos;
Himno-titan que dende enton os astros
Repiten ô xirar sobre'os seus eixos,
E que ha de un día, redimido e libre,
Ser o *Te Deum* trunfal d'o bumano xénero.

---

(1) El autor narra un hecho, y se refiere al prodigioso violinista Ramón Buey González; al escribirse esta composición, allá por los años de 1885 á 1886, hacía las delicias del público en el café del Angel, que ya no existe y hallábase situado en la plaza del mismo nombre de esta Corte. Aquel entonces niño, alcanzó fama como violinista consumado, y en la actualidad dirige una banda de música en Burdeos (Francia). Ramón Buey es natural de La Coruña.—*(Nota del recopilador.)*

A MARIQUIÑAS PUGA [1]

DESPEDIDA

Como tí vas pra lonxe
Y-eu vou pra vello,
Un adios, Mariquiñas,
Mandarche quero
Que a morte é o diaño
Y-anda rondando as tellas
Do meu tellado.

Cando deixes as costas
Da nosa terra
Nin lus nin poesía
Quedará n-ela.
Cando te vayas

---

(1) Esta hermosa composición fué escrita por su autor y dedicada á María Puga, hija del Sr. Puga y Blanco—defensor de Curros Enríquez en la causa seguida contra el autor de *Aires da miña terra*—al ser nombrado aquél gobernador del Banco de España, en la Habana, el año 1886. Años más tarde, el popularísimo músico gallego Castro Chané trasladó al pentagrama tan hermosos versos, componiendo una de sus más inspiradas obras. En América y en Galicia se canta profusamente, y varias tiples renombradas, como María Giudice y Lucrecia Arana, la han popularizado en diversas regiones. Nuestra insigne María Guerrero canta de manera deliciosa esta canción en *La segunda dama duende*. María Puga y su ilustre padre ya no existen.—(*Nota del recopilador.*)

Vaise contigo o anxel
Da miña garda.

Pombiña mensaxeira
De branca pruma,
Fálalle ôs emigrados
Da patria sua.
Dilles, mimosa,
Que d'eles apartada
Galicia chora.

Dilles que pr'os seus lares
Tornen axiña;
Que sin eles non queren
Pintar as viñas,
Regar os regos,
Madurar as castañas
Nos castiñeiros.

Dilles que non hai terra
Millor que a nosa,
Mais ridentes paisaxes,
Mais frescas sombras,
Mais puros ceos,
Nin lua mais lucente
No firmamento.

Dilles que suas obrigas
Eiqui os esperan,
E se onde elas non morren
Que se condenan!...
Y-agora voa,
Pombiña, e que te guie
Nosa-Señora.

N'UN ABANICO

Cando â-s empresas náuticas
Se arriscaban os vellos pobos célticos,
Invocaban un ánxele
Que se chamaba en lengua celta, Nelo.
Él, por entre as Scilas
E Caribdis que henchían os Oceanos,
Sacaba sempre á porto
As naos d'os argonautas impertérritos.
Tí, linda rapaciña,
Seméllasme aquel ánxele do ceo...
¿Quéres salvar á miña barca, nena?
.....
— ¡Arrenégote, demo!...

POL-A UNION [1]

Non é en honor d'o Patron
Que esta noite bailar veño.
Anque a teño ô Santo, teño
A Patria mais devocion.
Eu, pol-o sí ou pol-o non,
C'os santos quero estar ben;
Mais quero estalo tamen
Co'a terra en que fun nacida:
Solo unha Patria hay na vida
E Santos hai mais de cen.

Farto de evanxelizar
E facer n-o mouro estrago,
Fai tempo que está Santiago
D'a santa gloria a gozar.
Con non menos batallar
Contra todo mal goberno,
Galicia á un supricio eterno
De cote está condenada,

---

(1) Poesía leída por la excelente tiple gallega Dorinda Rodríguez en la fiesta dedicada á Santiago Apóstol, y que se celebró en el Teatro Payret de la Habana el año 1894.—*(Nota del recopilador.)*

E pídenos, desolada,
Que á libremos d'ese inferno.

É tan grande o seu penar,
Máncana tantos abrollos,
Que co'as bágoas dos seus ollos
Coido que foi feito o mar.
Diante o trono e diante o altar
Contra o seu mal pide acordo;
Mais sin piedá nin remordo
Do seu dolor, nunca escaso,
Os homes non lle fan caso
E Dios permanece xordo...

¡Probe vella! ¡Coitadiña!
¿Qué pudo éla nunca ter
Con ninguen, pra merecer
Sorte tan dura e mezquiña?
¿Non derrochou canto tiña
Pol-o ben d'esta Nacion?...
¿Quén a civilizacion
Levou d'Oucidente á Oriente,
N-a nave resprandecente
Que tripulaba Jason?

¿Onde naceron aqueles
Que Grecia e Roma fundaron
Y-âs portas d'Asia chegaron,
A luz levando con eles?
¿Quén á lira y-os cinceles
D'Homero e Fidias guióu?
¿Quén co'a ruda lánza armou

De Viriato o brazo forte,
Que sin medo ter d'a morte
Ô César desaflóu?

¿Quén feitos mais esforzados
Rexistra n-a nosa Historia?
¿Quén estrozar tuvo á gloria
Mais mouros arrenegados?
¿Quén marchou tras dos Cruzados
Co poëta padronés?
¿Quén contra o pirata inglés
Loitou con mais bizarría,
E viu, soldado en Pavía,
Un Rey de Francia á seus pes?

¿Quén n-as modernas edades
Mais alto o pendon ondea,
E con mais teson pelea
Pol-as patrias libertades?
Contra franceses e frades
¿Quén igualou seu poder,
Que un cañón soupo facer
D'un castiñeiro en San Payo,
D'a espada de Lacy un rayo
E un rayo d'a de Porlier?...

¡Tí solo Galicia Santa!
¡Tí, que no antiguo señora,
Escrava ximes agora
D'os caciques baixo a pranta!
Véndote entre pena tanta,
Teus bravos fillos ¿qué fan?...

¿En qué pensan?... ¿Onde están,
Que non collen os fouciños
E botándose ôs camiños
A redimirte non van?

Arregañádol-os dentes,
Us c'os outros agarrados,
Revoltos y enfurruñados,
Semellan á cans doentes.
Nas propias carnes os dentes
Engarran, sin compasión,
E despreceando a razón
Que toda xenreira borre,
Esquecen sua Nai, que morre
Chea de infamia e de baldón!

Gallegos que m'escoitades,
Gallegos que a verme vides:
¡Oxe d'eiquí non saídes
Sin facer as amistades!
D'as nosas debilidades
O diaño non se ha de rir.
Vámonos todos unir,
Matando rencores cegos;
Que n-a union dos bos gallegos
Está da Patria o porvir!

Xuntas estrelas y-estrelas
Forman o azul firmamento;
Xuntas as ondas d'o vento
Da nave moven as velas;
Xuntas as pallas sinxelas

Forman as medas xigantes;
Xuntas as gotas pingantes
Forman regatos sombríos,
Xuntas as aguas d'os ríos
Forman oceanos bruantes.

Todo, pra ser grande e forte
Se une, xunta e reconchega:
Quen â discordia s'entrega,
Vai direito cara â morte.
Non agarde millor sorte
Quen fomente divisiós;
Que a union de todol-os bos
E ley de tan alto alento,
¡Que pra estar no Sacramento
Hastra a ten que cumplir Dios!

Non pido bravos, ni palmas,
Nin coroas n-esta noite;
Pido á todo o que m'escoite
A unión, que é a vida das almas;
A unión, que do éter n-as calmas
Buscan a brisa y-a flor;
A unión, que á todo delor
Consolo encontra no mundo;
A unión, que é xermen fecundo
De ben, de forza e de amor.

Por esa unión feiticeira
Volverá a Patria á ter vida;
Por esa unión ben querida
Veño bailar á muiñeira.

Colonia gallega enteira:
Anque falto de donaires,
Non este berro desaires
En que esa unión reconcentro:
¡Que o Presidente do *Centro*
Estreite a man do de *Aires!*

XURAMENTO... [1]

Á DANIEL MÉNDEZ BRANDÓN

Na noite de despedida
Díxome a lus do luar:
Doncella como me deixas,
Doncella m'as d'atopar.

E da fenestra
Que aberta está
Deitoume doces
Bicos coa man.

De volta de longas terras
Pasei pol-o seu casal,
Busqueina d'amores cego.
¡Non-a puden encontrar!

(1) Para esta bella rima, que escribió Curros Enríquez en Mondariz el 24 de agosto de 1904, al verificar á España su postrer viaje, en vida, compuso el maestro Castro Chané una partitura deliciosa, popularizada en la Habana á los pocos días de ser conocida. — *(Nota del recopilador.)*

E na fenestra
Que pecha está,
Panos de neno
Vin blanquexar.

Os que pol-o mundo vades,
N-un xuramento á fiar,
Os que pol-o mundo vades
¡Non debérades tornar!

Non quere o río
Correr pra atrás
Temendo esquezan
O ben que fai.

OS DIÓSCOROS

A meus amigos os periodistas
viaxeiros Segarra é Juliá.

I

Ferida d'un andacio,
Grecia, n-o tempo antigo,
Mirou aquela forza
Y-aquel valor perdidos
Que d'os seus fundadores
Héroes e dioses fixo.
Xa nada lle quedaba
N-os eidos seus nativos:
Nin d'os abós memoria
Nin fe n-os seus destinos;
Pois c'o valor morreran
Os ánemos altivos,
Os sans e bós costumes,
Os nobres peitos rixos.
As touzas, antes cheas
De númenes benditos,
Agora son garidas
De feros asasinos.
D'amor e lealtade

Crebado o vello vínculo,
Por onde quer frorecen
Cubizas, crimes, vicios.
  Non hay home pra home;
D'o pay recëa o fillo;
O hirmán ó hirmán treizoa,
O amigo vende ô amigo.
  E d'a Beocia á Jonia,
D'o Citerón ô Olimpo,
Pasea os seus farrapos
Un pobo gafo e mísero.

II

  De tan mortal doenza
Grecia curouse ô cabo,
Xuntando un novo mito
Ôs moitos inventados.
Creóu *Cástor e Pólux;*
E n-eles encarnando
A eterna xuventude,
A forza y-o entusiasmo,
Botounos d'illa en illa,
Por bosques e por páramos,
Por terras e por mares,
Por vales e por agros,
Pra que — o poder oculto
Que lles prestara, usando —
Saísen ôs camiños
A dar conforto e amparo
Os probes viandantes,

De medo acobardados:
Prendesen malfeitores,
Escorrentasen trasnos,
A soledade enchesen
D'atruxos e de cánticos,
Guiasen d'os argólidas
As naos á porto salvo,
E, non rendidos nunca
Nin nunca separados,
A un mesmo tempo símbolos
De fe e d'union, entrambos
D'a renacenza helénica
Fosen xentís heraldos.

III

¡E fórono! E lociron
Logo pr'a Grecia os días
De Codro, renembrados,
Groriosos, de Leonidas;
Que nunca os pobos morren
Que can, se n-a caída
Aquel tesón non perden
Que os ergue e dignifica.

.....

España, a triste España,
(¡Coitada Patria miña!)
Dóese do mesmo andacio
D'a probe Grecia antiga.
Como ela perdeu todo...
Máis que ela perdeu inda,

Porque perdeu o esforzo
Que prez e honor conquista,
A fe que o peito inframa
Y-a unión que ôs triunfos guía!
Cecais tamén, como ela,
Como esa terra antiga,
Soña pr'a erguerse, c'unha
Divinidade mítica...
¿Quén sabe si ese mito
Xa en vos se rëaliza,
Ousados pelegrinos
Que vades d'illa en illa,
Novos *Cástor e Pólux,*
Levando pol-a vida
De luz un Evanxelio
Que âs razas purifica?
Cando cruzás a Europa
Y-a América latina
E vexo ô voso paso
Que o nome hispano brila
E pra honoralo acordan
As mortas simpatías,
Eu coido que ese mito
Ten culto e rogativas
Y-empeza xa o milagre...
¡Y-a Patria resucita!
¿Será verdá?... Seguide
A sacra correiría;
Que se por xusto premio
Á unha misión cumprida,
Os Dióscoros lograron
Morar do ceo n-as cimas,

Tamén, comprida a vòsa,
A Historia agradecida
Ha-de vos dar o lauro
Que a sona eterna afirma!

Habana, 1907.

EL OLMO DEL MIÑO

Gigante encanecido, cuya frente
En los impondos éteres perdida,
Por cien años y cien, del rayo herida,
La inclemencia del tiempo resistió...
¡Ah! ¡quién para cantarte poseyera
La voz del huracán tempestuoso,
Que trepando á tu trono pedregoso
Tantas veces tu seno conmovió!

—

Santa promesa fué; tú la escuchaste
Agitando en el aire la melena
Cuando en noche de horror y miedo llena
Dormí bajo tu copa funeral,
Cuando del rayo al cárdeno reflejo
Que iluminó la obscuridad profunda,
Guié hasta ti mi planta vagamunda,
Prófugo de la casa paternal.

Madrid, 1873.

* (1)
* *

Te vi una vez, y el poderoso encanto
De tus gracias fué tal, que aun me recreo
En recordar que al verte pecó un santo,
Sintió un cadáver y rezó un ateo.

Por lograr tus sonrisas celestiales,
Pidió Tenorio á Lovelace postizos,
Y en sus tumbas te hicieron madrigales
Las víctimas sin fin de tus hechizos.

---

(1) Estos versos, sin duda, constituyeron parte de una composición de las más inspiradas y hermosas del autor de *O divino sainete*. Por no aparecer las primeras estrofas, publicamos las que figuran en anteriores líneas, sin título.—*(Nota del recopilador.)*

MEDITACIÓN

En la vasta necrópolis que tiene
Por campo mi cerebro,
A veces me sorprende meditando
La hora del silencio.

Allí están, bajo criptas que abrillantan
Magníficos letreros,
Aquellas existencias ideales
Que son hoy recuerdos.

Jamás traspuse del recinto mudo
El arco gigantesco,
Sin sentir en mi espíritu cobarde
Hondo estremecimiento.

Subyúgame una fuerza misteriosa
Que en vano alejar quiero,
Y esa fuerza me arrastra, como arrastra
Al sonámbulo el sueño...

Aquí estoy otra vez. Desde mi última
Visita, ha poco tiempo,
¡Cuántas veces aquí se levantaron!
¡Cuántas zanjas se abrieron!

Del rayo de la luna moribundo
Al espectral reflejo,
Aún de mi estéril juventud pasada
Miro sepultos restos.

Ilusiones, amor, sueños de gloria,
Creencias y deseos,
Parece que reviven en sus tumbas
Cuando su polvo huello.

Parece que orgullosos al sentirme
Y en desbandada sueltos,
Como la fiera al domador, aullando,
Saludan á su dueño.

¡Ah! Comprendo tu júbilo. Quisieran
Sus antros tener huecos,
Y otra vez los halagos de mi alma
Encontrar que perdieron.

Mas, ilusión, amor, sueños de gloria,
Creencias... ¡Todo ha muerto!
¡Y yo busco entre tantas sepulturas
La mía, y no la encuentro!

.....

Quiero salir de este funesto alcázar
En que me tienen preso
Yo no sé qué pecados, cometidos
Quizá por mis abuelos.

Quiero vivir sin la visión sangrienta
De mis locos recuerdos,

Sin esta pesadilla que me ahoga
Como un remordimiento.

¿Remordimiento yo? Si lo perdido
Es lo mismo que anhelo,
¡Si en busca voy del bien que me robaron,
Víctima soy, no reo!

1874.

Á LA ENTEREZA DE SANCHO

(EN EL CUENTO DE A. RIVERO)

Viéndote, Sancho, ausente de Teresa,
Lanzado al monte, á montañesa dado,
Temí do un escudero hube dejado
Toparme un caballero de Montesa.
Miedo mayor cobré, por ley aviesa
Viéndote á infame hecho condenado;
Que nunca á participio de pasado
Llega á mi tierra un Castro sin sorpresa.

Una vez más de esas andanzas graves
Sacáronte el arrojo y las doctrinas
Del amor muerto, que olvidar no sabes,
Y no las enseñanzas peregrinas
Que al sepulcro del Cid, echando llaves,
Quieren que en él empollen las gallinas.

ESPERANDO [1]

Sereno, cruzado de brazos, espero;
Ni el rayo me inmuta, ni el viento, ni el mar,
Ya contra la suerte ni al tiempo me altero,
Pues sé que el destino, propicio ó severo,
Aquello que es mío por fin me ha de dar.

---

(1) El caballero norteamericano Mr. John Burroughs escribió, allá por los años de 1863 á 1864, una poesía titulada *Esperando*, llena del optimismo y la fe tan notables entre sus compatriotas. Mr. Bourroughs es hoy un anciano, que en el retiro de su hermosa quinta, á orillas del Hudson, se dedica á cultivar flores y á estudiar literatura. La confianza que desde joven manifestó en su estrella no le ha traicionado, y ha visto en su vejez llegar la felicidad á que siempre creyó tener derecho.

Á petición del director de nuestras *Páginas inglesas*, la poesía de Bourroughs ha sido traducida en versos castellanos por nuestro ilustre compañero de Redacción D. Manuel Curros Enríquez. Este nombre basta para que todo elogio de la traducción resulte corto.

Nuestros lectores nos agradecerán, sin duda, que les demos á conocer esta joya de la literatura americana, que desde hoy lo es también de las literaturas española y cubana.

(Las líneas que anteceden las insertó el *Diario de la Marina*, de la Habana, poco tiempo antes de ocurrir el fallecimiento de Curros Enríquez. Estamos de acuerdo con el brillante comentario del importante periódico. Si el original inglés encierra bellezas, la traducción española es sencillamente admirable.—*(Nota del recopilador.)*

Detengo la prisa, prolongo el descanso:
¿Por qué la impaciencia y á qué la ambición?
Rodando en el Cosmos ó en quieto remanso,
Su curso perenne, frenético ó manso,
De males ó bienes traerá mi porción.

Dormido, despierto; de noche, de día
Los genios que busco buscándome están.
Por nada mi nave su rumbo desvía:
Que nadie del cielo trocar lograría
Sobre hombres y cosas incógnito el plan.

¿Qué importa hacer solo la luenga jornada
Si alegra el camino la fe en el vivir?
Yo dejo á mi paso la tierra labrada,
Y dichas ó penas, según fué sembrada,
Segura cosecha me habrán de rendir.

Las aguas su ruta trazando sin calma
Atraen al arroyo del alto breñal;
De lejos atrae la palma á la palma;
Así á los deleites supremos del alma
Lo bueno es llevado por lógica igual.

No priva la noche de estrellas al cielo;
No roban las olas rumores al mar;
Abril no le niega sus flores al suelo;
Así, ni el espacio ni el tiempo en su vuelo
Aquello que es mío me habrán de negar.

EN EL ANIVERSARIO

DE LA MUERTE DEL PRÍNCIPE DE LOS INGENIOS ESPAÑOLES (1)

I

España entera este día
Desde Levante á Poniente,
Y aun más allá todavía,
Viene á dejar, patria mía,
Una corona en tu frente.
Mas ¿quién el mérito abona
Por el cual te es otorgada?
¿Cuándo, soberbia matrona,
Cuándo ajustó una corona
Sobre una frente manchada?
¡Ah! ¡Cuánta cólera siento,
Cuánta hiel dentro de mí!
¡Ese lauro es un tormento,
Esa corona un sangriento
Sarcasmo que hacen de ti!
¡Patria! Arroja con desdén
Premio tan injusto y falso...
¡Hoy sólo te sienta bien

(1) Escrita en Madrid el 21 de abril de 1875, y publicada en *El Heraldo Gallego*, año 1.°, número 2. — *(Nota del recopilador.)*

El birrete que en la sien
Lleva el réprobo al cadalso!
Y pues que tú, deshonrada,
Y por la Historia acusada
Vas hoy tu proceso á oir,
No al suplicio coronada,
Como infame debes ir!

II

Tierra ingrata, donde gimen
Cuantos honran tus anales
Y gloria y valor te imprimen.
¡Ah! ¡Tú cometiste un crimen
Que pesa más que tú vales!
Y ese crimen contra el cual
No hay bastante expiación
Ni en grillete, ni en dogal
Ante el código social
Ni ante el libro del perdón;
Esa herencia desgraciada,
Y ese bárbaro abolengo,
Y esa tradición manchada,
Sólo por verte humillada
Yo á recordártela vengo.
No de pregonero en son
Cargos he de hacerte ahora
Por aquella vil prisión
Que te mereció Colón,
Ya de su mundo señora.
Ni quiero resucitar
Las cuentas que demandar

Osaste á grandes guerreros,
Ni el tajo que en Villalar
Alzaste á los comuneros.
¡No! De una afrenta mayor
Debes al mundo revancha,
Madre sin fe y sin amor:
¿Qué hiciste con el autor
Del *Hidalgo de la Mancha?*

. . . . . .

. . . . . .

III

Europa quiere hoy orar
Sobre una tumba de piedra
Y en ti la viene á buscar...
¡En vano, que no ha de hallar
La de Cervantes Saavedra!
¡Que á tanto llegó la suerte
Del que por enaltecerte
Puso á tus pies su *Quijote,*
Que sólo le diste en dote
Hambre en vida, olvido en muerte!

. . . . . .

Pasadas generaciones,
Tantas heroicas acciones,
Timbres y lauros, ¿qué son,
Si á todos vuestros blasones
Los cubre tan gran borrón?
¡Ni una losa al que en Argel
Cautivo, á su España fiel,
Tanto por ti suspiró!...

¡Ni una tumba para aquel
Que nombre inmortal te dió!
¡Ay!... ¿Qué hiciste en conquistar
Ya por tierra, ya por mar,
Mares y tierras sin cuento,
Si mataste por lograr
Esclavos, honra y talento?
¿Qué fueron sino ilusorias
Tus armígeras victorias,
Del orbe pasmo profundo,
Si hoy debe llamarte el mundo
Prostituta de tus glorias?...
No, no puede alardear
De nobleza y de valor,
De ingeniosa y de sin par,
Patria que supo olvidar
Valor, ingenio y honor.

IV

Mano muerta, mano rota
En la más alta campaña
Que el mar de Lepanto nota,
Sal de esas aguas y azota
Para vergüenza á esta España.
Mano muerta..., cuando al sueño
Eterno cerró sus ojos
El pobre manco, tu dueño,
Faltó piedra y faltó leño
Para guardar sus despojos!
¡Ah! Pero déjate estar
En el fondo de ese mar

De tus proezas testigo,
No te vayas á quedar,
Por vengarte, sin abrigo.
Que es posible que si vienes
Á esta tierra parricida
Pierdas la tumba que ahí tienes,
Y un hueco mísero llenes
En parte desconocida.

V

¿Qué hace en ti, pues, ruin matrona
Esta corona que nada
Más que tu crimen pregona?
¡Cíñete, en vez de corona,
Birrete de condenada!
Porque condenada estás,
De hoy para siempre jamás,
Al reproche de la gente
De todo el siglo presente
Y los que vengan detrás.

VI

Y vosotras, adoradas
Cenizas, ¡ay!, olvidadas,
De una gloria universal;
Cenizas no señaladas
Por cruz, ciprés ni rosal;
Cenizas tan sin ventura
Que no á la patria escultura
Merecisteis monumento

Donde la gente futura
Os tribute acatamiento...
Reliquias que solitarias
Vagáis por el camposanto
De las monjas trinitarias,
Sin arrullo de plegarias
Ni dulce riego de llanto:
Si la pretérita edad
Á vuestra perpetuidad
Negó esa cruz, que el amor
De la triste humanidad
Consagra hasta al malhechor,
Día llegará también
En que de esa edad perdida
La memoria en el desdén
De su ceniza esparcida
No haya quienes cuenta den.
Y cuando de aquella España
Por la tumba á preguntar
Venga una nación extraña,
«¡Id, le gritarán con saña,
Idla al infierno á buscar!»

¡TERESA! [1]

Ya no hay en mi casa,
Ya no hay alegría.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

Una vez llamó la Muerte
Á la puerta de mi casa,
¡Otra vez viene á robarme
Un pedazo de mi alma!
Todos los años la espero,
Presintiendo una desgracia,
Y todos los años llega
Por mi conjuro evocada.
Aún lloro recientes penas,
Mas... pasa, viajera, pasa;

(1) La tiernísima elegía que reproducimos en este volumen está escrita en memoria de Teresa Curros Enríquez, hermana del poeta.

Hallándose Curros Enríquez en el campo de batalla, ejerciendo el cargo de corresponsal de *El Imparcial*, para el que enviaba sus hermosas «Cartas del Norte», que en este tomo figuran, recibió la infausta nueva.

El 1.º de marzo de 1876 escribióse por su autor, en San Sebastián, esta admirable composición, y algún tiempo después se insertaba en *El Heraldo Gallego*, que dirigía en Orense el célebre poeta Valentín Lamas Carvajal.—*(Nota del recopilador.)*

¡Que no se diga que tiemblo
Al golpe de tu guadaña!

Todo dispuesto lo tienes;
Cortada está la mortaja,
Encendidos los hachones,
Abierta la negra zanja.
Penetra en ese recinto,
Donde una vida se apaga,
Y llévate, si te atreves,
Mi postrimera esperanza.
Te detienes y vacilas;
Su hermosura te anonada...
¡Oh! ¡Déjala, que es mi gloria!
¡Déjamela, que es mi hermana!
¡Una mártir de quien nunca
Tuvo su verdugo lástima!
¡El espejo de mis ojos!
¡La mejor nota de mi arpa!
¡Convirtió el hogar en templo
La santidad de su alma,
Y le sirvió de suplicio
El trono en que la adoraban!
¿Y me la quitas, viajera,
Y no te conmueve nada?
¡Míralo bien..., que estoy loco!
¡Míralo bien..., que me matas!

Ya viene la primavera,
Con sus flores y sus auras;
Pronto reverdecerán
Los árboles y las plantas;

Pero aquél, cuyos aromas
Embalsamaron mi casa,
No volverá á florecer,
Falto de luz y de savia.

Ciñe, hermosa, á mi sombrero
La vieja cinta de gasa,
Y lléname el vaso, llénalo,
De ese licor que emborracha!

¡HASTA LA VUELTA! [1]

Á SILVIO FERNÁNDEZ

No hablemos más; dispuesto el equipaje,
El porvenir te aguarda,
Y retardar no quiero de tus glorias
La espléndida jornada.
Vas á luchar, te reta el enemigo
Desde extranjeras playas:
Acude, pues, y véncele. No en vano
Es el genio tu arma;
Y cuando del artista vibra el genio,
Cual de César la espada,
Naciones, continentes, hados, dioses,
Esclavos son y esclavas.

Tan sólo al genio convertir le es dado
El cielo en un pentágrama,
Y traducir en notas y suspiros
Las chispas que le esmaltan.
Sólo al conjuro de su nombre surge

(1) Esta hermosa composición insertóse en el periódico *Madrid Literario*, que se publicaba en la Corte por aquel entonces.—*(Nota del recopilador.)*

De la roca la estatua
En que el labio de piedra del tribuno
Conmueve y arrebata.
Proyecta sobre el lienzo, y es entonces
Un iris cada mancha,
Y un organismo vivo, un pensamiento
Cada imagen pintada.
Revélase en la estrofa, y á su fuego
Calcínanse las aras,
Y de entre sus escombros, redimidos,
Los pueblos se levantan.
Sólo él, por las regiones del misterio,
Tender puede las alas;
Sólo él de lo sensible á lo increado
Los horizontes salva.
¡Ah, qué bueno sería llevar algo
De tu fuego en el alma;
Qué gran cosa sería... si no fuese
Ridículo en España!

¡No hablemos más! Ya siento en mi pupila
El germen de una lágrima!
¡No hablemos más! Adiós, y... hasta la vuelta,
Mi joven camarada.
¿Quién sabe si el proscripto que hoy se aleja
Rey tornará mañana?
¿Si el soldado, hoy obscuro, será un héroe
Después de la batalla?...
Si por ventura llega ese momento,
Pobre pintor sin fama;
Si el laurel del artista orna algún día
Tus sienes inspiradas,

Y orgullo de la Europa y de tu siglo
Regresas á la patria,
Para morir en ella como muere
Sobre el peñón el águila;
Si España, al fin, comprende de tus cuadros
La maravilla rara,
Pues la que hoy desvalido te abandona
Te ha de aclamar mañana;
Cuando de tu pincel las creaciones
Por todos admiradas
Despierten la avaricia y la vergüenza
De la infame madrastra,
Y á perpetuar tu nombre se disponga
De tu historia en las páginas...
¡Ah, si ese día llega..., qué motivo
Para una carcajada!

Madrid, febrero de 1877.

EPIGRAMA

Conducía un escultor
Un santo sobre un pollino
Que de un convento vecino
Le había encargado el prior.
Y observando que al cruzar
Una vereda, las gentes
Se postraban, reverentes,
Cual delante de un altar,
Deteniendo el paso allí,
Dijo el asno, sin modestia:
—Pues si me tienen por bestia,
¿Por qué me adoran así?—
Á lo que, mientras le arrima
Un palo descomunal,
Replica el amo: — Animal,
¡Por lo que llevas encima!

CIRCULAR

(TRADUCCIÓN PARAFRÁSICA DE GUERRA JUNQUEIRO)

Padre, Hijo y Compañía. Bazar, venta forzosa.
De Pedro por la barca sagrada y milagrosa
Un gran surtido en modas acaba de llegar.
Jamás se vió de precios tamaña baratura.
¡Hoy es último día! ¡Venid! ¡Ganga segura!
¡Pasad! ¡Entrada libre! Cristianos, ¡á comprar!
Negocios eclesiásticos, objetos de quincalla,
Cilicios comodísimos, trabucos y metralla,
Todo se encuentra en esta legal liquidación.
Velas de las que aplacan la cólera divina,
Buenas contra los rayos, sin mezcla de estearina,
Y el verdadero aceite para la Extremaunción.
Respecto á cirios, conste que sólo en esta tienda
Se hallan los que el Concilio de Trento reco-
[mienda;
Inútil es buscarlos en otro sitio, pues.
Santa Bárbara y todos los santos principales,
De aquí lo gastan siempre. Paquete, ochenta
[reales.
Comprándolos por cientos, salen á treinta y tres.
Agua de Lourdes fresca, ya en cuba, ya en bo-
[tijo;

Exíjase la marca de fábrica: *Padre, Hijo*
Y Compañía; el casco dice: *¡Providencial!*
Genuina, únicamente se encuentra en esta agen-
[cia;
Más de diez años de éxito en toda cruel dolencia
Hacen de esta agua mágica la cura universal.
Combate eficazmente los crups, las calenturas,
Se usa contra la tisis, contra las mordeduras
De perros y culebras, aun las de cascabel.
Según Tartufo, ella hace, tomándola con celo,
Nacer el apetito y al mismo tiempo el pelo,
Y extingue al par la lepra del alma y de la piel.
La solitaria expulsa y expulsa al diablo; el vien-
[tre
Lo desobstruye al punto de cuanto en él se en-
[cuentre;
Cura la gonorrea, la asma, el hemorroidal.
Una pierna amputada se unta; en dos instantes
Vuelve á crecer, y queda, si cabe, mayor que an-
[tes;
Para nervios y muelas no hay medicina igual.
De esta agua bebió un día tres frascos una
[muerta
Y se encontró al momento tan sana y tan des-
[pierta,
Y haciendo sus labores y andando por su pie.
No obstante, prevenimos al público difunto
Que casos de esta índole no hay más que seis en
[junto,
Y que, para que ocurran, se necesita fe.
Dos gotas de este líquido matan los sabañones;
Con él se extraen los callos, se curan los flemones,

Se ahuyenta el reumatismo, se quita el mal sabor,
Depúrase la sangre, prolóngase la vida,
Se marca toda ropa, se cierra toda herida
Y él torna á los cabellos su prístino color.
Reliquias. Verdaderos caprichos en ceniza
De apóstoles. Tenemos, ya íntegros, ya en trizas,
Una infinita en huesos y rica variedad.
Género en esta casa el más acreditado,
Se halla casi de balde y es muy solicitado;
España hoy lo consume en grande cantidad.
Hay huesos de Santiago, San Pedro y San Nor-
[berto,
Coxis de Santa Rita, sacros de San Pegerto,
Y doce mil seiscientas cabezas de San Juan.
Los precios determínanlos la forma y el tamaño;
Origen indudable; para que no haya engaño,
Con cada esquirla cuatro certificados van.
También un San Cristóbal, que es una minia-
[tura,
Hay de diez metros de ancho, por unos cien de
[altura,
Resto de una remesa que se ha agotado ayer;
Y vista la demanda del santo giganteo,
Para que todos lleven, se vende al menudeo;
Diez céntimos la pieza. ¡Menos no puede ser!
El respetable público debe saber, en tanto,
Que en esta casa tiene siempre de cualquier santo
Uno ó dos esqueletos á su disposición;
Si acaso se agotasen, impórtele poco eso;
Aquí se hacen de encargo, se garantiza el hueso,
Y hay una gran rebaja en toda transacción.
Adviértese asimismo que este establecimiento

No expende hueso alguno sin dar un documento
Hecho de propia mano, sobre la propia piel
Del santo á quienes los restos mortales pertene-
[cen,
Y que dirá: «Estos huesos, aunque no lo parecen,
Son míos. Quien lo dude no es mi devoto fiel.»
Aviso. Para casos de pérdidas, frecuentes,
Tenemos piezas dobles: narices, tarsos, dientes;
También se encuentran sueltos, baratos y á elegir,
Falanges, peroneos, clavículas, costillas,
Omóplatos y fémures y tibias y ternillas;
Cuanto un manual osteólogo pudiera hoy exigir.
En cuanto á novedades de género extrafino,
Hay variedades múltiples en dedos del destino;
A duro los más largos y á treinta reales par;
Entre ellos el que un día trazara allá en Oriente
La trágica sentencia, que anuncio fué imponente,
Á la fastuosa corte del loco Baltasar.
De ojos de Providencia, una partida buena,
Ya negros ó ya azules; por ciento y por docena,
Hueros ó prominentes, de china ó de cartón;
En níquel engarzados, en oro, en hojalata,
Se llevan hoy muchísimo en puños y en corbata,
Y casi regalados, ¡á perro chico son!
Un tanto por el tiempo cruel deterioradas,
Se dan á bajo precio quinientas toneladas
De antiguas osamentas de óptima calidad:
Mil pies de San Vicente, seis mil de San Fran-
[cisco,
Et cætera... Todo eso se vende como cisco,
Y es, para abonar viñas, de inmensa utilidad.
¡La vera cruz auténtica! Madera la más fina

De cuantas en sus bosques produjo Palestina,
En polvos y en virutas, astillas ó serrín;
La hay sola y transformada en mil objetos varios,
En mangos de puñales, en cuentas de rosarios,
Tálamos, tabaqueras, y en todo, en todo, en fin.

. . . . . .

. . . . . .

Como desde hace tiempo tenemos observado
Que muchas tiendas cesan y que otras han que-
[brado,
Irrefragable signo de crisis comercial,
Adviértese á los que honran á diario nuestra casa,
Que este bazar se alquila, se cede ó se traspasa
Con todo cuanto hay dentro. —Roma, uno, prin-
[cipal.

FIN

ÍNDICE

Páginas.

Cartas del Norte..... 5
La Condesita..... 103
Poesías escogidas en gallego y castellano..... 231

LS
C 9766c

235723

Author Curros Enríquez, Manuel

Title Cartas del norte.

DATE. NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU